

Nueva Crónica De Indias

Acción Educativa Exterior
MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, FORMACIÓN PROFESIONAL
Y DEPORTES

Antón Avilés de Taramancos

Traducción del gallego por Socorro Santos Lorenzo



Catálogo de publicaciones del Ministerio
Catálogo general de publicaciones oficiales

Dirección:

Yolanda Rodríguez García
Consejera de Educación en Brasil

Coordinación editorial:

Joana Lloret Cantero
Agregada de Educación en Colombia y Ecuador

Traducción:

Socorro Santos Lorenzo

Consejería de Educación en Brasilia (Brasil)
educacionfpydeportes.gob.es/brasil



MINISTERIO DE EDUCACIÓN, FORMACIÓN PROFESIONAL Y DEPORTES
Secretaría de Estado de Educación
Dirección General de Planificación y Gestión Educativa
Unidad de Acción Educativa Exterior

Edita:

© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

Subdirección General de Atención al Ciudadano, Documentación y Publicaciones

Edición: 2025

NIPO: 164-25-219-3

ISBN: 978-65-9894-16-0-4

Maquetación: Gonzalo Calderón Lloret <https://gonzocalderon.com/>

Diseño de la cubierta: Gonzalo Calderón Lloret, a partir de una ilustración de Urbano Luguís González
(Ulises Fingal)

NUEVA CRÓNICA DE INDIAS

Antón Avilés de Taramancos

Traducción del gallego por Socorro Santos Lorenzo

*“En mis Nuevas Crónicas de las
Indias que, en cierta medida, son
atemporales hay mucho de mi historia
personal. Todos y cada uno de los
personajes que aparecen en el libro
tienen algo que ver conmigo. De un
modo o de otro,
se cruzaron en mi vida”*

Antón Avilés de Taramancos

Antón Avilés de Taramancos (Noia, 1935 - A Coruña, 1992) poeta y narrador, realizó estudios de Náutica en A Coruña y en el año 1960 se exilió en Colombia, país donde vivirá durante veinte años. De regreso a Galicia será presidente de la *Asociación de Escritores en Lingua Galega* y desarrollará una importante labor cultural y social, llegando a asumir la Concejalía de Cultura del Ayuntamiento de Noia por el Bloque Nacionalista Galego. Activo colaborador de revistas literarias y traductor al gallego de, entre otros, Saint-John Perse y Paul Valéry, en el año 1989 publica el libro de relatos *Nova Crónica de Indias*, al que seguirá *Obra viva* (1992), recopilación de diversos textos ensayísticos, sus dos incursiones en la narrativa.

Considerado una de las cumbres de la poesía gallega contemporánea, su obra lírica traducida, entre otros idiomas al inglés, francés y ruso, fue galardonada con el Premio Nacional de la Crítica y el Premio de la Crítica Gallega, siendo también finalista al Premio Nacional de Literatura.

Nueva crónica de Indias es la obra en la que la presencia de América se hace tan patente como en el poemario *Cantos Caucanos*, hasta tal punto, que es considerada por muchos estudiosos como una auténtica versión en prosa poética de los *Cantos*. La temática de las *Crónicas* aparece anticipada en la citada obra, dándose, además, intertextualidades manifiestas, tanto en temática como en personajes. En ambas obras se mezclan las dos patrias del autor, Galicia y Colombia, sus sentimientos sobre ellas e incluso llega a mostrarnos las diferencias que presentan.

Es una obra dividida en tres partes: la primera a modo de “*Introducción*”, con una tipografía diferente a las siguientes, en la que hace una descripción con frases cortas de su casa y vida familiar, del rincón de Galicia en el que vivió, de sus recuerdos de infancia y adolescencia. Un conjunto de momentos vitales que a los quince años “con pantalón bombacho” tiene que abandonar para irse a Coruña a estudiar.

La segunda parte consta de una serie de relatos legendarios, algunos fantásticos, con elementos de realismo mágico, con referencias históricas y políticas en los que se tratan, incluso se mezclan, personajes de sus dos patrias, si bien son fundamentalmente un canto al pueblo indígena americano. En ellos describe crudamente sucesos históricos, denuncia y

manifiesta su compromiso con el hombre, la cultura y sobre todo con la libertad, la comprensión y la paz, sin hacer un panfleto, sino una crónica literaria y autobiografía.

En la tercera parte “Epílogo. El regreso de Ulises Fingal”, vuelve a la tierra natal con la que comenzó la obra para realizar comparaciones entre las tierras que deja y con la que se encuentra y lo hace usando la simbología e, incluso, la intertextualidad con su obra y la literatura gallega del *Rexurdimento*.

Nueva crónica de Indias enfrenta textos de un registro lírico sublime, cercano incluso a la solemnidad, con otros cargados de ironía, en clave casi humorística, que evidencian el ingenio del autor y su hábil manejo de recursos verbales que nos conducen a la sonrisa.

Obra poética:

As moradías do vento (1955)

A frauta e o garamelo (1958)

O tempo no espello (1982)

Cantos Caucanos (1985)

As torres no ar (1989)

Antoloxía poética (1992)

Última fuxida a Harar (1992, póstumo)

ÍNDICE

[SENTADO EN EL BANCO]¹	7
GAITANA	15
BICHO RARAO	27
[DE DÍA]	31
INFORME Y DATOS DEL GENOCIDIO	34
EL BUSCADOR DE ISLAS	42
[INDIO AGUARUNA]	46
[NUNCA SE SABE]	49
LUZMILA	52
ENTRADA Y RECIBIMIENTO	56
[EL HOMBRE DE LA ROSA BLANCA]	61
NARIÑO	65
CRESCENCIO SALCEDO	69
SOLILOQUIO Y FILTRO DE AMOR	73
SIERVOS DE DIOS Y AMOS DE INDIOS	78
EPÍLOGO	81

¹ Los títulos que aparecen entre [] no se especifican en el original en gallego. Han sido incluidos por la traductora.

1

Sentado en el banco de piedra, al lado de la solana de la puerta, veo ahora como en un sueño a través del tiempo entrar y salir a mi gente. Salir: nuestra puerta se hizo para eso. Sólo dos puntos de referencia estable, abuela y madre.

Lo demás es puerta de irse y no volver. Puerta fija en el pensamiento, clavada en la memoria. Puerta a la que se ansía llamar siempre, a la que desde lejos se ve uno mismo llegar achacoso y malherido de la vida para recobrar la luz de la infancia. Puerta-madre, puerta-útero. Puerta única. Lo demás son caminos, carreras contra el tiempo, nave en el temporal. Esta es la puerta-puerto. La entrada al refugio íntimo y seguro.

La puerta de fuera.

La madre está blanca, menuda, cabo de vela encendida. Única fuente de calor. En el fondo de sus ojos está la abuela, la bisabuela, la mujer permanente del hogar.

Lumbre y hogar.

Los hombres se pierden en el mundo. Son cartas que llegan, documentos, partidas de nacimiento, acta matrimonial. Sonrisa de joven en la despedida. Pañuelos. Retratos sepia a lo largo del corredor y en la sala de estar.

La mujer es la casa, la tierra cavada, la cosecha. Matriz y cimiento. Está en el medio del universo, aguardando. Y ve pasar los siglos.

La abuela-niña parte la piedra, amasa el barro y canta. Su sombra a mi lado va levantando el alto muro de la casa. La ventana, la galería llena de sol, la pequeña colmena de abejas, el tragaluz de la cumbre del desván. A todo ayuda a hacer su mano pequeña de cantero. El abuelo antiguo hace planos en el aire: el horno de pan, el fogón, el piso de arriba. La cuadra para el ganado, el gallinero. Todo se circunscribe alrededor de la vida y la abuela-niña sonreía preñada de todos nosotros y amándonos.

La abuela abonando, sembrando, pariéndose a sí misma en la tierra; hacienda miserable de fanegas de labranza para sobrevivir y atesorar; carne de cerdo en el baño, pan de maíz en la artesa, huevos de guardar para pascua florida de diezmos y primicias. Tocino, arenques y castañas en invierno. Empanadas de sardinillas en el verano y taza de caldo de unto con trozos de pan. Ristras de ajos en las ferias y siete leguas de ir a pie a vender perejil a Santiago. Contribuciones y foros y rencor. Revuelta agraria y la abuela con azada y tercerola² en la batalla de Nebra³. Y ya por siempre enfrentada, redimida, libre de espíritu y visionaria, enterrada ahora en la tierra-tierra y pariéndome en su amor universal en el que renace, y la casa va en mi corazón donde ella está levantando todavía el muro infinito, defensa, puerta y antemural del mito del eterno retorno.

2 **Tercerola:** Arma de fuego usada por la caballería, que es un tercio más corta que la carabina.

3 **La Revuelta de Nebra,** Porto do Son, tuvo lugar el 12 de octubre de 1916. La Guardia civil mató a cinco vecinos, cuatro mujeres y un hombre, además de dejar 32 heridos de bala, la mayoría mujeres., en una protesta por la subida de impuestos. Serían conocidos desde entonces como los mártires de Nebra.

Todo comenzó por la pésima gestión económica de la corporación municipal junto con un desfalco de los presupuestos, lo que causó gran número de protestas, siendo la manifestación más numerosa el 12 de octubre.

Aldea de labriegos con el mar de fondo. Mar de paisaje. Aldea de veinte casas y trabajo comunal, que ya no se lleva. Hombres fuera, embarcados o en la otra punta del mundo que escriben que al resibo de estas cuatro letras se encuentren bien de salú yo bien a D.G.

Y las vacas a medias, y el poco centeno de la mixtura y la leche cuajada como única felicidad. Y trabajo para reventar. Única felicidad no, pues hay un soto de castaños y nogales donde los más pequeños conocemos todos los pájaros y cómo tejen su nido. El oriol, el petirrojo y el gorrión. El verdecillo, el jilguero y el pinzón. En el monte abierto la alondra y la calandria o el milano vigilando los pollitos. En el campo, el zorro, el hurón deshaciendo los surcos de guisantes, y la nutria en la junquera pescando lubina. La liebre en los cañaverales y la gaviota y el andarríos; los chortilejos en la orilla del mar. Moras, endrinos, peras silvestres. Y toda la chiquillada jugando a marro, pillapilla, tala. Columpio en las tardes de lluvia, que los mayores aprovechan para desgranar el maíz, repasar ropa o cortar leña. O contestar a las cartas de la ausencia que van húmedas de lluvia y de recuerdos y la música de las goteras cayendo. Felicidad, pues había bollos de pote⁴, y ahora la madre-abuela cantando también y siguiendo el hilo de la vida. Y los cuentos alrededor de la lumbre con el duende guiñándole el ojo a la joven criada de Taragoña que no consigue acomodar en el banco su propia carne florecida. El tío sordo, carpintero, hombre que no sale de su silencio interior y las historias del tío abuelo muerto en Manaos haciendo zuecos, de pura hambre, la vieja tía Carmen en Argentina, el abuelo muerto de unas sopas de burro cansado⁵ en Matanzas, y el otro arisco abuelo en el puerto de Buenos Aires cargando navíos, de puñal en el cinto y muerte violenta.

Tío republicano huido a Chile, el padre preso en la guerra que llega a dormir en el sótano todo el tiempo y a hablar bajito todo el mundo. Infancia

4 **Bollos de pote:** también llamados **petotes**, **pelouros** o **petelos** son un alimento tradicional gallego. Su nombre en gallego quiere decir algo así como “bolas de olla” haciendo referencia a su forma y a cómo se cocinan. Los bolos de pote son una masa de harina de maíz de forma redondeada que se cuece en el agua del cocido para ser los degustado junto con demás ingredientes.

5 **Sopas de burro cansado:** también conocido como de “sopas de vino” este dulce se hacía con pan de centeno, vino tinto, canela y azúcar, reduciéndolo al fuego hasta obtener una consistencia espesa.

aterrada a veces, de requisa a medianoche, que vienen por la ternera o por el padre o nunca se sabe quién puede denunciar, y lo mejor es cavar la tierra día y noche hasta caer muerto. Y la abuela eterna echando mano todavía de la guadaña para defender y luchar, y gritar hasta quedar sin voz cuando entran los infieles del fielato por ver si hay trigo o cerdo en las cuadras.

Infancia feliz por sí misma con algo de misterio que no se sabe de qué, pero te deja avisado para la vida. La abuela que está ahí fuertemente apegada al sentimiento de la tierra y confundida en el aroma de los surcos de la siembra y para siempre pariéndome, sembrándome, siendo ella la propia tierra y el ciclo que recomienza y fructifica en mis descendientes, como una patria universal que cabe en un terreno de cuatro fanegas y dos centiáreas que dicen los cupos viejos de la familia.

Marineros en la aldea solamente tres. Pescadores de cordel, de tridente, de boliche, que hacen trueque de pescado por leche, por huevos o harina. El viejo Pontella⁶, sancosmero⁷, de bote pequeño que va a pescar faneca, abadejo, pescado de roca. Hay que saber encontrar lombrices en la baja mar; limpiarlas de arena, ensartarlas en el anzuelo y tener paciencia. La faneca pica al anochecer o temprano en la mañana. Veinte brazas de palangre. Y por la popa el anzuelo grande del congrio. Remar mar adentro y volver reventado de sueño y mojadura. La solla se captura a pie, con red o con tridente, en la marea baja, se tiende la red en la pleamar y se aguarda a que el mar vaya bajando. Después sólo es meter el pescado en el salabre: platija, acedía, lenguado, raya roja que da corriente en los pies, y faneca inglesa de espina negra en el dorso, envenenada. Noches de pescado y el boliche de jalar del barco o de la playa, de cien brazas de cabo y el fondo de la red con escarchos, mújoles, lubinas y alguna que otra centolla o buey marino.

Historias del mar, de ahogados o desaparecidos. Mientras, los veleros entran lentamente en la ría, que vienen de hacer trueque muchos de ellos con barcos alemanes a la altura de Finisterre. Negocio de dinero para algunos y miseria para los más. Cosas de la guerra. Y los patrones antiguos que pasan saludando. El Andrucho, Gorra vieja ...perdidos unos y muertos otros en el temporal del tiempo. Alguna mujer de luto contemplando el mar con amor y con miedo, como se contempla el destino.

Luego viene el tiempo del chipirón, calamar pequeño con el sabor entero del mar; y el tiempo del camarón. Mejillón y berberecho eran para indigentes. Sólo en la Cuaresma se hacía empanada de aceite y berberecho y, al sacar la concha, la abuela nos reñía por comer tantos porque daba

6 El viejo Pontella, Andrucho, Gorra Vella, fueron figuras inolvidables de la infancia del poeta. Posteriormente aparecerán en narraciones (capítulo 4) y poemas como "O pé do mariñeiro..."

7 Sancosmeiro: persona nacida en San Cosme, Outes, en la ría de Noia. También embarcación tradicional típica de la zona.

empacho y diarrea. Cangrejo mucho, cangrejo patudo para estercolar las tierras de labor. Carros de cangrejo y sargazo que se dejaba fermentar en las tierras bajas y sembrar luego patatas tempraneras, guisantes, tirabeques, que vienen en el mes de abril con las lampreas y los congrios en sazón.

Pero, súbitamente, el gran estallido del wolframio⁸ cambia el ritmo de vida y todo el mundo se hace minero de luz de carburo y socavón, de alpargata de esparto para correr mucho delante del caballo del Marelo⁹, guarda incivil de enorme bigote estremecedor, que mete los cascos de la bestia en las costillas de la gente; mas la necesidad es mucha y el quilo de wolframio lo pagan a cien duros y hay que saber morir un día. Acampadas en la noche al lado de la mina y carreras en el monte abierto, sin aliento, y vuelta a comenzar al día siguiente. Fortuna solamente para el intermediario y pobreza para la gente que no va al monte. Estraperlo de pan. Y la villa coge un aire del farwest con clímax de California trasvasado en el tiempo. Llegan los mercaderes, los jugadores y las putas, que no hay fortuna que no se derrumbe, y de aquel esplendor artificioso no queda más que la derrota, la miseria, el hambre y el caballo del Marelo relinchando en la noche como animal apocalíptico y vencedor.

8 **Estallido del wolframio:** Desde el inicio de la Segunda Guerra Mundial, el wolframio fue conocido como el oro negro. Su elevado punto de fusión hacía este material imprescindible para la producción de máquinas, sobre todo tanques y carros de combate, y para la fabricación de determinada munición. Alemania necesitaba wolframio y lo encontró en varios lugares de España, donde las tropas franquistas acababan de ganar la Guerra Civil. Especialmente, en Galicia, en varios lugares de Fisterra, Bergantiños o, como en el texto, en la mina de San Finx en Lousame, cerca de Noia.

9 **O Marelo:** a este personaje siniestro le dedica Avilés un relato "O Marelo (Apocalypse now)" publicado en la revista *A Nosa Terra*, Vigo, 1987. Conocido por ese apodo, (el amarillo), por el color cetrino de su piel, golpeaba, violaba y abusaba de los más humildes que iban a la mina a trabajar para salir de la pobreza. Una figura temible en la posguerra por los que habían salido perdedores.

El mundo entra en la casa en las cartas que vienen de lejos. El padre navegando escribe desde Amberes, desde Odessa, desde Bata-Río Benito, desde las islas del mar y una sensación de cercanía anda alrededor del hogar cuando se escucha su presencia que nunca es real, y cuando llega el hombre no tan nuestro que ya se va a ir, las maletas con aroma ultramarino y la madre preñada de nuevo en un amor fugaz y siempre a la espera.

Llegan también cartas-relato de Chile, de Uruguay, de Brasil, primos que hacen preguntas de las cosas más simples: si todavía está viva la vaca, si el árbol aquel de acullá creció en tantos años; cuantos mueren y cuantos nacen.

Preguntas en la profunda raíz de la saudade que uno llega a entender en la vida más tarde, que ahora es tiempo de soñar y uno quiere ser Tarzán o Juan Centella y todavía hay que tomar mucho aceite de hígado de bacalao, que los héroes no se hacen solamente con borona.

La gran aventura es cuando se aprende a sembrar y se conoce el ciclo de cada planta y uno ve crecer el maíz que sembró su mano y la maravilla inmensa de las espigas. Amar físicamente la tierra de cavar. Tratarla con cuidado. Plantar un cerezo y ver cómo se erige en el aire -tan leve- como si uno le diese aliento todos los días sólo con mirarlo.

La comunión con la tierra abierta deja el corazón encendido y la semilla de la poesía va anidando llena de pájaros, del viento que se mueve en los tojales, y del mar, y se va guardando como en un cofre oscuro el mundo vivo de la aldea, labranzas y siegas, y el mundo lejano de los sueños que viene en un sobre cada poco, del barco de mi padre.

Entonces es cuando la vida te da a escoger su camino y la abuela desde el

fondo del tiempo habla de la tierra, llama a gritos desde la reja del arado, de las medas de centeno secándose, del mismo estiércol que abona las tierras, y te sientes apegado a tu tierra y quieres para siempre ser el sembrador, confundirte con el propio barro del que fuiste hecho.

Pero dicen que la vida es otra cosa, que hay caminos más anchos y deciden tu destino, que ya siempre ha de ser lucha en el rodete del retorno.

Y ahí voy yo con quince años, pantalón bombacho, a conocer en los libros la rosa de los vientos, la aguja de marear y a rebelarme para siempre hasta que los huesos nuevamente se tumben en el calor de la tierra y de mi pecho nazca el roble sideral en el que aniden otra vez los orioles.

Gaitana

Alba

Me arrancaste los ojos, Gaitana¹⁰. En la noche espesa que es mi vida, quedan sólo los ojos de la memoria, los ojos del sufrimiento y el desespero de que la vida continúe interminable, de que no haya para mí la gracia de la muerte.

Sentir el paso del tiempo en el único sonido de tus pasos, de tu presencia, de tu odio. Percibir la dimensión única de tu cabaña en la que no cabe la dimensión de mi dolor. Probar cada día el fruto amargo de tu venganza en los granos de cazabe que me lanzas, en el agua del abrevadero, que me hiede en las manos exaltando mi propio olor de animal encadenado desde siempre. ¿Desde siempre? Este sentimiento de eternidad, atado como estoy al palo de madera clavado en el medio de la choza, la pérdida de sentido del tiempo, verme aún en el fondo de esta ausencia en una tierra sin verano ni invierno, en la larga primavera de siempre que no me permite contar la inmensidad de la condena. Quizás recojo en el tono de tu voz, algo más ronca, cómo van pasando los años. En mí mismo no lo puedo notar. El cabello empapado de mugre, enmarañado y comido por los piojos. La barba que dejó de crecer, enroscada en sí misma, que me pica y lastima, sintiendo en la piel las llagas y la miseria. De las cuencas donde tuve los ojos, una llaga supura permanentemente la materia viscosa que se confunde con las lágrimas. Sí, solamente me queda algo de luz en la memoria. Y la luz que poco a poco se enciende en el corazón. Reniego cada minuto de mi fortaleza, de la robustez que no me deja morir, y mientras tanto ese fuego, esa chispa, al principio tan débil, que ahora me domina, el ascua a la que la propia

10 La **Gaitana** o **Cacica Gaitana** fue una heroína y líder indígena de la región de Timaná Huila, Andes, hoy Colombia, reconocida por congregar en torno a su persona uno de los movimientos de resistencia indígena más importante del siglo XVI.

También conocida como **Guaitipán**, fue símbolo de rebeldía y resistencia, lideró a su pueblo y gran cantidad de vasallos que la acompañaban contra la invasión de los conquistadores españoles entre 1539 y 1540.

desesperanza da aliento. Porque también, en mi sufrir, me recompongo y voy cogiendo fuerzas para hacerme más indestructible, más duro y menos perverso. Sé de mi condición de reo, de mis culpas infinitas, de la necesidad de purificar los retazos de mi alma, de pasar por este infierno como pasa el hierro oxidado por la fragua del herrero para salir limpio y brillante, convertido en acero temperado que puede trabajar la hermosa piedra del pórtico o ser filigrana en la brida o el freno del caballo desbocado. El tiempo, ese pozo sin fondo en el que alimento mis obsesiones, me da tiempo para todo. Envuelvo y desenvuelvo el hatillo de las cosas que pasaron. El porvenir no es más que un pavor que me hiere, que me llena de terror y cada vez que siento el sonido de unos pasos o percibo la presencia de una sombra, inclino la nuca para recibir el golpe mortal que me libere. Ese fracaso constante es quizás la mortificación que más me reconcome. Es el signo certero de tu triunfo. En esta revuelta de espanto, en este ir y venir de los pequeños acontecimientos que a mí me pueden enervar, todo depende de lo cerca o lejos que sienta tu caminar. Tú eres el centro de mi sensación de vivir y sufro las horas o ese largo espacio que no sé si son días, en que tu sandalia de fique no pisa mis manos o tu báculo de reina no me cae en las costillas con esa ira rabiosa que retumba dentro como una música que embelesa, como el empuje necesario para sobrevivir.

Palpo en el suelo del cobertizo, recojo la soga que me ata y me acerco a la estaca de madera que me sirve de cabezal y de yugo. Allí reposan mis sueños, en los pocos momentos en que dejo de ser un animal. El olor de la madera, pulida por la cuerda y por mis manos que vienen palpando desde los siglos, es todavía fragante y denso, de madera desconocida. Fui mordiendo, con el pasar de los años, la corteza y la piel interior de sabor dulce, y ahora lamo con desesperación la redonda superficie, ya tan lisa, que me sabe a mi propio sudor, a la secreción de mi cuerpo y de mi cabello, al caldo que me derrama en el mismo suelo que habito y se mezcla con orines y excrementos que no puedo contener. El hedor insoportable que sube de mi madriguera, que a ti misma te sofoca y escuece y que tapas a veces con tierra nueva que yo revuelvo y siento fresca en el ansia frenética de que me sirva de postrera cueva, de último refugio, de útero en el que esconderme y encuentre por fin la paz. Sigo lamiendo el palo y gruñendo del placer de lamerme a mí mismo, mi propia sabia decantada y putrefacta que, de pronto, me da una arcada, una náusea profunda de desmayo. ¿Puede haber todavía una chispa que encienda los sueños? Más bien la pesadilla, el vaivén de los hechos revueltos que la mente ya menguada trae en un arrebató, de improviso, y que después va desfalleciendo, tornándose en imágenes de trastornado, en espejos que arden en el fondo de los ojos que no tengo. Y vuelta de nuevo a reconcomer, a blasfemar, a arrepentirme

o el alarido, el aullido del perro que soy, con el que me identifico y late mi voz gutural y mis uñas se tuercen y arañan en la tierra dura o en la carne blanda de las canillas para llevarlas a la boca y sorber el dulzor de mi sangre y el amargor de la costra de las ampollas, hasta que termino humillado, hundido, encogido en mi propia desgracia, perdido en el fondo del tiempo que me oprime. Cuando me llega tu voz o tu zarpa, que se hace muy fina al despertarme, para sentir otra vez la puñalada del destino, el lento filo de una hora desconocida que no sé cuándo está pasando, o ya pasó, o si es también salida de la pesadilla que me envuelve. Pero tu voz, en el ejercicio despiadado de la venganza, suena humana, protectora, única en mi universo aterrador, y doy brincos alrededor de mí mismo, feliz como un lobo ciego a quien el domador le pasase el chicote suavemente por el espinazo. Es el desenfreno de mi amor.

Y aguardo a que tu golpe me derribe, que me doblegue en el suelo, el lamento de niño desvalido, pues ya mi orgullo se trastocó y lloro abiertamente de placer y de aflicción. Acaso el perfume otrora repulsivo de tu cuerpo que viene lleno de sol, el acre olor de tu sexo que yo distingo desde mi animalidad y que me excita desvergonzadamente para aumentar tu furia y tu carcajada contenida, y vuelvo a enroscarme en mí mismo y a rezongar por miedo a que te alejes, de que te vayas y no vuelvas en la ausencia asfixiante de quien no sabe medir las horas. Luego siento tu respirar acompasado y sé que duermes ahí al lado, donde mi cuerda no me permite llegar, segura y tranquila después de la incursión y la matanza. Tu sueño me infunde sueño y me adormilo arrimado a mi madero que me sirve de ánora, al poste que me sirve de reposo y de presidio, y desenvuelvo otra vez el ovillo de los hechos; veo en el fondo del corazón el paisaje de Timaná, mi casa blanca de adobe y cal y, más allá, los prados verdes de mi infancia, las vegas aradas de abril. Veo las indómitas cabalgadas en la tierra caliente, después de llegar extenuados de tanta trocha impenetrable, de tanta lucha y desventura. Veo a mi capitán desenvainar la espada en Cajibío y tomar, en nombre de Dios y de nuestro Señor, la inmensa extensión de estas tierras y el ánimo dulce y acogedor de sus criaturas. Era yo, Gaitana, el brazo fuerte y valeroso expandiendo el reino. Siento todavía mi mirada terrible y mi avidez desmedida. El héroe que no tiene la medida de sus actos se desborda y goza de su propio desbordamiento. El gesto es siempre el exceso.

Ser un hombre de las crónicas, estirar el propio hilo de los acontecimientos hasta partirlo. E ir más allá. Es éste un tiempo y una tierra de cabalgar hacia adelante, de llegar a la cumbre y ser un rey distante donde El Rey no llega nunca.

Vislumbro todavía las naos en el poblado, los caballos con los ojos espantados de tanto mar, las barricas de azufre para la pólvora nueva y nuestros corazones temblando entre la alegría de la tierra descubierta y el temor irracional de lo que no se conoce. Vigilantes y tensos bajamos a la orilla. Permanecemos al acecho en un mundo que anhelamos y que temíamos. No somos gente de retroceder. Mil días de combates, de sed, de calentura, de pérdidas y de heridas, de animales pavorosos que nuestra fantasía mitificaba en su terror y que luego fueron familiares dentro de su salvaje condición. Plagas acuciantes de niguas, que perforan debajo de las uñas de los pies para depositar sus huevitos de picor insufrible, y plaga de mosquito, de avispa negra, de bicho impertérrito que atraviesa la piel de los nudillos, de las muñecas, de las mejillas, el prurito eterno en un camino iniciado que no sabemos a dónde lleva. La flecha envenenada, la cerbatana, la macana, la lanza de caña que nos persigue noche y día y que sólo nuestras trompetas y tambores, los arcabuces y culebrinas, el trote de caballos y su casco dominador suavizan para ir subiendo, desplazándose, abrir nuestro real cada día en un espacio más alto hasta llegar a la cumbre de la sierra y divisar la planicie, la dimensión atisbada de la felicidad final y el ansia del reino tan soñado.

Despiertas. Mi corazón presiente tu gesto entre somnoliento y vivaz. Siento tu pie liviano posarse en el suelo y luego la caída de tus orines en la totuma de oro. En ese instante no existo para ti. Soy perro sin dueño. Tu furia no despertó contigo y tarda en percibir mi presencia, tan permanente que no es, hasta que me oigas gemir, gruñir, murmurar alrededor de mi poste de cabecera, rígido en el centro del bohío.

Me tiras el agua en que te limpias, que siento templada en la escamada piel, y agradezco que te acuerdes de mí. Me relamo los brazos con ansia y espero el susurro de alguna otra cosa en el aire para orientarme y saber desde dónde me observas. Pero tal vez ya no te acuerdes más. El día debe comenzar ahora y tienes que preparar a tu gente para la lucha. Escucho el desorden de la tribu, el canturreo guerrero que pide tu presencia, el lloro de los niños pidiendo su bocado, y me llega el aroma de las ollas de guarapo¹¹ o del maíz cociéndose, la disposición de las armas en el frufrú de las cañas y los abalorios de tus hombres tintinando; una feroz algarabía que es preludio de la lucha. Ahora sé que vas a defender tu pan, tu hogar, tu tierra violada. Un remordimiento, una desventura ilimitada me causa escalofrío en el corazón, pues ya me siento tuyo. Soy tu perro, pero tengo el corazón aplacado por el sufrimiento y el dolor. Son años a tu lado y ya no sé quién soy ni de dónde vengo. Soy tuyo. Los hilos que me ataban a mi

11 El **guarapo** (del quechua, *warapu*) es una bebida obtenida del jugo de la caña de azúcar ya sea fermentado o sin fermentar.

mundo hace tiempo que quebraron y sólo me llegan destellos de memoria en las que me reconozco, pero que me irritan y entristecen y prefiero no saber, no ser, no existir. Existo porque tú eres. La costra de arepa que me echas es un hilo más fuerte que los hilos de la memoria.

Mi rabia inicial y mi desesperación fueron madurando a través de los años y lo que antes fue ira es ahora calma, desesperanza, cuando la luz temprana de la niñez se me enciende en el fondo del cerebro. A veces la dejo brillar un instante porque una ternura de aquel tiempo me sube por la garganta y algo viene a mí de inocencia recobrada y me siento inocente - yo, el animal despiadado y asesino, el que mandó quemar a tus hijos vivos, que eran ligeros como el viento en una hoguera aterradora que ahora me quema a mí mismo en la sangre febril cuando me llega del fondo de los pulmones el olor requemado de su carne ardiendo y su bramido llamándote- y siento tu venganza reconfortarme, tus insultos liberarme de tanta culpa concentrada sobre mí, que no hay mortal, ni dios, acaso, que haya hecho un daño tan maldito, tan oscuro crimen, un robo tan despreciable, animado sólo por la codicia, por la fuerza y el amparo de una ley que nosotros mismos articulamos a nuestra medida y para nuestros fines. Rememoro Timaná, pero antes me llega el reflejo de la plata en la celda de Atahualpa, o ya en tierra de los muiscas el fulgor centellante de las esmeraldas de Muzo, el brillo del oro y la tumbaga en Facatativá y en Usaquén, o contemplar de noche el templo iluminado del sol en Suamox, y mi avaricia fulgurando en los ojos que tú hiciste reventar con tus propias manos. Yo era un valiente. Era temible. Lo sabía. ¿Quién no era valiente en esta tierra de hombres apacibles? No tenía más que herrar, violentar. Yo era un dios. Éramos dioses. Crecía nuestra ambición, así como se inclinaba vuestra humildad. Fui un rey de mí mismo y no tenía que rendir cuentas a nadie. Conquisté mi hacienda y marqué a hierro a mis esclavos. Tuve mi encomienda por derecho de guerra y cuando el Adelantado Benalcázar, quiso reducir mis lindes, que yo decía fronteras, le puse el acero en la nuez de la garganta y no valieron ni sus amenazas ni su legalidad para contrariar mis deseos. Yo era el capitán Pedro de Añasco¹² y nadie pronunciaba mi

12 En 1538, **Pedro de Añasco** fue designado por el conquistador español **Sebastián de Belalcázar** para que fundara una villa en Timaná con el fin de facilitar las comunicaciones entre Popayán y el río Magdalena, labor que implicaba contacto, sometimiento y confrontación con los nativos de la región.

Añasco comenzó a citar a los jefes indígenas de la región para imponerles tributos, encomiendas y otras obligaciones. El primero en ser llamado fue un joven que mandaba, junto con su madre, en una pequeña comunidad Yalcón, y que se abstuvo de concurrir el día citado. Ordenó **Añasco** ejecutarlo: sin consideración a los lamentos y desesperación de su madre, lo mandó quemar vivo en presencia de esta.

La ejecución, en lugar de doblegar a los indígenas, produjo un alzamiento general en todo el territorio.

La **Gaitana** (que así llamaron los españoles a esta cacica) logró congregarse a más de 6000 guerreros de

nombre sin un estremecimiento en el corazón. Se firmaron las cédulas y mi fe de vasallo fue más un acto de rebeldía. ¿Sabía El Rey o el Consejo de Indias dónde estaba situada Timaná? Yo fui la fuerza y el cuchillo. Solamente tú, Gaitana, y el tiempo impío que no puedo medir ablandaron mi corazón de duro pedernal, despejaron mi mente negra de soberbia y amansaron mi cuerpo que esta tierra sin clima mantenía desbordado de lascivia. Y ahora soy la pobre ruina del animal prepotente y feroz que se hace animal sumiso, reo encadenado, perro famélico del esclavo que antes había sometido. Me queda esa lucecita, la luciérnaga pura del alma que va recuperando mi ser el que germina ahora intermitente en el transcurrir inexorable de los años, para ver la negrura de mis actos, la feroz soberbia de mi maldad y el pozo sin fondo de la sangre inerme que vertí con mi poderío.

Hablas conmigo en esa lengua oscura, pensando que solamente entiendo el furor de tu voz. Son años de escucharte. Son años de andar por los caminos gateando detrás de ti, oyendo las conversaciones de tu gente, apalpando el suelo longincuo de los senderos, de la selva y de la planicie, encogiéndome cuando los chiquillos me acorralan con ramas de espinos y liberan la carcajada. Mis oídos fueron recogiendo día a día vuestras palabras, los nombres repetidos de las cosas, los nombres de las armas y del pan de comer, y ya conozco los frutos y las aves por su nombre verdadero, conozco a las personas que te siguen, las herramientas, los árboles. Sé de lo que me hablas, Gaitana, el rencor deja fluir las palabras despacito y la ceguera me aviva los sonidos para atender y entender. Sé que los restos de fruta que encuentro en el suelo después de tu desayuno son de papaya, de mango o de badea¹³. Sé del pez bagre¹⁴ y de la carne pegada a los huesos del armadillo, dulce como la miel, o la danta de monte con sabor a jabalí. Los restos que me vas esparciendo trae revueltos todos los sabores que se mezclan en el aguachirle. Me caen a veces en el comedero las sobras de la chicha ritual, que me embriaga, y es entonces cuando la lucidez se me enciende y descubro mi miserable identidad que me hace arremeter contra el madero que aprisiona hasta que las embestidas me desfallecen. Conozco tu lengua y sé que otra vez vas a cazar a los hombres y quemar los poblados. Presiento tu cuerpo agitado en la emoción reprimida que se da antes del combate. Buscas siempre al enemigo descuidado en medio de los campos

los pueblos yalcón, avirama, pinao, guanaca, timana y nasa (paez), que atacaron de madrugada a **Pedro Añasco**. Entregado a la **Gaitana**, esta le hizo sacar los ojos y lo paseó con un dogal al cuello de pueblo en pueblo hasta que murió.

13 **Badea, o pasiflora**, fruta: tumbo costeño en Perú, parcha en Venezuela, pasionaria en Cuba, granadilla real en Costa Rica, maracuyá melao en Brasil y giant granadilla en países de habla inglesa.

14 **Pez bagre** o escalo. conocidos por sus bigotes, o barbillas, que les ayudan a saborear y oler.

recién cultivados y caes como un relámpago, como un apocalipsis, como un demonio aterrador que asola, quema y derriba. Gozas de la sangre, pues los fundamentos de tus sentimientos fueron ahogados en sangre. Entiendo tu ardor. Y cuando llega la hora de los cánticos y de los himnos de la victoria también yo balbuceo desde las tinieblas de mi agujero el canto que celebra tu triunfo. Soy desleal a mí mismo, traidor a mi casta y renegado de mi fe.

Nunca te oí reír. Nunca os oí reír. Vuestra risa es silenciosa, interna. La alegría se expresa en el gran alboroto alrededor de los chorotes¹⁵ del guarapo y de las grandes ollas de barro con cazabe cociéndose. Se ríen los muchachos cuando me dan con una vara en las costillas o cuando me tiran piedras que me aplastan los pies. Vuestra condición es el silencio, ese ir y venir que no se advierte, esa ligereza como si caminaseis sobre el viento. Mas mi oído está siempre atento y ahora ya os siento como cosa natural y precisa, aun los pasos más leves. Te vas, escucho tus pies alejarse y quedo otra vez solo, con mis remordimientos y con la angustia de una espera incierta que me aprisiona el corazón.

Atardecer

En esta hora de la fresca, cuando me atan en la estaca de fuera, la brisa me aviva la piel, me llega el perfume hondo del valle que ya no puedo ver, pero que todavía brilla en la memoria en la luz de la tarde y siento su color diluido en la cumbre de las montañas, esa línea morada del atardecer que limita un mundo que se sume de improviso en un silencio bullicioso de cocuyos, murciélagos, aves nocturnas que comienzan a volar calladamente. Oigo el planeo de sus alas que cruzan con sonido pausado y oigo el creciente gorjeo que viene del fondo del valle cuando tu gente irrumpe. La incertidumbre de tu regreso se va desmenuzando y un ansia desbocada quema en la garganta mientras no escucho tu voz, que sube ahora triunfante, vigorosa, ronca en su agudeza de voz femenina que a mí me recorre los nervios entre el pavor y la alegría. La frescura del aire se vuelve densa, realmente espesa, de

15 **Chorote:** chocolatera de loza sin vidriar. También bebida de chocolate.

aire alimenticio que yo respiro hondamente, y en el aire vienen los frutos, las dehesas rebosantes, los arroyos y los árboles floridos, las grandes flores azules del guayacán y las flores encendidas de los cámbulos que veo desde el fondo de mis ojos ciegos brillando en la noche perpetua que me habita. La algarabía entra estrepitosa por la era, entrecortadas sólo por el clamor de las víctimas lamentándose. Ya no llega su llanto a mi corazón. Se me helaron los sentimientos, encallecieron en el sentimiento casi eterno, y sólo tu contacto airado, tu presencia, tu andar leve en el viento o tu voz que otrora me aterrorizaba, abren esa pequeña ascua donde el sentimiento inicia su mínima dimensión. Escucho, pues, palabras, lamentos en mi lengua ya antigua, llantos que conmoverían un corazón de hierro, pero nuestros corazones, el tuyo y el mío, Gaitana, son corazones de obsidiana, pedernal duro, piedra de eslabón¹⁶ que da la chispa al contacto del acero o en la pasión casi indomable de víctima y verdugo (alfoz¹⁷). Pasa rozándome tu cuerpo, me llega el acre olor del sudor y el aliento todavía acelerado de la fatiga. Y cuando siento ese temblor en el espinazo, algo se congela en mi sangre, un sentimiento vago de terror y protección. Pero, tu desatención se hace eterna. Los preparativos del sacrificio, la vorágine de gozo general en el que te envuelves, después de la lucha y de dejar al enemigo sometido y prisionero, hacen que te olvides de mi presencia, de mi existir, hasta que vuelve la monotonía. Después de tantos años soy para ti un objeto con el que se tropieza o un lomo donde descargar tu furia cuando los pensamientos giran en el torbellino de tu mente y recuerdas las criaturas que albergaste, a las que diste de mamar en tu seno, que venían a tus brazos como palomas, cuerpos que serían de guerrero elegante y que mi soberbia de vencedor aniquiló en el fuego para siempre. Desnortado, aspiro el ámbito de la tarde para dar con tu cuerpo en la multitud, para no sentirme desamparado, para ser perro que tiene una mano que lamer, aunque con la otra levantes el vergajo. ¡Dependo tanto de tu ira! Yo, que me crie en el esfuerzo y en la arrogancia, en el ansia de medrar como fuere, que crecí afilando la espada, haciéndome ver en todas las batallas para señalar mi presencia y destacar delante de los capitanes mi audacia para subir del fondo a la cima; que anduve los caminos de la morería abatiendo de hierro y de furor a todo

16 Un **eslabón (yesquero)** o **chispero** es una pieza de hierro con alto contenido de carbono o aleación de acero de la que se hacen saltar chispas al golpearla contra una piedra de sílex o roca similar.

En tiempos primitivos se utilizaba un eslabón de percusión para iniciar un fuego. Antes del descubrimiento del acero, se utilizaban diferentes variedades de pirita o marcasita, junto con sílex y otras piedras, para producir mediante golpeo o fricción chispas a alta temperatura que se empleaban para iniciar un fuego. A partir de la Edad del Hierro y hasta la invención de los fósforos de fricción, la manera usual de encender un fuego era golpear un trozo de acero contra uno de sílex.

17 **Alfoz** en el original en gallego. Creo que se trata de una errata, dado el contexto. Debería ser **Algoz**, que en gallego y portugués tiene el significado de verdugo, mientras que **alfos** significa arrabal. La misma confusión aparece en los capítulos 2 y 14 y en el epílogo.

el que me encontraba y que entreví en el descubrimiento un camino más amplio y seguro para hacer fortuna, soy ahora tu esclavo ciego, tu perro descuidado y piojoso que aguarda sólo el pan y las migajas, y en el fondo de mi desesperación, después de veinte años de presidio, después de andar arrastrado, ciego y malherido por los caminos de tu reino, soy esa criatura aniquilada que no tiene a nadie más que a ti, y que siente en tu desprecio la sensación humilde de ser todavía humano. Los bramidos de tortura de mi gente, su alarido, que rompe en esta hora el manto del silencio que ya había cubierto la hondonada, perfora también mi cerebro; y sus palabras de queja, en vez de misericordia, traen a mí, por la misma palabra dicha en mi idioma, evocaciones y recuerdos de tiempos pasados, quizás de otras guerras y de otras víctimas que yo aplasté, y también las palabras de mi madre -tal es la fuerza de la lengua- el propio sonido, ininteligible por venir de lejos, pero que tiene el ritmo de algo mío; y en la rememoración vivo otros instantes, otros paisajes, lugares de quietud en el momento en el que el curaca arranca el corazón de viejos compañeros. Y veo las vegas patrias, los sotos y las montañas rígidas, el azor volando el resonar de las trompetas de guerra o los cuerpos de bruces en la siega de la anchurosa tierra que dejé. Regreso, en un destello, a ser Pedro de Añasco, el capitán, y enarbolo mi lanza para ir desfalleciendo rápidamente en mi desventura y verme atado al ceibo gigante de tu patio, sentir en el cuello la cuerda de la cabuya ya pulida y dar yo también el alarido o el aullido desgarrador que dan los compañeros cautivos. Entonces tu mirada debe dirigirse hacia mí, sabes otra vez que tienes más en quién descargar tu cólera y te acercas airada para zumbiar tu bofetada en mi rostro, pero mi semblante, ya sereno por tu cercanía, mi faz que debe expresar todos los sentimientos de hombre derrotado y animal sometido, hacen que dejes la mano en el aire, y por primera vez capto en tu respiración un hálito de compasión que puede ser ternura.

Es cuando me entrego totalmente. Cuando mi atrofiado pensamiento le da vueltas a lo mismo y la imaginación oculta mi miseria, soy el enamorado que depositaría en tu oído las palabras más cálidas, las de ir desgranando el amor hasta que tu corazón se ablandase como un fruto que se puede beber. ¡Es tanta el ansia de una caricia, del afecto en el confín de la desgracia y en el confín del llanto! Te amo desde esta insignificancia que soy y ese gesto, esa mano alzada que se detiene y no me hiere sella en mi secreto un purísimo amor que no florece.

Noche

Desde el fondo de la noche que me habita, puedo todavía percibir el dintel de la noche cíclica, que en tu dominio es un oscuro brillante donde anda inmersa la luz opaca de los astros y donde el aire arranca de la lejanía un decantar de aromas que yo descifro en mi código de sensaciones para saber que avanza, que nos envuelve, que va rindiendo los cuerpos, que hay otra manera de andar y de moverse; y la voz coge un murmullo ahogado, que acaso mi oído, acostumbrado a las más leves secuencias, escucha hasta las últimas exhalaciones del sueño. Entonces es cuando yo reino, cuando me siento en mi trono de miseria y escucho el latido como un inmenso corazón que arrulla la redondez oscura del recinto. Soy el rey solitario del mundo que descansa, mientras vigilo y velo; vigilo desde mi terrible consecuencia con todos los sentidos tensos, con todos los temores, con todos los deseos de que la noche permaneciese así, eterna, en esa paz que a mí mismo me llega como un bálsamo.

Mi corazón poblado por las tinieblas quiere todavía escuchar tu respiración, sentir que me acompaña su ritmo profundo; se me va avivando en el cerebro la línea de tu cuerpo presentido, siempre joven y resplandeciente en la memoria como en el día en que me caíste como una centella implacable en la nuca. Siento tus nervios y tu mano feroz apretándome fuerte la garganta y ese último resuello que me va desvaneciendo, desvaneciendo. Es tu aliento quien me lo recuerda; entonces todo mi cuerpo, todas las cuerdas y esfuerzos íntimos se concentran en la agitación que sale de tu cama de helechos y me dominas, Gaitana; eres el abismo que me atrae desde toda la memoria en este instante.

Como nace el fuego en la entraña del volcán, se va abriendo en la entrepierna el deseo carmesí que bulle en las venas, la irrefrenable ansiedad que desasosiega, y desde el pozo de mi desespero tengo la necesidad repentina de amarte, de confundirme en ti, de sentir la tibia tesitura de tu piel en mis manos sucias, casi zarpas de fiera acorralada, que te acogerían como una brasa caliente en las cenizas de mi ser.

Doy vueltas alrededor del madero que me sostiene para ir liberando tramos de cadena, para poder acercarme a tu reposo, para respirar de cerca el vaho de tu cuerpo cubierto de hierba seca, el olor a calaminta de las hojas blandas del maracuyá, mezclado con el aroma vivo de hembra madura que aumenta más mi sed y ahogo un grito que me sale de las entrañas, que me sube por la médula fervientemente y se rompe en la garganta, donde el temor me apuñala.

Lentamente, despacito, voy hasta el borde de tu lecho y sólo alcanzo tus pies, medio estrangulado, que no da más de sí la cuerda, y acaricio silencioso los dedos y los tobillos, la planta dura por andar descalza en las sendas espesas de la selva; lamo el empeine, donde las lágrimas de la felicidad se deslizan suaves hasta llegar a los labios y pruebo su sabor salado mientras me invade el sabor de tu carne de guanábano, de anón y chirimoya. Confundo entonces los frutos y las delicias, el perfume penetrante de pulpa de pitaya, de uchuva salvaje, de la piña asilvestrada que tiene el olor de miel desconocida. Te remueves y un momento de pavor me inunda las venas; dejo de respirar. Pero vuelvo otra vez a esa recóndita ambrosía. Sorbo tus pies amados -único fruto que alcanzo- y das de pronto el empujón del susto. Me cobijo, animal sorprendido, en el rincón más profundo que alcanzo, mientras te levantas y vienes en mi dirección. Oigo tus pies entre las hojas, aguardo el castigo abrumador y lloro apavorado con gemidos que ahogan y revientan por dentro. El tintinar del cobre o de la tumbaga¹⁸ me pone los sentidos alerta. No sé si son brazaletes o collares, pulseras que tiemblan, pero mi corazón presiente el arma y emprendo la defensa, desvalido, yo que pedí la muerte y ahora me resisto, todavía ebrio de placer, acaso por instinto que uno no puede remediar en este instante preciso.

Llegas pausada, altiva, amenazante en la misma placidez de los andares y es entonces cuando el miedo me impulsa y me abrazo a tu cintura en un gesto osado y siento por primera vez tu cuerpo entero vibrando, en el esfuerzo de zafarse; sujeto tus nalgas furiosas, los amplios pechos todavía firmes, los hombros redondos y tu garganta esbelta de jaguar perseguido; pongo freno a tu brazo que me busca y digo tu nombre en lengua brava, Gaitana, digo tu nombre veinte veces mientras me hieres con el cuchillo en los riñones y retuerzo furioso la misma arma contra tu vientre desnudo y penetro, penetro, loco ya como si penetrara tu cuerpo carnalmente, tu cuerpo de almendra. Ese deseo.

Caemos, apalpo los ríos de sangre mezclándose, siento tu respiración ya desbocada y la fuerza que se va de mi aliento. Todavía busco tu rostro, una caricia postrera, tu frente, tu cabello rudo y espeso que te cubre las mejillas; intuyo el estertor de la muerte en mis brazos, mientras me invade el sueño, mientras una felicidad me adormece, mientras se va la fuerza y me adentro dulcemente en las tinieblas; veo la luz, un ámbito radiante, el paisaje verde de la niñez, la voz de mi madre que me reclama, un arrullo en la niebla, tus caderas desnudas que me iluminan en un camino larguísimo,

18 El término **tumbaga** es el nombre que los españoles dieron a una aleación de oro y cobre que fabricaban los orfebres indígenas de América. Por otra parte, los indígenas de la cultura Lambayeque le decían tumbaga a la mezcla de oro con cobre y plata.

me llevas de la mano, vamos subiendo, emergiendo en la oscuridad como quien sube al brocal de un pozo.

Bicho raro el yagareté negro. Casi nadie lo cree. Pero haber hay en el fondo de la selva. En el mato oscuro del Caquetá, días y días sin ver el sol, selva tupida de grandes árboles, de humedad sofocante donde reluce la catleya, esa orquídea delicada; y el anturio rojo es como una ascua en el fondo de la oscuridad. Donde hay cuevas, regatos, barrizales cubiertos de grandes flores blancas y la liana trepa hasta la cima de las grandes caobas. Y en los claros descubiertos, los árboles del caucho que hicieron el gran imperio de los Arana¹⁹ en los primeros años del siglo XX. Años de esclavitud, de gente marcada a hierro, gente consumida de hambre, de trabajo brutal y de cadenas. Los herederos de los viejos siringueros²⁰ liberados abren grandes terrenos de cultivo en la selva. Renuevan la tierra. Traen cebú. Ahí es donde ronda el jaguar negro. Acecha a la vaca parida y se lleva el ternero recién nacido. Espía taimadamente al buey suelto y le cae en el juncal como un relámpago negro de muerte.

Hay jaguar negro, hay. Onça negra²¹ por la parte de Tabatinga en la tierra brasileña. Tigre hambriento, animal excomulgado. Bicho que cuando se pone de pie te mira de frente con los ojos encendidos con todo el fuego del infierno.

Quien sabe de jaguar es Nereo²². El vaquero tiene ojos propiamente de jaguar, gestos de animal salvaje. Si no fuese su gran corazón lleno de ternura, su mano incapaz de herir si no es por defenderse, su actitud de compañero siempre dispuesto y leal. Nereo es nuestro hombre para todo: él es quien arma la tienda, él es quien sabe pescar, él es quien consigue el fuego, él es quien tienta el camino a seguir y el lugar conveniente de la dormida. Quien conoce la serpiente que muerde, el fruto que se puede comer. Quien sabe de río y de monte. Quien canta al anochecer su joropo de las planicies inmensas del Vichada²³ y quien duerme con un ojo abierto para levantarse a la primera señal de peligro. Nereo forma parte del terreno que anda, es el sabedor de las cosas más pequeñas, tan importantes a la hora de enfrentarse a un mundo para nosotros desconocido en el que la muerte es algo imprevisible y latente en medio de ese alboroto general de la vida, que late a nuestro alrededor como un pulmón enorme.

19 **Julio César Arana del Águila** (Rioja, San Martín, 1864-Magdalena del Mar, Lima, 1952) fue un empresario cauchero y político peruano. Amasó una cuantiosa fortuna con la explotación del caucho en la región amazónica.

20 **Siringuero**: cauchero, persona que trabaja en la extracción del caucho.

21 **Onça negra**: el nombre en portugués-brasileiro nos invita a pensar en la frontera artificial y artificiosa en la selva entre Colombia, Perú y Brasil.

22 **Nereo**: personaje que ya había sido retratado en *Cantos Caucanos*, vaquero y antiguo guerrillero. Aparecerá en otros relatos de este libro.

23 **Vichada**: departamento que se encuentra ubicado en la región de la Orinoquia colombiana, en el oriente del país.

Nereo fue el que descubrió las huellas del animal al borde del río y quien dispuso su caza de forma estricta, punto por punto, tramo a tramo, sin descuidar el mínimo detalle. Quien preparó las herramientas necesarias, las armas, el candil. La linterna que ha de ir firme en la vara de la lanza. Y el corazón y los pulsos están casi helados de pavor.

Días de caminata en el mato. Días de machete, de sudor, de cansancio. La luz del día entra a través de las ramas como la luz que entra en la catedral. Mosquitos. Millones de mosquitos. Cientos de millones de mosquitos fustigando la piel. Mosquitos pequeñísimos, ínfimos, que perforan los codos. Mosquitos grandes, zancudos, que zumban como un helicóptero tomando tierra. Mosquitos que muerden. Peor que la pantera. Para mosquito no hay lanza, no hay rifle, ni siquiera guijarro. Mosquito es traidor, sucio, imperceptible al principio; escuece después, y el cuerpo se va llenando de ampollas, de heridas que uno rasca con desespero. Después la sangre pone su propio remedio, se vacuna a sí mismo y el mosquito tropieza con hierro duro. Ya no acude más. El mosquito en la selva trabaja noche y día. Animal miserable. Mejor no recordar.

La cobra es otra cosa. Silenciosa, inesperada, cobarde, engañosa, mimética. También hay cobra que se enfrenta, que se eleva según su tamaño y no quiere dejar paso a nadie. Pero para la cobra hay machete, y cuando es muy grande, tiro de fusil. Y todavía puede servir de merienda, pues hay serpiente de agua de carne de porción blanca, que es un manjar en la brasa de la lumbre. Sabor de congrio sin sal.

Ahí vamos, pues, en el mato, en el medio de la selva. Nereo delante. Juntos, casi al pie, Carlos Zamorano y yo. Detrás va Nicomedes, el negro. Va de color ceniza y mirar tristón. El negro conoce bien el peligro, jaguar que prueba negro, repite negro. Carne dulce, al parecer. Nicomedes tiene el desasosiego de la amenaza y la selva es cada vez más tupida, más profunda, más oscura. ¡Daría igual volver atrás!

Zamo es el que encuentra los residuos. Restos de buey cebú podrido, olor mortecino, cuero que bulle impulsado por miles de gusanos. El jaguar tiene que andar cerca. Es Nereo quien pide calma y reflexión.

Bicho perverso el jaguar. No duerme en ramas. No espera por nadie. Ataca sólo en la debilidad. Ataca al buey suelto, al tapir extraviado, a persona perdida. Cuando ve al cazador o cuando ve grupo de gente, huye a su madriguera y nadie lo vuelve a ver en mucho tiempo. Jaguar viejo sabe todavía más: cuenta las personas, escopetas, lanzas. Sabe el rumbo que llevas y las intenciones que tienes. Es el mismo diablo.

Nereo reconoce las huellas. Pantera que arrastra buey al medio de la selva ha de ser bicho de temer.

El negro tiembla y se vuelve todo ojos. Ya no puede dormir más. A los demás también nos tiembla la mano y hay un ansia grande de acabar, un hormiguero en la sangre en tensión, una expectativa total. Llegó la hora definitiva en la que cada uno tiene que cuidar de sí mismo. La selva es un silencio mortal.

Nereo sabe de rastros. De pronto, en medio de la arboleda espesa dos peñascos inmensos, dos torres de piedra cubiertas de capa vegetal y su pequeña cascada que cae tímidamente en un sonido acompasado de gotas que hacen una música pausada. Funeral.

Debajo del roquedal la puerta estrecha de una cavidad. El corazón coge el ritmo de las gotas al caer.

Cueva negra, oscura, húmeda y asfixiante, con olor a carnaza y de aire cerrado, espeso. Cueva estrecha al principio que se va ensanchando después. Hay que entrar de uno en uno, con la linterna encendida en la vara de la lanza. En el centro hay como un amplio salón y un techo más alto y renegrido. Esparcimos la luz. Nada. Un recinto vacío, hecho en el principio de los tiempos. Ni un murciélago se aposentó aquí. Cada uno de nosotros está de espaldas a la pared con la lanza de caña dispuesta. Se escucha el latir acelerado de los corazones. Nada. Nereo va palpando la pared en la busca de una grieta, de una rendija, de una señal. Y, de repente, el maullido alucinante de la muerte.

Casi en el techo, los ojos de la fiera brillan ahora con el terror de la sorpresa y de la venganza. Cada uno de espaldas a la pared, con la lanza bien firme, espera su salto. Animal viejo y sabio, mide el campo de lucha. Cuenta las personas. Pone todas las caras de meter miedo, sin moverse. Sus ojos recorren el fondo de la cueva. A cada íntimo movimiento de nuestras fuerzas, los dientes se afilan en el aire y la garra muestra las navajas abiertas del terror. El jaguar cuando se ve perdido, llora. Primero es un gemido estremecedor, un lamento todavía agresivo, de lucha. Poco a poco se vuelve un lloro diminuto, de niño. Casi da pena. Nereo ya nos avisó. Jaguar es bicho tramposo, artero, teatral. Ese llanto es una defensa para saltar en el momento insospechado. Es el justo momento de atacar. Hago un movimiento rápido y el animal salta, como una sombra endemoniada. La luz de la linterna lo extravía en su camino y la lanza le atraviesa la boca feroz. Todavía se levanta, y su peso me hace temblar de espanto. Nereo es quien echa mano del cuchillo y le cruza la garganta de una puñalada mortal.

Piel lustrosa, fina, amplia como una manta. Zamo es quien la prepara con piedra alumbre y sal.

El vicario apostólico de Sibundoy nos dio en aquel entonces cuatro mil pesos por la prenda.

De día, el bulevar del Ron en Buenaventura es un lugar desolado. Hay casas de madera, de ladrillo, de lata. Casas de caña-guadua cubiertas de zinc. Casas amarillas, blancas, con solana de entrada. Calles circunscritas que acaban siempre en el mismo punto. Lodo. Miseria. Chiquillada negra revoloteando.

De noche es el mundo del esplendor. La música transfigura aquel corral hediondo en un escenario de fantasía. La luz invade todos los recintos y la danza, el bullicio, la misma muerte, cobran una vida que parece eterna hasta las seis de la mañana.

Gente muy variada en el Bulevar del Ron. Marineros de todos los navíos anclados en el puerto. Negociantes de bártulos japoneses. Contrabando. Droga. Mafia negra. Mafia blanca. Mujerío. Mujeres negras, blancas, rubias. Mulatas de quince años como estrellas oscuras. Pasión. Crimen. Música. Muerte. Luz. Buenaventura. Y la fragancia permanente del mar.

En la última mesa del último rincón, delante de su botella de ron Manizales, me encontré aquella noche inverosímil el trasfondo de la infancia. El Andrucho²⁴ estaba allí.

Si vieséis entrar un velero en la ría con el velamen desplegado al viento, los focos tensos en el botolón de proa y la vela escandalosa alta en el viento como una bandera, veríais mi niñez sonriendo.

Los veleros llegaban del sur cargados de sal, de vino, de aceite, de naranjas y traían un perfume mediterráneo, un aire de aventura irrepetible, una canción nueva que rápidamente se aprendía en las tabernas de la villa, una habanera, acaso con el vaivén de las olas, que todavía se canta en la actualidad sin saber de dónde vino. Balandros, goletas, clíperes, paquebotes de proa afilada que venían a varar en las riberas de Noia, a invernar y preparar los fondos en los astilleros de A Barquiña²⁵. Y dejaban en la ría el aroma del alquitrán, de la brea, de la pintura fresca. Los niños los conocíamos como si ciertamente fuesen nuestros, y dibujábamos en los cuadernos de la escuela su línea hermosa con olas y gaviotas, poniendo siempre su nombre en el costado de popa: Consuelo María, Maniños, Pepito Hermoso, Lealtad, Nova flor do Barqueiro. Olga. El Olga era el barco del Andrucho. Y el Andrucho era el capitán de nuestros sueños, de

24 **Andrucho:** es el sobrenombre de José Tubio, patrón noiés del *Olga*, “*el capitán de nuestros sueños, de nuestras aventuras*”. El *Olga*, su barco, se construyó en los astilleros de la ensenada de Noia donde abundaban los sargazos, los almacenes de salazón y los aromas a alquitrán diseminados por los carpinteros de ribera. En su encuentro, Avilés conoció las aventuras de “mi viejo capitán” vinculadas con la guerrilla oculta en los rincones más remotos de Colombia. Como el autor, hombre de dos mundos que siente nostalgia del mar de Noia.

25 **A Barquiña:** es uno de los barrios de Noia, a pie de mar, y en el que antiguamente había varios astilleros.

nuestras aventuras. Era el patrón de la nave mítica en la que quisiéramos navegar.

El Olga había venido de Le Havre, de la Bretaña, y su estampa, blanca y ágil le daba una reputación marinera de prestancia, un señorío casi femenino de barco ligero y fuerte. Barco de mucho mar, de larga singladura. Barco de vela abierta en la línea del horizonte que marcó mi pequeño corazón con su hermosura perfecta. La semilla de la estética, de la libertad, de la poesía, llegó a mí, seguramente, de ver y de amar aquel navío.

El Andrucho había hecho con él un viaje solitario de Muros a Lisboa que había dejado reputación de su poder en el mar. El Andrucho había hecho salvamento, en la Segunda Guerra, de un avión inglés que llevó a Gibraltar. Condecoración del gobierno inglés y cárcel del gobierno germanófilo español. El Andrucho contrabandeó en mar abierto con alemanes, franceses, rusos. El Olga era un barco fantasma que nadie conseguía encontrar. El Andrucho.

El Andrucho estaba ahora delante de mí, veinte años después, en el puerto de Buenaventura, en el Bulevar del Ron, al pie del Océano Pacífico, y mis ojos fueron haciéndose pequeños, húmedos, de niño. En el barullo inmenso de la salsa brava, de la luz infernal del bar, nuestra voz sonó ronca y el abrazo fue profundo, interminable, nostálgico. ¡Mi viejo capitán!

Su voz cansada fue deshilando poco a poco la historia:

El tiempo, que todo lo devora, acabó con aquella hermosura. Los veleros fueron desmantelados. Hicieron barcazas, gabarras, leña. Cuando desarbolaron el trinquete del Olga, el Andrucho sintió el deseo infinito de huir. Y huyó. Y llegó a Belem do Pará. Pobreza de vida. Desasosiego. Capataz de puerto. Capataz de hacienda. Contramaestre de barcaza a Santarém. Capitán de río. El Andrucho va conociendo el río infinito, Belem, Macapá, Manaos, y llega al mismo corazón del mundo, Tabatinga, Leticia. Navega los ríos solitarios con nombre de mariposa, de pájaro desconocido. El Apaporis, el Inírida, el Putumayo, el Caquetá. Su sombra anda como alma en pena en los profundos caminos de América del Sur. Giras de cazadores, de turistas, de exploradores. Tráfico de güisqui, tabaco, ron. Años de soledad, de olvido, de sobrevivir. En la recóndita selva del bajo Caquetá, el comandante Marulanda tiene su refugio más seguro. Cuartel de quita y pon de guerrillero nómada. Cuartel de adiestramiento y de reposo. El Andrucho llega un día por los caminos del río con su matute y reparte tabaco, trago, jabón. El trato se hace repetido. Marulanda ve en el viejo patrón una mirada todavía fuerte, una mano poderosa, un hombre de palabra y decisión.

La primera remesa de armas que entró por el lado de Brasil para la guerrilla unificada del bajo Caquetá fue dirigida, planeada, llevada a cabo por el Andrucho. Se sintió hombre necesario, realmente importante, liberador. Su vida cobró en ese momento un fin honroso que le dio una nueva dimensión. Puso su barco y su corazón al servicio de una causa y su fe en un ideal nuevo. Era como purificarse y renacer. ¡Si supieseis de las largas caminatas, de los ataques sorpresa, de las heridas, de su fe nueva en el porvenir!

Nadie es más compañero en la vida que guerrillero en pie de lucha. El Andrucho tuvo hermanos. Si supieseis de los ataques a la guarnición de Araracuara, a Puerto Leguízamo, el asalto al Instituto Lingüístico de verano que los gringos tenían en la Macarena como despiste para la información, os daríais cuenta del gran territorio, de la andadura sin fin, de la lucha interminable. Herido en el combate de Puerto Asís, dado por muerto, los compañeros lo adentraron en la selva y ya nunca más pudo luchar. Le quedó la pierna seca y tiesa. Hombre que no puede correr queda descartado del monte y también del río. La guerrilla lo honró y se honró a sí mismo. Luego sintió la añoranza profunda del mar.

En el puerto de Buenaventura, el Andrucho está delante de mí. La garrafa de ron ya va acabada y cantamos. Cantos de la Tierra, de la juventud. Himnos del corazón. La despedida es sólo un trámite. Sabemos dónde estamos. Aún nos habremos de ver.

Un día me trajeron una nota del Hospital de Cali. El Andrucho estaba agonizante. Lúcido todavía. Apreté su mano y un hilo de voz salió del fondo de su corazón.

- El Olga... era un barco bonito, ¿verdad?

En el cementerio metropolitano de Santiago de Cali, en la tumba 366, los restos del Andrucho reposan para siempre. También algo mío reposa allí; sueños de la infancia, quizás. La última singladura del Andrucho.

**Informe y datos del genocidio en la comarca
de Planas, en el año de mil novecientos y
sesenta y nueve, confirmados por el veedor don
Pioquinto Gachalá encargado de los asuntos
indígenas del departamento del Meta y en la
jurisdicción de Villavicencio.**

Al Alto Senado de la República y a Vuestras Señorías, honorables guardas de la Ley. En la humildad de mis conocimientos y en la honra y merced que me hacen, como comisario y veedor en estas tierras del Meta y Casanare, y por razón del gran infortunio acaecido a las gentes que tutelaba el viejo cacique Capanaparo²⁶ de los cuiba²⁷, mi amigo, y por que haya suficiente luz en estos sucesos y se cumplan la ley y la justicia que en todo caso Vuestras Señorías siempre otorgan, paso a desmenuzar los pormenores de todo aquello que me fue dicho y que mis ojos vieron y las consecuencias que se pueden derivar de lo acontecido...

De lejos veíamos un bulto encima del samán solitario de la planicie y no

26 Este relato, de nuevo escrito en estilo de crónica, denuncia el genocidio de los indios a manos de los terratenientes, un exterminio que continuó desde la época de la Conquista. Se ha tratado de averiguar si se trataba de un hecho real, pero no se ha encontrado ninguna referencia.

27 Los **cuiba**, **kuiba**, **kuiva** o **wamonae** son un pueblo indígena anteriormente de vida nómada, aproximadamente 3000 personas que habitan en Los Llanos entre los ríos Meta, Casanare y Arauca (en Colombia) y en el estado de Apure (Venezuela).

distinguíamos si era un enorme buitre, de los que revoloteaban en el otro lado del río en un vuelo circular e incesante o si sería, por acaso, un nido de garza real o el nido de las avispas negras hecho de barro colgado al que no es fácil acercarse por mor de la picadura endiablada. Lo cierto es que, de cerca, el bulto permanecía inmóvil y en un tris estuvimos de pasar de largo si no fuese por un leve rugido, como de suspirar, que nos hizo fijar la mirada en la criatura, bajar de las cabalgaduras y acudir a ver lo que le ocurría en aquella llanura solitaria.

El árbol era un punto rodeado de infinito. Íbamos de Pachaquiario a Villavo en larga caminata bajo un sol canicular, aunque era de mañana temprano, pero ya las espuelas de Nereo nos cegaban de vez en cuando con los reflejos resplandecientes de luz.

El chico temblaba escondido en las ramas e intentaba todavía subir más alto al darse cuenta de nuestra presencia. Se veían desde abajo los ojos grandes, abiertos de terror, y el gemido llegaba ya agotado, como de pequeño animal acorralado que no se puede defender. Nereo, conocedor de indios, quiso aplacarlo sacando del carriel un trozo de pan de mandioca, que ofreció insistente; mientras el muchacho, horrorizado, trataba de huir para lo más alto y lloraba ahora abiertamente y pronunciaba palabras entrecortadas por el llanto.

Ver que estaba asustado no es para relatar, lo que se veía era el pánico en su rostro, un temor que se resistía a sí mismo y que en un instante lo hizo caer estrepitosamente entre las ramas del samán mientras acudíamos a ampararlo con el resultado de que cayó en el suelo amortiguado por hierba de kikuyo espesa y reseca. Los brazos de Nereo lo acogieron contra sí y poco a poco fue volviendo a la vida, no sé si del temor o de desmayo. Era pequeño, flaco, color de cobre en la piel veteada por el barro y las lágrimas. En el desamparo en el que se encontraba entendíamos que algo siniestro lo atemorizaba, ya que escondía el rostro en las manos menudas, tratando de tapar la boca en un gesto enloquecido que nos hizo desistir de darle agua y alimento.

Apoyado en el pecho de Nereo, ya en la cabalgadura, anduvimos el resto del viaje largas horas de mato bajo, hasta llegar a Casagrande con puesto de cuartel y enfermería.

Dos días tardó el muchacho en reponerse del miedo y de la angustia que su espíritu aturdido y su cuerpo hambriento habían sufrido con la huida. Más tarde, ya en una confianza todavía contenida, fue sacando de su temor las palabras, la historia que ahora también nos iba a estremecer.

Poco a poco, fue llegando el hacendero blanco. La planicie, vista ya desde los cerros de Cáqueza -altos y firmes, penetrando las nubes y lisos de verdor- era una extensa tierra tentadora. Sin dueño, sin caminos, el hombre, aficionado a poner lindes y marcos divisorios, de demarcar territorios y ambicionar fortuna, avistó esa tierra enfebrecida y midió en una mirada la lejanía para hacerse dueño del infinito. Bajó desde las alturas de la sierra y de la sabana, dueño ya de encomiendas, el carromato renqueante de tanta ansia y fue poniendo alambre de espinos en el país de los cuibas, iníridas y panches. En la tierra abierta que el indio había recobrado como patria nutricia alejada de la muerte y del desprecio.

El indio vive del río, de la trampa de cazar, del calor y de la lluvia que la naturaleza pródiga abastece en esta inmensa gándara donde habitan el tapir y el armadillo, la boruga²⁸ y la danta, el oso hormiguero e infinidad de aves, las iguanas de huevos dulces al paladar, el caimán y las serpientes, la guagua de carne blanca que es un manjar en las ascuas del fuego o en el rescoldo. Tierras inhóspitas, pero tierras de abundancia, para quien, como el indio, vive al natural, desnudo y duro, con el ojo alerta y el corazón sin límites.

Llega el depredador. Hierde a mansalva al caimán, a la babilla y a todo lo que tiene piel para vender, en todo lo que se mueve en la espesura, solamente por la gloria de probar la valentía, por la pasión por la caza y contar la hazaña de las piezas que abandona pudriéndose en la trocha o en el pantano. Va limpiando de fieras y alimento el extenso cultivo nuevo que ahora delimita su poder de dueño.

El fuego y el hacha van limpiando el cercado, espantando la vida montaraz y brotando el pasto nuevo, la sebe de chiminango, la vaca cruzada con cebú por resistir las altas temperaturas. El indio se va poniendo en los límites de la ausencia. Cambia de río y de cabaña. Levanta ahora su bohío, su maloca comunal, más allá del confín a donde no llega el crepitar del rifle o la ira obstinada que él reconoce en un sentir atávico.

Se acrecienta el ganado. La hacienda crece a la orilla del río podre de limo y aguas quietas y se va expandiendo en arrozal florido. Vienen más patrones y vienen más jornaleros. Grandes quemas de roza para plantar algodón, palmeras africanas y sus racimos de aceite. Largas extensiones que el indio ve medrar con espanto, mientras decae la caza. El río es represado, la danta en extinción y la tierra donde nacía la mandioca es cada vez más exigua y cercada.

28 **Boruga**, *Cuniculus paca*, es uno de los nombres dados en Colombia a un roedor de porte medio, también conocido como guagua, lapa, paca, tinajo o guatinajo.

El curaca de los cuibas, Capanaparo, conocido como el Cacique Viejo, era hombre pausado, de autoridad y buenas formas, respetado por su gente y también por otros jefes y pueblos que venían en ocasiones a pedir consejo, dirimir enfrentamientos y concertar tratados. Había venido de la zona de Guaviare, a principios de siglo, huyendo él y su gente de los sirigueros venezolanos que esclavizaban y marcaban a hierro a todo indio perezoso -a su entender- que se movía en las tierras anchas que van del Ari-Ari hasta el Arauca, y abajo, en la cuenca de los mil ríos, que son la nervadura vital del mundo desconocido a donde no llegaban los cortos pasos de la justicia -si la hubiese- y sólo hablan los machetes de los capataces rompiendo la armonía que el hombre primitivo tiene como propia, que le sirve de desamparo en la hora terrible de la agresión, cuando la fiera no selvática irrumpe en ese mundo ideal que se sustenta en la simple ley del universo.

Había venido Capanaparo²⁹ con su gente y se había asentado en las riberas del Meta, tierra y agua de gran abundancia, de pez bacurí, repleto de boruga y hormiga culona que es alimento de deleite en el paladar y que nunca se acaba.

Ahora, en la última riada de colonos, o más bien de hacendados de rica envergadura, exministros, letrados, gobernantes perpetuos, brigadieres que descienden a descansar a la planicie por descansar de los duros privilegios del curul³⁰ y la prebenda, que bajan con alambre de espino y armas de dos cañones para limpiar la selva, ponen a la gente de Capanaparo cada vez más apartada, más sin bocado que masticar; y los niños llorando de hambre, la caza que no surge y el río estancado donde se dora el arrozal florido, que cuidan día y noche gañanes³¹ a sueldo fijo. Tiempos de retirada sin tener a dónde.

Un día, los mozos atrevidos atrapan la ternera, la acorralan en un claro del mato, la hieren con la macana³² de bambú en la garganta, reparten los cuartos traseros y las vísceras y huyen como el viento en el silencio de la tarde. Una ternera en la incontable vaquería es una pieza que no se echa de menos, no hace un gran vacío en el rebaño marcado. También pudo haber sido un animal salvaje que la devoró por la noche. La gente de Capanaparo come sin que el curaca lo sepa, por temor y respeto. Un día y otro más fueron cayendo piezas de una hacienda o de otra.

29 El **río Capanaparo** es un río de Colombia y Venezuela. Tiene una extensión de 650 km. aproximadamente, de los cuales unos 225 km. se encuentran en territorio colombiano. Forma parte de la cuenca del río Orinoco. Sus nacientes se encuentran ubicadas en el departamento de Arauca, Colombia.

30 **Curul**: escaño en un Parlamento.

31 **Gañán**: mozo de labranza.

32 **Macana**: arma ofensiva a manera de machete o de porra, hecha con madera dura.

El hambre es más hiriente que el alambre de espino.

Don Baltasar Gaviria, magistrado, síndico³³ y controlador de las rentas, patricio de la república, presidente del consejo de administración del gran ingenio azucarero, prócer de limpio linaje que dio héroes en la contienda libertadora “en las Queseras de Enmedio³⁴” y en los últimos tiempos en la Guerra de los Mil Días³⁵ era hijo de quién izó la bandera en el puerto de Leticia. Don Baltasar Gaviria bajó a los Llanos en su afán de ser pionero en algo, en la vanidad de hablar en el pasillo del Senado o en la tertulia del Hotel Regina de las nuevas tierras por arar que darían a la Patria una dimensión que hasta ahora estaba desaprovechada, perdida en la desidia del indio y del mestizo, esa gente ruin que el conquistador -o su antepasado- no debió dejar nunca crecer, como no se deja crecer la cizaña en los surcos del trigo.

Él había abierto su hacienda con el rigor de los encomenderos en los albores del Descubrimiento, poniendo las lindes y las fronteras como quien traza un marquesado en la línea de combate, que se hacía antiguamente. A la par otros vinieron y trazaron también fronteras, cambiaron los cauces para hacer regadío, trajeron hermosas yeguas y caballos, tractores y buldóceres para roturar la tierra y sembrar sésamo, soja y, sobre todo, los pastizales de alfalfa y trébol donde la vaquería engorda y la cría se amamanta ociosa y juguetona. Además, siempre la reverencia a Don Baltasar, siempre el regalo y la sumisión hipócrita. Un mundo renaciendo.

El patrón andaba irritado por tanto robo de becerro y tanta muerte o desaparición de ternera lechal. Puso peones de brega en los cuatro puntos cardinales de su reino, atentos a cualquier movimiento sospechoso y a cualquier sombra que se moviese dentro de los lindes de su propiedad y, rápidamente, se confirmó lo que acontecía. El peón vio al indio herir a la ternera y llevó el recado con premura. Don Baltasar mandó guardar

33 **Síndico:** administrador.

34 La **Batalla de Las Queseras del Medio** o **Combate de la Mata del Herradero** fue una destacada acción militar llevada a cabo el 2 de abril de 1819 en el actual estado *Apure* de Venezuela en la cual la historiografía venezolana dice que el prócer de su independencia, José Antonio Páez acompañado de 153 lanceros gana la batalla contra 1.200 jinetes de caballería de las fuerzas españolas siendo la más famosa batalla comandada por Páez y en donde se dicta la famosa frase: “¡Vuelvan caras!” (táctica de contraataque de caballería que simulaba una huida, común en ambos bandos). Los autores españoles se refieren al combate de la Mata del Herradero como parte de la campaña de Bolívar de marchas y sucesivos combates de desgaste en el interior de Venezuela.

35 La **Guerra de los Mil Días** fue una guerra civil que devastó la República de Colombia, incluido Panamá, que era entonces un Departamento colombiano, entre 1899 y 1902. Finalizó con la victoria del gobierno y la posterior separación de Panamá en 1903.

El incidente de Leticia Sucedió el 1 de septiembre de 1932, cuando un grupo de ciudadanos peruanos capturaron el puerto de Leticia (sobre el río Amazonas), que el Perú había cedido hacia pocos años a Colombia, según lo acordado en el Tratado Salomón-Lozano de 1922.

silencio y no hubo el gran estallido de ira que todos esperaban. Alguien pensó que en el corazón del hacendado anidaba todavía un poco de ternura, de compasión, como debe decirse dada su alcurnia, por aquella gente desvalida y miserable que andaba robando por las haciendas como aves carroñeras y asquerosas.

Casi podía ser cierto. La faz del viejo fue modelándose en una sonrisa, que con el pasar de los días le daba una cierta beatitud, a pesar de las chispas de los ojos que quemaban en la mirada como rayos del infierno. La calma de Don Baltasar no era más que el remolino en el que nace la tormenta.

Lentamente, con esa paciencia impulsora de las grandes cosas, el hombre fue tejiendo su venganza. El indio era una maldición. Los propios doctores de la Santa Iglesia tuvieron dudas de si tenía o no tenía alma. Los avances de la Historia, acaso algún prelado renacentista, como también ahora hay curas liberales, con perdón, le había puesto alma a esa criatura desvergonzada con la que sus antepasados no terminaron de rematar; pero, ya era hora de que el hombre civilizado impusiera su orden, y toda esa recua de animales silvestres y descastados desapareciese del ámbito del mundo.

Había que ponerse, pues, a armar la danza, y lo dijo con palabra interior pero muy firme, como si ciertamente fuese el maestro de ceremonias que tenía que diseñar los pasos de una danza maldita donde los danzantes iban a morir en un sacrificio ofrecido a los dioses del progreso.

Tendría que echar mano de la astucia, ser cauto y bondadoso para que su esquema de batalla diese los frutos apetecidos. El viejo cabrón sonreía de lado sintiendo ya en su imaginación la carcajada que haría estremecer las entrañas y que subiría como un río de júbilo desde los costados hasta los dientes carcomidos por la vejez y la vida de crápula que había llevado.

Mandó fermentar grandes tinajas de maíz para hacer chicha y guarapo. Degolló cerdos de diez arrobas³⁶ con una ansiedad criminal, que era el único momento en que la sonrisa se le volvía mueca; saló tocinos y lomos y jamones, estranguló pavos y todavía, en un raptó de bondad infinita, mandó matar un buey y despedazarlo. El mujerío removía la sangre, limpiaba tripas y callos y en las grandes tablas puestas a tal fin se iban acumulando las viandas, que el calor ablandaba y las grandes moscas azules libaban mansamente. El olor a carne fresca en la noche cálida daba algo de náusea, de arcada contenida, que el trasiego de la fiesta hacía soportar. Y el aguardiente.

36 **Arroba:** medida de líquido con peso variable, entre 11 y 12 kg y medio, según la zona.

- Para vosotros no hay fiesta. Coged ahora cada uno lo que quiera, que nadie por ningún motivo vuelva a tocar ningún manjar. Coced las piezas y distribuidlas otra vez tal como están. Id a avisar al curaca de los cuibas que venga a hablar conmigo.

Su voz cayó como hielo en el alegre corazón de los jornaleros, de los peones, de las criadas y de los capataces que, erguidos en el caballo, guardaban la compostura de su rango.

Llegó Capanaparo al anochecer y recibió su totuma de chicha de amistad y de buen trato, que él agradeció con los ojos bajos y humildes de su natural, pero siempre erguido delante del hombre blanco irradiando la inocente majestad de un rey primitivo venido a menos. Aceptó el convite y prometió venir con su gente mañana al mediodía para el almuerzo que el patrón ofrecía, y que descuidase Don Baltasar que ya no iban a desaparecer más terneros -como le había reclamado- sino que su gente incluso ayudaría a vigilar, y que agradecía aquel convite, pues era hora de convivir, porque ya todos eran llaneros, y el mundo era para compartir, y su gente con un trozo de pan tenía suficiente.

Ordenados y en silencio, comieron los cuibas aquel día. La figura de Capanaparo, su cacique, en la cabecera de la mesa; los consejos que él había dado antes de llegar de ser respetuosos y callados hicieron que los indios contuvieran su alegría, y hasta que llegó la ronda de la chicha en grandes cuencos de barro que llevaban de boca en boca, no hubo más que un rumor, como de enjambre que venía en ráfagas como si fuese el mar. Grandes trozos de carne deglutida, chicha en abundancia, guarapo refrescante y después el sueño en ese calor del principio de la tarde que hace dormir o cabecear. Alguien quiere tocar la caña, el tambor, y el sueño va cerrando los párpados, esa ansia de dormir y van cayendo uno a uno, las mujeres boca arriba, con sus niños atados a la espalda, aplastados; ese sueño espeso, como de piedra, un estertor imperceptible, y el sueño cayendo, cayendo, oscuro, un abismo profundo en el que no se puede bucear. Cayeron los antiguos guerreros y no despertaron más.

El veneno de dosis desmedidas en las grandes cubas de la chicha, en la carne salada y las tripas terminó de una sola vez con la miasma, con el latrocinio, con la gente espuria que Dios no debiera crear; Don Baltasar arrinconó la falsa sonrisa de su rostro y se echó a descansar en el chinchorro de red tendido en el zaguán. Estaba verdaderamente rendido de cansancio.

Aquel muchacho, enfermo de dengue o de malaria, sin solaz y con la fiebre comiéndole los sentidos, no había querido participar de la fiesta. Único testigo de su pueblo, va ahora sin rumbo por la larga extensión

del llano, cruzando los ríos hacia el sur, con su pequeña lanza de caña, dispuesto a perdurar.

El buscador de islas

Yo, Preste Juan de Mandeville³⁷, vi esa
fuente y tres veces bebí de su agua,
y desde que bebí me siento bien, pues
los que de ella beben son siempre
jóvenes...

Basta con verle los ojos vivos, hondos como un espejo, siempre inquietos en su mirada, fijos y ausentes en la lejanía. El buscador de islas, quemado por el salitre, está ahora en la playa larga y blanca con la mirada fija en el mar y adivinando la isla de su fantasía. ¿Dónde estará Fonseca³⁸? Doscientos años de ojos insomnes buscando su silueta en el confín de las olas, de Providencia a Cuba, ruta abierta de nao y bucanero, fija en la carta náutica y la isla sin aparecer. Tan sólo en sus sueños, en la melancolía perpetua, en el ansia escondida de descubrir un mundo -“para conocer el mundo con una isla basta”- alguien sigue todavía firme en el propósito vano, y sus párpados, entreabiertos, contemplan la última luz del día.

¿Y quién no ama las islas? ¿Quién no sueña, en la travesía mágica de los mares, ver en la línea del horizonte ese verdor, oír el trino de las aves, ir

37 **Juan de Mandeville (Jehan de Mandeville)** es el protagonista ficticio de una obra titulada *Libro de las maravillas del mundo* o *Viajes de Juan de Mandeville* (o simplemente *Viajes*). Su título evoca el famoso *Libro de las maravillas* de Marco Polo. En el libro, Mandeville es un caballero inglés que durante treinta y cuatro años se dedica a viajar por el mundo y a relatar cuanto vio. En el libro, escrito entre 1357 y 1371, se describen lugares como Egipto y diferentes partes de Asia y China.

38 La **isla de Fonseca** es una isla fantasma que, según se decía, estaba situada en el Océano Atlántico, al este de Barbados y Tobago.

acercándose después de duras horas de temporal y relámpagos, hacia esa calma marina que se ve de lejos como una cuna florida, sumergiéndose en el mar y ofreciéndose?

Ahí la isla, y en el magín tejiéndose su brisa, el borbotar de las fuentes, el ácido gusto de sus frutos, la gente amiga y desnuda -siempre inocente- que hace guirnaldas blancas de la flor desconocida.

Oh, MariGalante³⁹, ahí había sido el comienzo. El pescador de perlas había llegado desvalido, navegando exánime en su canoa, sólo con el agua de la lluvia y el cargamento intacto brillando al sol centellante del Caribe, aún tan fresco en la aventura, y arribando al atardecer en la bahía abierta, como quien entra en el telar de un sueño. Él había conocido la isla, erguida en aguas verdes de transparencia inmaculada. Las grandes caracolas de nácar mecidas en la playa, el palmeral de cocos, el maullido del puma al anochecer, el sabor agrio de la manzana silvestre que envenena los sentidos, las bandadas de paloma torcaz y el canto del turpial que se desgrana despacito en la noche para embriagar al visitante. El vuelo majestuoso del petrel⁴⁰ daba esa paz que siempre se revive como el límite exacto de la añoranza.

Su historia conmovió las ansias, la ambición, el coraje de los navegantes solitarios listos para comenzar la singladura, los deseos de entrar en nuevos rumbos donde el mar tiene guardados los tesoros. Gente de pro y gente harapienta que busca la última ocasión de prosperidad. El mundo sórdido de los puertos recién creados donde todo se confabula para partir repentinamente a una nueva aventura.

El buscador de islas había llegado de Bonaire e iba anotando en su mente cada dato, cada palabra, cada gesto que el hombre repetía en la salmodia interminable de su crónica. ¿A dónde iría ahora? A Margarita o al Darién⁴¹,

39 **Marigalante** a veces llamada **María Galante** (en francés: *Marie-Galante*; en el Criollo local: *Marigalant* o *Mari-galant*) es una isla del mar Caribe perteneciente al archipiélago de Guadalupe, estando localizada a 30 km de esta última, y con una superficie de aproximada de 158,01 km².

Esta isla fue bautizada por Cristóbal Colón el 3 de noviembre de 1493, durante su segundo viaje a las Indias Occidentales. Ese era el nombre de su carabela.

40 **Petrel**: (del inglés *petrel* o del francés *pétrel*) es la designación común de varias especies de aves procelariiformes de la familia *Procellariidae*, también conocidas como pardelas. Todos los petreles son aves marinas que frecuentan los océanos, se alimentan de pescado o de restos de los navíos y nidifican en islas apartadas.

(En el original aparece el nombre de **arau**: arao, ave que habita en las zonas del Atlántico y Pacífico Norte. Difícilmente puede haber araos en el Caribe).

41 La histórica **región del Darién**, también conocida como **tapón del Darién** o **selva del Darién**, abarca la parte oriental del istmo de Panamá, donde se ubican la provincia panameña del Darién parte y parte de Colombia. Abarca lo que antiguamente se conoció como el territorio del Darién, en la antigua República de la Nueva Granada.

a la ruta de Roncador, aquella isla triste de arenal sin palmeras o seguiría hacia el norte a las islas de Princesa o a la gran isla blanca donde Caonabo⁴², gran señor de las plumas pintadas, le ofrecería oro y malvasía. Ahora sabe que la isla existe, que no es sólo un sueño, que acaso sea la isla que muda de lugar como cuentan las leyendas de los nativos. Fonseca. ¿Entonces, el propio nombre no es cierto? ¿Quién bautizó en el mar aquella tierra que ahora anda perdida en el bullicio del mundo recién creado? Porque es entrar en el día de la creación, cuando todavía el árbol, la criatura y el volcán están no violados, revestidos de su mansedumbre, que el hierro embiste y la ambición corrompe. Desde la fructífera singladura de Xoán de Noia⁴³ y Alfonso Niño⁴⁴ a Cumaná y a la boca del mar de Maracaibo, desde la gran cosecha de perlas como ojos de buey, desde el aljófar reluciente que fue pasmo de las damas principales y de los duros clientes judíos de Dominica, ¿quién no busca la isla de Fonseca?

Yo lo veo ahora aquí, en este mundo húmedo y vivaz que es la isla de Santa Isabel conversando en papiamento con torvos marineros de otras eras. Gente rubia, tiznada un poquito de mulata, que guarda antiguos modos de navegar, antiguos usos en el vestir, de amplio cinto y calza corta, zapato de hebilla, y el pecho desnudo y dorado de tanto sol reflejándose día tras día en el espejo de las aguas. El aguardiente de palma, áspero como pólvora en la garganta, anima la conversación y descubre inéditas andanzas, broncas navegaciones, encuentros de otrora que se conservan nítidos en ese instante del anochecer en el que todo se expande abiertamente entre la algarabía y el tintinar de los cántaros; se habla de viejos mapas, de fieros capitanes, de embarcaciones que fueron galanura de las olas. Añoranza de fragatas.

Se abre el corazón de amigo a amigo como si el fugaz conocimiento viniese desde siempre. Así es la gente del mar. Camaradas del instante que obran como viejos amigos, por poseer, quizás, las mismas rutas, ver las mismas estrellas, decir las mismas palabras en cualquiera de las lenguas

42 **Caonabó** (también escrito Caonabo): “*Señor de la Casa de Oro*”. Algunos historiadores lo consideran “*El Primer Libertador Americano*”. Caribe de origen, jefe del cacicazgo de Maguana en la isla Quisqueya (“*La Española*”), opuso tenaz resistencia a los europeos que traía Colón. Su origen caribe, tribu que se caracterizaba por su ferocidad en los combates, hacía que fuera temido por los otros caciques de la isla.

43 **Xoán de Noia**, explorador de la villa de Noia, a la que pertenece la aldea de nacimiento de Avilés. Participó en el cuarto viaje colombiano con la intención de descubrir las tierras situadas más allá de la línea marcada por el Tratado de Tordesillas.

44 **Pedro Alonso Niño** (1468-1502), conocido en su época como Peralonso Niño, fue un navegante y descubridor español. Era el segundo hermano de los “*Niño*” que participaron activamente en el Descubrimiento de América, aportando una de las naos, La Niña. Fue como piloto en la nao capitana *Santa María* en el primer viaje descubridor. También participó en el segundo viaje colombiano y en varias armadas de abastecimiento entre los años 1494 y 1496, siendo reconocido por la Corona con el título de piloto mayor. En un viaje posterior, en 1499, exploró la costa de la actual Venezuela, junto con Cristóbal Guerra.

-criollo, papiamento, holandés arubeño o portugués mandingo- y sentirse remeros al mismo compás en la nao encantada de la imaginación que arría ancla en cada puerto que ellos aman.

Ahora en este tiempo no cruzan galeones ni carabelas, no se ve en el horizonte el airoso velamen -rosas blancas desplegadas en el mar- de los navíos de antaño; pero se ve en los ojos del buscador de islas toda esa hermosura reflejada, se ve en su deseo acumulado el tiempo entero repasando como en una cinta de cine donde todo permanece grabado, permanente en la rueda sin fin, repitiéndose.

Sosegado en las grandes islas e inquieto en los mínimos islotes, al acecho y vigilante, desde los Jardines de la Reina hasta Serrana o Quitasueños, en los rincones traslúcidos de las aguas de las Antillas anda el hombre, vagabundo del ensueño, entre preguntas y sospechas, engañosas estelas y penurias, detrás de la silueta mítica de la isla de Fonseca donde dicen que el agua de sus fuentes es un elixir y los frutos crecen silvestres y delicados, madurados por un sol pacífico.

Pasan los hechos, pasan las edades, se borran las rutas de los que fueron los dueños del mar -de L'Olonais a Drake- y todavía el buscador, siglo tras siglo, deambula en los muelles, en los canales, en las extensas playas, en el territorio que divisa el alcatraz, de Curaçao a las tierras casi líquidas de la puerta del Darién, en la búsqueda del enigma, destejiendo el tiempo en las lindes del mar, protegiendo en la niebla los perfiles del ensueño.

Indio aguaruna⁴⁵ no sabe de labranza. Es indio de pescado, de mandioca brava. Cazador. Tribu de maloca⁴⁶ grande en el medio y medio, cabaña de palo y palma con sus muertitos colgados en la puerta. Indio de bricolaje, artesano de tejidos de corteza de árbol. Miniaturista. Conocí un trabajo de cabeza de inglés, un lord explorador que cabía en una caja de cerillas. Indio reductor. Familia de jíbaro y mambís.

Llegar a las riberas del Yavarí-Mirim es llevar muchos días de agua, de mato abierto, llanura y planicie. Río noche y día hasta llegar a Iquitos. Después monte, selva, sol, cansancio. Lo mejor es tener tiempo libre. El tiempo anda por estas tierras lento, de sol abrasador y luna horizontal, perezosa. Hay tiempo para todo. Y otra vez río. Río con manatí, surubí, pez bagre. Abundancia de pescado. Puedes pescar con anzuelo, con anzuelo pequeño, con palo, incluso con la mano. La anaconda guio vive en las orillas reposadas, agua de charca empozada. Serpiente artera que parece civilizada. Le gusta estar cerca de la hacienda nueva, hacienda pequeña y gente arriesgada que lleva por el río buey cebú y abre una trocha en tierra de nadie. Queman monte, siembran. Civilización. Poco a poco, dos, cuatro vacas, brote de banana, mandioca, ñame, arroz. Maíz, mucho maíz. Hacendado que se mantiene por sí mismo en el medio de la nada. Solo.

La anaconda guio⁴⁷ tiene paciencia infinita. Si huele becerro en la orilla del río, se echa a dormir tranquila. En el extremo de su cola tiene un cono invertido, grueso, un embudo duro que sirve para atar. La serpiente busca una raíz en el fondo, le da una vuelta al rabo y lo ata fuerte. Después aguarda y duerme. El ternero tendrá sed algún día. El hacendado vacía los troncos de madera y pone sal aquí y allá. Al ternero joven le gusta lamer la sal. Luego bebe, bebe, bebe. La guio lo sabe. Cuando el becerro entra en el lodazal va desconfiado. La primera vez la serpiente no se mueve. El tiempo va dando confianza. Un día el novillo se entierra en el fango y va saliendo pausado, lento, tranquilo. Ahí es cuando la guio viene poquito a

45 **Aguaruna:** nombre que proviene del quechua, que quiere decir *gente salvaje*. Nombre utilizado para designar varios pueblos indígenas: awajún, wampis, shuar (jíbaros) y tribus como el pueblo Yagua. Viven en el río Marañón, y sus afluentes en el Perú septentrional, en la región fronteriza con Ecuador y zonas del Putumayo, limitando con Colombia.

El espíritu aguerrido de estos pueblos hizo que esta zona amazónica fuese una de las pocas que los conquistadores españoles no consiguieron subyugar y son conocidos por ser casi la única comunidad del mundo con la tradición de reducir cabezas.

46 **Maloca:** es un tipo de cabaña comunitaria hecha de madera y paja, utilizada por algunos nativos indígenas de la región amazónica.

47 **Anaconda guio:** Su nombre común es principalmente “boa constrictora”, aunque es también conocida como **tragavenado** en Venezuela, **güío** en Colombia, **mantona** en el Perú y **mazacuata** (del náhuatl ‘mazatl’ “venado” y ‘coatl’, “serpiente”) en México, **jiboia** y **lampalagua** en América del Sur, en Ecuador también se le llama **matacaballo**. Además, en algunos estados mexicanos esta especie es conocida como **limacoa**, en el estado de Nayarit se le conoce como **ilama** y en el estado de Tabasco como **sauyan**.

poco deslizándose en el fondo, desde atrás, en el crepúsculo del anochecer. El ternero no se da cuenta de nada. De pronto, siente la cuerda de la horca en su pescuezo: es la anaconda guio. Da una vuelta al cuello del animal y clava los dientes fieros en el hocico, en las mismas fuentes del respiro. El becerro apavorado tira de sí mismo, sin fuerzas. La serpiente se estira hasta hacerse delgada como un hilo. El ternero empuja hacia adelante. Muge. Vuelve atrás. La serpiente encoge como una goma blanda. Horas de estira y encoge hasta que la vaquilla mete el belfo en el lodo. La anaconda envuelve, envuelve, envuelve. Y tritura. Quiebra hueso a hueso. Después engulle el animal entero. Sin prisa. El tiempo no cuenta. Ya me lo decía Vicente Anzola, el compañero: reloj en la selva es tiempo perdido.

Largo es el camino del río para llegar al Yavarí Mirim. Desde Iquitos hay que ir por tierra a Taushiaco. Tierra de planicie, de mato bajo. Caña brava, guadua. Jacarandá de flor azul y roja. Miles de luciérnagas en la noche. La noche abierta, infinita. Anzola pone en la pequeña radiola la 5ª de Beethoven. Todo el volumen. Y la noche adopta una dimensión sideral, inmensa. Noche en el medio de la vida, aquella. Para recordar.

Comerciar con indio aguaruna es cosa arriesgada. Indio reductor lo primero que ve es tu cabeza. Días antes de llegar ya la tribu está avisada.

Los pájaros revolotean. El humo. El indio vigila de lejos. Va viendo las acampadas. Curioseas si el campo está solo. El indio aguaruna no roba; manda a la mujer a robar. Cuestión de orden.

Anzola es quien conoce el terreno. Y a la gente. Viejo tratante en el trueque de cabeza reducida por machete, por azúcar, por sal. El aguaruna da vueltas y vueltas hasta saber si traemos buenos o malos espíritus. En esta ocasión fue la música.

Indio que escucha música en la noche, se espanta.

Arremete de mañana tempranito con macana o lanza de bambú. Flecha envenenada no. El curare perjudica el color de la piel en el trabajo de reducir. Pero antes siempre avisan. Es la nobleza natural. Casi inocencia.

Así fue ese día en la planicie del Omaguas. Ya trocamos piezas y la cosa iba bien. Indios de paso, sin haber llegado a los asentamientos de la tribu. Aquella noche la música de la radiola de pilas puso a la gente nerviosa. Y los aguarunas avisaron.

En la primera luz del amanecer vimos la tienda rodeada de lanzas de caña. Nereo pide calma, serenidad, silencio. Carga el rifle y sale de la tienda con la radiola en la mano. La echa a las brasas todavía candentes del

fuego de la noche. Un humo negro de olor a plástico sale de la hoguera. Los aguarunas a lo lejos entonan una salmodia interminable. Desde la tienda vigilamos su rito con las armas en la mano.

Nos salvó el fuego purificador. Más de tres días estuvimos casi sin alimentos, para que se acercaran a nosotros. Luego fueron viniendo río abajo, cada vez más. Fue cuando supimos del cacique Pakaraíña, el gran cazador que mata de lejos, como le dice su gente. El hombre que no se deja ver, como le dice Nereo, el vaqueano, que siempre tiene la palabra justa.

Nuestro negocio también es negocio de babilla, de caimán pequeño, de yacaré. Piel de vaciar con cuidado para rellenar de hierba. Souvenir. Caza fácil, aparentemente. Caimán pequeño goza del río en la noche y los ojos resplandecen haciendo un blanco fatal. Queda tieso con el disparo, con la barriga vuelta, flotando como un palo de balsa. El peligro es ir a cogerlo. Río de noche es para andar con cuidado.

Caemos Nereo y yo en el ardor de la tarea, y en la noche cerrada no había nadie para ayudar. Acaso la cercanía de la muerte hizo salir de mí nuestro grito más íntimo: *¡Botade unha man, carallo!*⁴⁸

La mano que me agarró era redonda y fuerte. Propiamente mano de cacique.

- *¿E logo, ti de onde es?*⁴⁹ Escuché su voz en medio de la oscuridad del río. Me quedé pasmado, pero con dudas. En esa parte, el contacto con las tierras de Brasil puede dar una lengua confusa. Una lengua franca, digo yo. Pero no.

Una emoción extraña creció en el corazón. Ya en la orilla del río nos dimos un hondo abrazo. El cacique Pakaraíña era de Betanzos⁵⁰. Su padre tenía una taberna debajo del puente viejo. Larga historia de libertad personal que me rogó no contar nunca.

Y le guardo la palabra.

48 *Botade unha man, carallo!:* Echadme una mano, ¡carajo!

49 *¿E logo, ti de onde es?:* Y tú, ¿de dónde eres?

50 **Betanzos:** Localidad gallega, en la provincia de A Coruña.

Hemos dejado la voz en el original gallego, como una prueba más de que la lengua materna es siempre utilizada en momentos cruciales de nuestra vida, aunque normalmente se utilice otra.

Este texto evoca la escena surrealista de la película *Fitzcarraldo*, en la que un barco de vapor asciende por la ladera de una montaña mientras se escucha en una gramola la voz del tenor Enrico Caruso.

Nunca se sabe qué trae el hilo del destino si no tiras de él. Morgan⁵¹. Providencia. Tesoro. Palabras de otro tiempo que evocan irrealidad. Fantasía. En el Caribe la fantasía y la realidad lindan en el punto justo del sueño. Y el tesoro de Morgan conserva a través del tiempo su imán.

La fragata del bucanero fondeó en Providencia después de la quema de Portobelo, y el capitán hizo de la isla base y puerto seguro. Isla fantasma que en aquellos tiempos no figuraba en las cartas marinas, nada, acaso, de otro sueño como la isla de Fonseca, de la que todavía hoy se habla y nunca apareció. Viejas leyendas del mar.

Cien cofres de oro de Méjico, plata de Perú, perlas de Margarita, esmeraldas de Muzo pedrería, de Panamá había enterrado Morgan en las grutas de Providencia. Y nuestro corazón de gente joven se dejó atrapar por las urdimbres del secreto, del misterio, de la aventura que teje su telar. Y allá nos fuimos desde san Andrés en la avioneta del manco Casares que sólo podía volar en islas apartadas después del aterrizaje forzoso que había hecho en Nueva York donde había perdido su mano.

El contorno de la isla es un caballito de mar. Hipocampo de playa abierta, costa verde, cumbre azulada y alta. Palmeras. Mangas frutales. Anón. Chirimoya. Paloma torcaz. Agua fresca que baja de la cima y da vida a las huertas que llegan hasta el mar. Isla para quedarse y levantar los muros de una casa permanente si no fuese por la saudade, ese gusano de luz que nos corroe.

El resto del archipiélago es más árido, aunque hermoso. San Andrés, puerto libre de comercio con mucho turismo y hotel grande. Turcos. Libaneses. Sirios. Paisas antioqueños traficando. Luego los islotes grandes: Serrana, Quitasueños, Rocador, arenales de palmas deshabitados en el confín del mar. Providencia no; se eleva azul y nítida, de una hermosura inesperada. Tierra mágica y feliz, aislada del mundo.

Grupo de exploradores heterogéneo el nuestro. Poetas, cazadores, videntes y sonámbulos. Yo de buzo. Formariz experto en tesoros. Gente de confianza. Nuestra llegada fue una fiesta. La gente blanca de Santa Caterina, mezcla de ingleses y holandeses de otros tiempos, sangre auténtica de pirata, nos

51 **Henry Morgan** (Llanrumney, Gales, Reino de Inglaterra; c. 1635-Lawrencefield, Jamaica; 25 de agosto de 1688) fue un filibustero, gobernante y marino galés. Hijo de un rico labrador, dejó su hogar para acabar residiendo en la isla de Jamaica, donde empezó a asociarse con otros filibusteros.

La leyenda del tesoro de Morgan dice que el pirata enterró su tesoro en una caverna de la isla de San Andrés, conocida como la caverna de Morgan. Según la leyenda, Morgan repartió el tesoro con sus compañeros y después lo enterró en una caverna. Cuatro de sus esclavos favoritos fueron los responsables de su entierro. Después de que terminaron el trabajo fueron decapitados y enterrados por el propio Morgan al lado del tesoro.

ofrecieron posada. Nosotros preferimos proseguir hacia el sur. La negrería, es más rumbosa, es casi feliz. Casas de madera. Pesca. Cangrejos que vienen al anochecer hacia tierra y tiran de la ropa como un cachorrillo. Guiso de pargo con leche de coco. Auténtica felicidad. De noche el canto en papiamento⁵² resuena como un calipso primitivo al compás del viento en las plataneras. Un ritmo que se marca en el entramado de la piel y no se olvida jamás.

En la isla hay caballos de pequeña alzada, trepadores, como los caballos salvajes del Barbanza⁵³, en los que da gusto cabalgar de amanecida y entrar triunfante en el océano, en ese enfrentamiento que uno hace de joven a los elementos para tensar la rabia y avivar el esfuerzo de vencer. Cabalgadas al viento que retumban en el mar.

Escuchamos las leyendas de Morgan todavía frescas. Gruta a gruta, colina a colina, árbol a árbol registramos la isla. Rayo de sol que entra por cavidad de piedra⁵⁴, como había indicado Poe. Álgebra. Alineación de estrella hasta la pleamar. El tesoro todavía en el misterio de los siglos.

En Providencia, las grandes fiestas se coronan con una carrera de potros al atardecer. Negro de raza negra apuesta siempre contra blanco. Hay apuestas grandes de gente acomodada. La pista es la playa grande de arena dura. El gentío se sienta en las elevaciones y anima, silba y aplaude. Los negros traen el tambor y los blancos traen la trompeta. Enorme algarabía en cada final. Se comparte todo, sin embargo, gane quien gane. Fiestón que acaba de noche entre las palmeras.

Explorador que convive con negro tiene que apostar por negro. Propiamente razón de vida. Apostamos, pues, por la gente de color y aquella noche ganamos algunos pesos. La única fortuna que los designios de Morgan tenían guardada para nosotros.

El compañero Gonzalo Arango⁵⁵, el gran escritor fundador del Nadaísmo.

52 **Papiamento**: lengua criolla de base española, con antiguas influencias del portugués y modernas el holandés, hablada en las Antillas holandesas.

53 La comarca de **Barbanza** es una comarca gallega situada al norte de la Ría de Arosa y que limita al norte con la Comarca de Noia.

54 **Rayo de sol que entra por cavidad de piedra**, hace referencia al relato *El pozo y el péndulo* de Edgar Allan Poe.

55 **Gonzalo Arango Arias** (Andes, Antioquia, 18 de enero de 1931 - Gachancipá, 25 de septiembre de 1976) fue un escritor, poeta, periodista, prosista y dramaturgo colombiano. En 1958 fundó el nadaísmo, movimiento artístico y literario de vanguardia, de repercusión nacional y continental, que, influido por el surrealismo, el dadaísmo, el existencialismo francés, la generación Beat y otras de las principales vanguardias artísticas del siglo XX, intentó romper con la literatura, la cultura y la moral tradicional. Al grupo de artistas y escritores antioqueños se unieron muchos jóvenes, que fueron inspirados a su vez por el escritor antioqueño Fernando González Ochoa.

Jotamario Arbeláez⁵⁶, poeta metafísico de la imprecación y de la miseria, X- 504⁵⁷ de la poesía secreta colombiana, renovador de formas y palabras, decidieron fundar el Nadasterio de la Alta poesía Equinoccial. El Monasterio se eleva hermoso de madera nueva en un cerro de palomas y aguacates. Me convidaron a quedarme para siempre.

Pero el hilo de la nostalgia es más fuerte y sutil que el mismo hilo del destino. Y aquí me tenéis.

56 **Jotamario Arbeláez** es el seudónimo del publicista, periodista y poeta colombiano **José Mario Arbeláez Ramos** (Cali, 1940), integrante del movimiento nadaísta a partir de 1960, cuyo fundador fue el poeta Gonzalo Arango, en 1958, junto a otros compañeros antioqueños.

Se cree que fue uno de los nadaístas más beligerantes. Su poesía y su prosa se caracterizan por el humor negro, el erotismo, el desenfado, la irreverencia social, el tono antimoralista, y el lenguaje directo, voluntariamente prosaico y contundente. En propias palabras:

*“Iniciándose los 70 ya estábamos los nadaístas de todas las regiones del país decididos a marchar en sandalias a la isla de Providencia, provincia del cielo, donde un admirador irrestricto sanandresano a quien había engatusado revelándole que íbamos en pos de la anhelada santidad, pues habíamos recibido la Revelación de que allí se gestaría nuestra conversión, nos había prometido el regalo de unas tierras y su ayuda para construir una modesta pagoda, que en un principio nominé **El Nadasterio** y X-504 complementó como **El Nadasterio de los Monjes Juguetones**. Ya habíamos sido huéspedes, en grupo, del mandatario Jácome de las islas en agradecimiento por las crónicas que el irreverente profeta Gonzalo Arango había escrito en la revista **Cromos** bajo el título **San Andrés, un paraíso con alcalde**”.*

57 **X- 504, Jaime Jaramillo Escobar** (Pueblorrico, 25 de mayo de 1932-Medellín, 10 de septiembre de 2021), conocido con el seudónimo de X-504, fue un poeta, editor, tallerista y traductor colombiano. Cofundador con Gonzalo Arango y otros escritores del Nadaísmo, movimiento de índole contestataria que cambió la percepción de la literatura y el arte colombianos a mediados de los años 60. Su obra se caracteriza por la ironía, el sarcasmo, los juegos paródicos, el lenguaje popular, la irreverencia y el tono sentencioso con el que satiriza la sociedad, sus costumbres y sus instituciones.

LUZMILA

Veo tu cuerpo, amor mío, tendido en las sábanas blancas, a la luz del amanecer que entra hilada por la cortina de la ventana; admiro tu color de canela brillante, tu piel latiendo en ardor y la frescura del aroma frutal que me embriaga. Te beso desde la frente hasta los altos cerros, acaricio tus pies, siento bullir el palpito de la vida a través de los poros y del aliento, y así, en este lecho como si fuese de rosas pálidas y silvestres, escucho la sangre entera que a lo largo del tiempo fue articulando las cúpulas, los hondos albergues que anida tu carne; veo arquitectos construyendo células, tejiendo fibras, nervios, ligamentos, tendones. Tu cuerpo emergiendo a través de los siglos, nuevo y ardiente en el crisol, para que yo tenga ahora esta ventura, esta copa de oro de tu vientre, este sabor de anémonas salvajes. ¿De qué barro y ambrosía, de qué cal viva y de qué firmamento se fue componiendo la arteria y el cabello, la mano como torcaz desprendida, el leve seno que se dice ternura, la cintura, el pozo mismo que es una colmena en la que libar la vida?

Vienen desde el principio martilleando los orfebres sagrados, los bordadores de azabache, pero también el sufrimiento, la angustia, la desesperación aterradora de los grilletes, el golpe del chicote y el martirio.

En las riberas del Nzadi⁵⁸, donde el rey de Matamba⁵⁹ asentó a su pueblo, pacen los ñus y corren los antílopes. La jirafa mastica las hojas de ombú y ruge el león en la espesa selva. Los artesanos labran el marfil, elaboran

58 Nzadi: palabra usada para dar la idea de un gran río, normalmente de difícil travesía. Para los ríos de pequeñas dimensiones se usa la palabra nkoko, Zaire fue el nombre en portugués, resultado una mala interpretación del término kikongo nzandi, referido al actual río Congo.

59 El **reino de Matamba** (1631-1744) fue un estado precolonial africano localizado en lo que actualmente es la región de la provincia de Malanje de la moderna Angola. Era un reino poderoso que resistió mucho tiempo las tentativas de colonización, siendo integrado en Angola a finales del siglo XIX.

pucheros de barro, tejen con la corteza del abacá⁶⁰ los hilos del manto ritual, fabrican la lanza afilada con el diente de mandril. Cultivan las mujeres el ñame. Los guerreros calman su coraje en la caza del guepardo -ágil en el viento- para beber la sangre y la valentía. La naturaleza crea en su ámbito la armonía de la vida, ejerce el vicario la paz y perpetra el guerrero la lucha y nada se conturba, todo sigue el normal florecer, el ciclo y la andadura del hombre en su medio.

Viene, de pronto, una explosión de pólvora. El cañón de la galera rompe los vidrios del aire y un relámpago de miedo ciega los ojos de la gente. Va tu pueblo, amor mío, huyendo. Se arremolinan en el fondo de la arboleda, rema espantado por el río, corre despavorido en las planicies salvajes hasta que la garra del negrero le cae en la espalda, le somete la cerviz, le ata los tobillos. Hace un largo camino desde el monte hasta la ribera, atado al yugo, herido por el aguijón y el asombro, abriendo sus blancos ojos en busca de esperanza.

Amontonados en el pañol, en la bodega, en la sentina; aprisionados en el oscuro fondo del navío, entre cadenas y hedor, entre muertos, enfermos, excrementos, sólo los más fuertes aguantan largos días de mar. Luego, la subasta, el hierro en el cuadril quemando la carne, la señal de su amo, la honda mina, la infinita hacienda del añil y el algodón, el mundo extraño de una lengua nunca oída. Uncido al duro esfuerzo del trabajo va tu pueblo fortaleciendo los músculos, va poniendo el ritmo del tambor en las amplias llanuras bajo el sol, va configurando la tierra inhóspita en un florido vergel, haciendo brillar los pomos y refulgir las piedras preciosas. Se hace fuerte y duro en esa forja que ningún otro pueblo sufrió nunca. Los destellos de tu piel guardan las ascuas de la fragua. El vaivén de tu cuerpo, en el paso del mapalé⁶¹ o en el acelerado frenesí del amor, trae todavía esa música en las vértebras y la seda oscura y tersa como el aire de las planicies del reino de Ulkami⁶².

En Suamox reverberaba el sol en el altar del dios Bochica⁶³. Venía el cacique gordo de Usaquén revestido de oro a bañarse en las aguas de Sesquilé, ofrendando la totuma de esmeraldas entre los cánticos, los incensarios, la danza etérea y ancestral que el pie repicaba con sonajeros

60 **Abacá:** cáñamo.

61 **Mapalé:** estilo de danza afrocolombiano y ecuatoriano traído por los esclavos.

62 **Ulkumia o Ulkami,** nombre de una tribu mencionada por Dapper (1668): el reino poderoso Ulkuma se encuentra entre Arda y Benin y llega hasta el mar.

63 **Bochica:** en la mitología muisca, un héroe civilizador, o un dios, que enseñó a los muisca a hilar el algodón y tejer mantas, además de inculcarles principios morales y sociales. Los muisca lo describieron como un hombre de cabello blanco y barba larga hasta la cintura, vistiendo una manta hasta las pantorrillas, con los pies descalzos y portando un báculo de oro.

de plata. De Zipaquirá traían la sal y de Fúqueme o de Fusagasugá el fruto dulce del mango, las uchuvras maduras, las ibias⁶⁴ rojas y los hongos alucinógenos. Gente inocente, mi amor, este pueblo que secuestraba a la mujer en las tierras calientes. La mujer de los taironas era ligera en el aire; dulce y cantarina en su andar diminuto, fresca bajo la ruana⁶⁵ de algodón, de cuerpo limpio que apetecía como un ansia de agua en la sed canicular. Bajaba el muisca a Ibagué a hacer trueque de sal por moza joven. Se iban confundiendo en un solo cuerpo de bronce las tribus de la montaña -de ancha y pequeña nariz- con las tribus de las tierras bajas quimbayas⁶⁶, panches⁶⁷, calimas⁶⁸, natagaimas⁶⁹.

Relincha el caballo en la sabana estirando su belfo para beber el aire. Rugen el arcabuz y la lombarda, tintinea el acero de las alabardas, brilla el casco en la luz nítida, la espada ciega los ojos como un rayo o una maldición, corren ríos de sangre y corren ríos de oro: pectorales, narigueras, brazaletes y collares para el arca sin fondo de la avaricia, para el desamor, para la arrogancia del que vence delante de un dios inerme y primitivo.

Nace la encomienda, la linde, la labranza. Tu cuerpo desnudo bajo el sol es ahora embadurnado de desgracia, cuerpo entumecido del cansancio en la nueva siembra, violado en el apremio de la continencia y la pasión. En este parto de sangre se eleva así, lozana, fresca y viva de nuevo, enfrentando a la espada un brote de estrellas bajo la superficie de la piel. Dulce y nueva como la piña renace tu carne de las ascuas del martirio.

Camina el soldado silbando en la estepa castellana, forrado de cuero, tosco en el andar, duro en la guerra y blando en la victoria. El centurión y su penacho rojo relucen en los campos de la meseta y el acero de la daga va abriendo caminos mientras que el hierro de la legión abre los campos de trigo. En una mano va el escudo, en la otra la simiente. Roma avanza con el paso seguro de un escuadrón de tropa. Gente cuartelaria, pero eficaz. Plantan el viñedo, el limonero, la roza de centeno. Eleva puentes, teatros, acueductos. Mas las tiras de cuero atan tus manos y andas los caminos ungida al duro carro. Tu cuerpo va cogiendo el calor mediterráneo, el sabor a laurel, la altivez perfecta del ciprés, la miel de los higos de Catania.

64 **Ibia:** pitaya.

65 **Ruana:** tejido de lana. Manta raída.

66 El **grupo étnico quimbaya** fue una cultura precolombina que vivió en el curso medio del río Cauca, entre las ciudades de Cali y Medellín.

67 Los **Panches**, también conocidos como **Tolimas**, eran un pueblo amerindio que vivía en Colombia, en los márgenes del río Magdalena y en su cuenca.

68 La **cultura Calima** es un conjunto de culturas que habitaban el Valle del Cauca, en Colombia, desde el año 1600 a.C. Hasta el siglo VI.

69 **Nagatigaima:** etnia asentada en el departamento de Tolima. También ciudad.

La tierra yerma se vuelve triguero y el cuerpo enjuto se vuelve lozano. Aquel que pule el mármol bruñe también las células que ahora se encadenan cuando te roza las nalgas.

Aúlla el cuerno en los montes del Este y los rubios hijos del Rhin derrumban las compuertas del Imperio. La sangre bárbara impone su gota y brilla tu pelvis como en el tiempo antiguo reluciría el vellocino de oro. Atrapas el aire altivo de la valquiria de “ojos garzos, leonados, verdes como agua de mar⁷⁰”.

Llega del desierto cabalgando en la ira el estandarte de Alá. La media luna cosecha los cerros verdes, quema el trigo y asienta su tienda de fieltro donde se obsequian dátiles y leche. Es tanta la sed antigua en la garganta que aman las fuentes, aman el rosal, cultivan la naranja y el poema. Gente de torva mirada y corazón sereno. Elevan en la mañana medinas y alminares. Le dan a tu cuerpo ese jazmín de oriente que te perfuma los huesos y la saliva.

En las altas carabelas, como en un cofre rudo de roble, viaja la semilla de tu cuerpo. El viento del mar mece la cuna. Los bravos marineros, los capitanes, los vigías de la torre o del mástil mayor llevan en su sangre ese río de siglos de historia. Llegan a las costas de la isla exhaustos y anonadados, pero llevando la única estrella que mereces. Después de la sangre, de la lucha, de la ternura, tu flor se abre. Y estoy contigo.

Veo tu cuerpo, amor mío, brillando como un astro en el lienzo de la mañana, veo tus ojos de oscura morería, la piel del trigo nuevo jadeando levemente, el fuego que recorre el semblante de nieve y veo los pueblos en el crisol, la arcilla purificándose en la rueda de las edades para tener el resplandor oscuro que se hace tersura en la rosa silvestre del Cauca. El universo gira sobre tu talle, desvelando la belleza del futuro.

70 “Ojos garzos, leonados, verdes como agua de mar”: se refiere a la descripción del peregrino Don Gaiferos de Mormaltán en el romance medieval homónimo que muere al llegar a su destino en la catedral de Santiago de Compostela.

**Entrada y recibimiento del emperador
don Álvaro de Oyón⁷¹ en la plaza de
Neiva y de las fatales consecuencias de su
levantamiento.**

“Y en el nombre de Dios, amén. Así como el Puracé se corona con la blancura de sus nieves, así mis sienes se coronan del oro que logré. ¿Qué derecho es el que me sostiene, dicen los oidores reales de otro imperio lejano? El acero de mi espada conquistó cada una de las puntas que me ciñen la frente. Los penates que ahora se inclinan ante mí fueron doblegados con el fuego de mis falconetes -fundidos en plata como corresponde a mi circunstancia-, por el bramido de los arcabuces y el destello mortal de la espada de mis capitanes, que son las alas que levantan el imperio y que sometieron a los Cambis, Yalcones, Paeces y otros reinos que ahora me obedecen y viven confiados a mi ley y a mi ordenamiento.

Los soldados me alzaron por tres veces en sus adargas y nadie intentó oponerse a la honra que me dieron y al cetro real que me ofrendaron.

La unción me la hago yo mismo: ninguna mano, por honesta que sea, y todas vuestras manos lo son a cabal crédito y entendimiento, ninguna mano como esta mía, que señaló caminos de victoria, dispuesta siempre a asir con mayor esfuerzo la punta de la lanza o la empuñadura del archa antigua con la que partí pechos y segué gargantas de la gente bravía, que no conociendo el mandato de Nuestro Señor Jesucristo nos hicieron la afrenta y no el vasallaje que

71 Álvaro Oyón (¿Moguer? -Popayán, 1553): fue un conquistador español que se rebeló contra la corona española. Fue ejecutado mediante ahorcamiento en Popayán el tres de noviembre de 1553. Su revuelta es considerada el primer acto de sublevación contra la corona española en los actuales territorios de Colombia.

debieran; por lo que ahora llevan el yugo de mi poder y son súbditos fieles, amansados para el trabajo y la labranza en la hacienda y para que mis reinos expandan el vigor de sus riquezas, para que crezca nuestra fortuna y asiente nuestro poderío en la legalidad que se me confiere en este acto y de la que soy ungido y poseedor.

Afinquemos nuestro pendón⁷² y demarquemos las fronteras. Quiero proclamar que no hay fronteras; toda la tierra está abierta para nosotros y llegaremos a donde lleguen las puntas de nuestras armas. Que trabajen los mineros en su mina y que forjen los herreros las armas necesarias. Que las mesnadas del pueblo doblegado expriman sus fuerzas en la siembra y en la cosecha. Tenemos que conseguir abastecimiento. Los vigías han de estar atentos a que ningún emisario, mensajero o comendador de El Rey, que aborrecemos, pueda entrar indemne en nuestro territorio.

Yo, Álvaro, Emperador por mandato vuestro de los Reinos del Sur, teniendo aquí a mi derecha en representación de la Santa Iglesia Romana a fray Juan de Ovalle, mi cautivo, y a mano izquierda a Sebastián Quintero, gobernador por mí mismo rubricado, que certifican mi dignidad, os digo y confirmo la rebeldía total contra El Rey y sus lacayos que se aprovecharon de nuestro sufrimiento, de nuestra lucha y desazón, de nuestra andadura de años por caminos inhóspitos de niguas⁷³ y de fieras para acrecentar su caudal personal y no dar a cambio los títulos y encomiendas que merecemos y ganamos por nuestro ánimo y fortuna.

Aquel que eleve por tres veces su lanza será propietario y entrará en el reino en el que su brazo esforzado lo hará dueño de la tierra que conquiste y de la gente que su mano pueda dominar.

Y en el nombre de Dios (y en el mío propio), os confirmo en la libertad y os libero de la ley antigua. Que el señor Sant-Iago tenga a bien servirnos de guía para común prosperidad. *Laus*

72 **Pendón:** insignia militar que consistía en una bandera más larga que ancha y que se usaba para distinguir los regimientos, batallones, etc.

73 **Nigua:** insecto afaníptero originario de América y muy extendido también en África, parecido a la pulga, pero mucho más pequeño y de trompa más larga, cuyas hembras fecundadas penetran bajo la piel de los animales y del ser humano, principalmente en los pies, donde depositan sus huevos, lo que ocasiona icazón y úlceras graves.

*Deo*⁷⁴. Queda dicho”.

Se podía cortar con una navaja el silencio de la plaza. Hasta que de pronto los ¡Gora⁷⁵! ¡Gora! ¡Gora! De navarros y vizcaínos y los hurras de su gente del sur hizo estallar la algarabía de los naturales que ululaban y gritaban en los recodos y de una muchedumbre que en un canturreo sordo se unía también desde las colinas, cuando la trompeta dio su señal, y de nuevo el silencio o más bien el murmullo, que fue decayendo mientras avanzaban las muchachas con sus cestos ofreciendo frutas, los mancebos con pájaros de variado color y los guerreros con armas y tejidos que fueron poniendo al lado del entarimado mientras inclinaban, no sin cierta altivez, su cerviz.

Bajó Álvaro de Oyón de su estrado y acogió con fuerza protectora las manos de sus acólitos. Relucían los yelmos de plata fina que ocultaban la miseria de los pies descalzos, de las polainas deshilachadas, de la ropa rasgada, mil veces remendada, por ir por tantas trochas y batallas, de las cotas rellenas de algodón que amparaban los torsos por mor de la flecha envenenada. Aquel pequeño ejército de alucinados proclamó una vez más su independencia, el fruto de sus esfuerzos y abjuró para siempre de la ley antigua y de los antiguos amos y señores.

La luz era como de abril en Sevilla, lo apacible del día y el ferviente ánimo de la gente hizo la fiesta prolongada y generosa de guarapos y chicha, de la carne tierna del borugo⁷⁶ y del armadillo tatú, de turmas⁷⁷ asadas, del pavo aborigen que los indios llaman pisco, y de toda la abundancia de aguacates, badeas, lulos, guanábanas y zapotes que son delicia nueva y silvestre y que ya se respira su sabor antes de hincarle el diente.

No dejaron los guardias de vigilar ni se dejaron las armas lejos de la mano. Eran tiempos de estar alerta, ya que de La Plata y Popayán llegaban vientos de venganza y noticias que traían los baquianos⁷⁸ de gente de tropa forneciéndose para entrar en campaña.

Anduvo, pues, Álvaro de Oyón con ojo abierto. Pasó la noche en vela y por la mañana temprano ordenó aparejar las bestias, preparar los falconetes, armas de mano y provisiones y se propuso emprender el camino que va

74 **Laus Deo** es una locución adverbial latina que significa “*gloria a Dios*” y se usa al terminar una obra.

75 **¡Gora!**: ¡Viva! en lengua vasca.

76 **Borugo, boruga**: *cuniculus paca*, es uno de los nombres dados en Colombia a un roedor de porte medio, también conocido como guagua, lapa, paca, tinajo o guatinajo.

77 **Turmas**: criadillas, testículos en animales de matadero.

78 **Baquiano**: experimentado en los caminos, trochas y atajos y que actúa como guía para transitar por ellos.

de Neiva a Popayán, arrojando brazos de gente de guerra de las tribus dispersas de Tierra Adentro, en las faldas del Paletará y en los confines de su reino; gente recia y arriesgada que le prestó obediencia y que formaba un ejército temible, aunque desorganizado, ordenado sólo de frente por los treinta de a caballo y los cincuenta hombres de a pie dispuestos a romper y ansiosos de entrar en la lucha para ellos permanente.

En los cerros de Guanacas dispuso el Emperador a su hueste: las tropas castellanas en el suelo de Pubenza donde los caballos y las lanzas pudiesen maniobrar con soltura; los jefes indios con su gente de flecha y de macana en las alturas defendidas por rocas y arbolado desde donde podían lanzar sus armas sin ser heridos o desbastados. Vigilantes, permanecieron de este modo, sin algarada y en silencio, aguardando la hora del ataque o del combate, si, como sospechaban, saliesen de la ciudad para arremeter contra ellos.

Había huido Juan de Ovalle el día anterior con dos indios ligeros como el viento y entró en Popayán dando alarma y somatén, pidiendo defensa y auxilios para el combate que vendría y se alteró la gente echando mano de las armas, cerrando empalizadas, guardando o escondiendo todo aquello que poseían y de valor, y se le confirió al oidor Montaña el mando de la plaza y de sus baluartes. Se llamó a los capitanes de la conquista, convertidos ya en hacendados en Calibío y Rosas; se unieron los yanaconas y guambianos que Benalcázar había dejado de retén para defensa de su Gobernación y se distribuyeron alrededor de la Villa, dejando sólo la entrada al descubierto, con el afán de provocar a los invasores y dar con ellos y así terminar con su rebeldía.

Prolongado y feroz fue el combate. Quedaron en el suelo de Pubenza veinte caballos reventados, cientos de guerreros yalcones, cambices yanaconas, paeces y guambianos muertos y malheridos, seis castellanos tullidos para siempre, alguno de la tropa de Montaña y el Emperador preso, enloquecido de pavor en el primer instante y después frío, irónico y todavía gracioso, aunque áspero, defendiendo su dignidad y su honor.

El oidor Montaña, con cédula real para apresar e impartir justicia, firmó azotar a los castellanos, condenar a la esclavitud a los indios prisioneros y a Don Álvaro de Oyón a ser descuartizado por cuatro yeguas en la plaza mayor, para escarnio y contención de otras rebeldías.

Las cuatro partes del Emperador, carnaza hedionda de tres días, se puso en los cuatro puntos cardinales de su reino ilusorio para que fuesen comidas por las tribus salvajes, todavía no penetradas, que hicieron festín y verbena.

La cabeza, imponente en su mirada de pasmo y valentía, permaneció en una picota quince días con su diadema clavada en un palo, en el real de Neiva, donde los buitres picotearon sus ojos y la lengua, y después la piel y la carne hasta dejar limpia la calavera que, de noche, fosforecía y hacía todavía doblar la espalda de algún cacique indio en señal de respeto y reverencia.

Fue la primera voz. Tuvieron que pasar siglos para oír su eco.

Se llamaba Elcano Sidelnik, un nombre extraño, si no se supiera que era nieto de gaucho-judíos, que son una leyenda viva en la pampa abierta y que se curtieron en el humo de las llamaradas del amanecer bebiendo mate amargo, domesticando potros y atinando con las boleadoras en las patas del ñandú para intercambiar plumas de la cola por cuchillo, por manta de abrigo o sombrero alerón con orejeras para cubrir el frío de la noche, que encima del caballo hiere como una navaja de hielo. Gente inquieta que recorre grandes distancias sin un fin determinado, sólo por el placer de cabalgar. Da igual un lugar que otro. El caso es que haya mate caliente, caballo sano y una vihuela para zangarrear. Gente de honor y puñalada, de pelea limpia dentro de su orden que nadie se atreve a alterar. La muerte es un paso de danza que se hace para que el espectador aprenda una lección de honra y pundonor. Nadie es mejor para otra cosa.

Elcano Sidelnik vendía libros. Representaba a todas las editoriales del mundo. Llevaba una maleta de catálogos que iba mostrando con parsimonia al posible comprador. Visitaba todas las librerías, una a una, aldea a aldea, desde el sur de Argentina hasta Miami y Nueva York, en un trabajo anual sin prisas, con la placidez de conversar, de saludar, de saber de los infinitos amigos que tenía de Sur a Norte y que había ido atando a lo largo de su vida con el hilo sutil de su mirada, en el que se veía al hombre desprendido, de cortesía sencilla, casi imperceptible, de inmensa cultura libresca y popular, que sólo se le notaba cuando hacía alguna relación de sus itinerarios o cuando mencionaba algún autor preferido o un tiempo o un pasaje a recordar.

Hombre ya de edad, con esa elegancia natural que da el mundo cuando se recorre con calma y atención. El único adorno, que no se destacaba de su figura, sino que la hacía más pausada y atrayente, era la rosa blanca en el ojal, que cada día buscaba y sin la que se sentía desnudo, si no daba con ella en cualquier lugar al que llegaba. Luego, su maleta de cuero negro en la que guardaba los catálogos que él guardaba como si fuesen códigos antiguos. Se sentó junto a mí en el mezanine de la librería que yo regentaba en la carrera sexta de la ciudad de Cali y se puso a hablar como si desde siempre nos conociésemos; sacó de su bolsillo su bolígrafo de nácar y fue escribiendo un pedido de libros que él decía necesario y que lo era, sin el pudor de preguntar, sabedor de que lo que apuntaba no podía faltar en ninguna librería que se preciase de estar actualizada. No eran todo novedades o *best seller*, más bien libros raros y curiosos o de autores principiantes que él avalaba con su firme palabra de conocedor de lo que se estaba haciendo y publicando en cualquier editorial de América o de Europa.

Hablamos mucho aquella noche, delante de la botella de vino chileno

que me traía de regalo, y conversamos después en el transcurrir de los años, ya como amigos de verdad, de las situaciones, de los tiempos y de los descubrimientos literarios.

Con él descubrí a Arguedas⁷⁹ y de su mano me llegó un día la figura ya egregia de don Gonzalo Losada⁸⁰, el mítico editor de Buenos Aires, gallego de nacimiento, sabio profundo y perpetuo de todo lo que hay si se habla de libros de este mundo y del otro. De Arguedas traía una edición en lengua quechua de *Yawar-Fiesta*, que no sabíamos descifrar, pero que Elcano Sidelnik con palabras que él conocía de sus andanzas por todos los rincones de Perú y Bolivia iba formando otro relato paralelo, que después descubrí que no era cierto, pero que desmejoraba poco la versión castellana que más adelante leí del propio autor. Con don Gonzalo llegaba el mundo amplio de la literatura, autores, triunfos, fracasos que, a través de su larga vida, desde la fundación y ruptura de Sopena en los primeros veinte, hasta la actualidad en que el sello de Losada garantiza cualquier nombre o edición en el mundo de la literatura viva en lengua de Castilla. Pero hablábamos también de Icaza y de su *Huasipungo*⁸¹, de Pablo Rhoka⁸² “el viejo poeta con la vieja maleta” que tanto queríamos. De la guerra de los Pablos: el Neruda rico y áspero, de duro trato, y el Pablo de Rhoka vendiendo libros en los vagones de los trenes de Antofagasta a Puerto Montt, o de Santiago hasta la Mendoza argentina, solamente por probar los vinos del otro lado de la sierra, por ver únicamente la sierra, por conversar largamente con cualquier viajero que le escuchase los cuentos y los poemas o que compartiese con

79 **José María Arguedas** (Andahuaylas, 18 de enero de 1911-Lima, 2 de diciembre de 1969) fue un escritor, poeta, profesor y antropólogo peruano. Autor de novelas y cuentos que lo han llevado a ser considerado como uno de los grandes representantes de la literatura del Perú. El crítico Martin Seymour-Smith considera a Arguedas como “el más grande novelista de nuestro tiempo”, quien escribió “algunas de las prosas más poderosas que el mundo haya conocido”.

Introdujo en la literatura una visión interior más rica e incisiva del mundo indígena. La cuestión fundamental que se plantea en sus obras es la de un país dividido en dos culturas (la andina, de origen quechua, y la occidental, traída por los españoles), que deben convivir. Los grandes dilemas, angustias y esperanzas que ese proyecto plantea son el núcleo de su visión.

80 **Gonzalo Losada Benítez** (Madrid 1894, Buenos Aires 1981) Desde muy joven trabaja en la editorial Espasa-Calpe, de la que llegó a ser apoderado con sólo 20 años. En 1928 se traslada a Buenos Aires para trabajar en la delegación que la editorial tiene en Argentina. En 1937, junto a Urgoiti Rentería, reciben poderes para transformar la editorial en una Sociedad Anónima con el nombre Editora Espasa Calpe Argentina S.A. para dotarla de mayor autonomía. Poco después, bajo la dirección de Guillermo de Torre, crearían la colección Austral.

81 **Huasipungo** es una obra donde el novelista ecuatoriano **Jorge Icaza Coronel**, relata las vivencias de los indígenas ecuatorianos que habitaban en huasipungos, así llamaban a las tierras sin mayor utilidad, que estaban siendo reclamadas por sus terratenientes. Esta historia ocurre a inicios del siglo XX y es considerada una de las piezas fundamentales de la literatura indigenista, estilo que antecedió al realismo mágico y que recalca una realidad brutal.

82 **Pablo de Rokha** (1894-1968), seudónimo de Carlos Ignacio Díaz Loyola, fue un escritor y poeta chileno a quien se le considera uno de los cuatro grandes poetas de Chile, junto a Gabriela Mistral, Pablo Neruda y Vicente Huidobro.

él el queso, el congrio ahumado o el chorizo de Cucuy, hecho de cerdo y tortuga. Hombre increíble el viejo Rhoka, poeta amado de grandes poetas y cuantos renovaron el aliento de la poesía y que no tuvo la trascendencia de Neruda porque andaba perdido en un tren con un portafolios carcomido, una maleta de libros de reventa y visera de ferroviario, cantando y catando las comidas de Chile, hasta que, cansado de tanta ignominia, agarró la escopeta de dos bocas y quedó tumbado para siempre en el último andén de la tierra austral.

Con Sidelnik tenía una noticia de las librerías más extravagantes, de las más pobres y de las mejor surtidas, desde la librería del alemán Ackermann en Cuzco donde se amontonaban libros y se removía en ellos hasta encontrar lo que se buscaba o lo que no se buscaba o de la librería de doña Oliva de Bedoya, en Cartago que tenía a la venta relojes y azafrán, sin olvidar la de don Domingo Murillo en Armenia, que tenía tienda de abarrotes y vendía aguacates y los comía untándolos de sal sentado en los bultos de café mientras despachaba cartillas de *La alegría de Leer*⁸³ del maestro Quintana, a los parvulitos que iban al kínder, o entregaba la última obra de Sábato a los intelectuales greco-quindianos que recitaban a Homero en su propia lengua y hacían sonetos impecables a las rosas de Pereira y a las mozas de Calarcá. Debajo del Bolívar desnudo⁸⁴ de Arenas Betancur, hicimos recitales al anochecer donde mi lengua antigua de trovadores y juglares resonaba como una fuente romana entre las colinas del imperio inca.

Después, en Manizales bebíamos aguardiente y licor café -¡el mismísimo café de Colombia!- convidados por Miss Mundo y aquel librero de lazada y paletó, doctor en Derecho, que conocía los licores de cada casa y nos llevaba a probarlos bien entrada la madrugada cuando venía el compositor

83 **La alegría de leer:** más que la cartilla de Evangelista Quintana Rentería, Inspector Escolar del Valle del Cauca, fue una técnica de enseñanza -novedosa en su tiempo por su método- empleada para la formación escolar en el campo de la lectura y la escritura desde la década de 1930 en Colombia, que, como reseñan estudiosos de la historia de la educación, se convirtió en uno de los primeros textos literarios exitosos en ventas y con el que aprendieron generaciones enteras de colombianos desde 1931 hasta 1965. Hay controversia en cuanto a la autoría en un artículo de José Ovidio Muñoz Bravo, doctor en Historia, publicado en 2013 la revista # 13 de Historia de la Educación Colombiana, se señala que “El verdadero autor de la obra fue el educador nariñense Manuel Agustín Ordóñez Bolaños, nacido en La Cruz en 1875. En 1926 Ordóñez viajaba un día en ferrocarril de Popayán a Cali, cuando de pronto sintió que alguien le ponía la mano en el hombro y le preguntaba por los cuadernos que portaba. Era Quintana, quien se interesó por ellos, y de ahí en adelante se dedicó durante horas a leerlos durante el viaje”.

Parece ser que Quintana se apropió del texto de Ordóñez y lo publicó con gran éxito y enormes ganancias. El plagio estaba cometido.

84 El **Bolívar Desnudo** es un monumento realizado por Rodrigo Arenas Betancourt y el ingeniero Guillermo González Zuleta que se encuentra en la plaza de Bolívar de la ciudad colombiana de Pereira. Fue inaugurado en 1963 con motivo del centenario de la ciudad.

Macías⁸⁵ con su trío de tiples y guitarras y dábamos serenatas cantando aquel bambuco de “*vecinita*⁸⁶ *de mi vida, vecinita de mi alero*” ... y quedábamos enamorados, mientras la flor de los alhelíes y la flor del cafetal invadía la noche y la mañanita, así como el aguardiente invadía los sentidos. Elcano Sidelnik murió en el Mar de Plata hace años ya, pero de vez en cuando veo venir hacia mí su figura menuda con su maleta de catálogos, su vagar por todos los caminos de América, librería a librería, donde llega con los autores como si los trajese de la mano y se los presentase a todos los libreros estafalarios de las pequeñas aldeas de la sierra y de la llanura que lo saludan quitando el sombrero entre los frascos de miel y las ruedas de panela, el jabón y las cintas de adornar.

Y quiero poner ahora en su memoria una rosa blanca y permanente y soñar otra vez en los caminos, desde Buenos Aires a Querétaro, con su paso menudo y su maleta con catálogos de las últimas novedades. Y de las primeras. ¡Salud, compañero!

85 **José Macías** (Filadelfia, 1912-Cali, 2003) fue un prolífico autor y compositor colombiano nacido en el departamento de Caldas; de su autoría son más de 200 composiciones, ganador de grandes reconocimientos y concursos de composición.

86 **Vecinita:** Bambuco; autor: Luis Carlos González; compositor: Enrique Figueroa.

NARIÑO

Acaso por sentir la fresca de la mañana, por ver otra vez la tibia luz dándole forma a los árboles del dividivi, o por apaciguar la propia sangre que le quema desde los tobillos hasta la garganta, en un ahogo de vértigo que lo hace desfallecer, desvanecerse enfebrecido entre los linos del lecho donde la noche se prolongó con pertinacia, interrumpida por la tos y el desasosiego, Don Antonio Nariño, ayudado por su edecán y compañero sube a lomos de la yegua para emprender la última cabalgada.

Las casas de Villa de Leiva tienen a esa hora una blancura de cal opaca, una sombra silenciosa de hora temprana, cuando sólo comienza a correrse alguna cortina, a abrirse algún balcón, a verse el bulto casi tenue de alguien con el cántaro de la fuente, o el humo subiendo suavemente de los hogares, mientras a lo lejos una vaca muge en la pampa abierta que se despereza lentamente con el trino de los pájaros.

Cabalga despacio esa mañana el antiguo batallador. Por su mente, como por un espejo nítido van pasando las imágenes de su vida, los hechos y acontecimientos de su tiempo, las heridas del cuerpo y de la memoria, el roce de los grilletes en el suelo, de los que ahora todavía lleva las llagas abiertas y, sobre todo, un sueño latente que su fiebre acelera, que lo acompañó siempre y que ahora ve cumplido, reverdeciendo los cerros de la patria.

Una patria también se sueña. Día a día los avatares de la consciencia van conformando esa idea cálida y Don Antonio Nariño fue poniéndole cimientos para hacerla realidad. Quizás mirando las páginas de Mutis⁸⁷,

87 **José Celestino Bruno Mutis y Bosio** (Cádiz, 1732 – Santa Fe de Bogotá, 1808) fue un médico,

viendo reflejadas cada flor y cada hoja de las hierbas de su heredad o escuchando aquel discurso liberal de gaditano de su época, aquel viejo sabio encendió en él una llama inquieta que nunca se apagó y que pudiera ser el último aliento que lo acompañara.

Resuenan ahora en su corazón las intensas pisadas de Caldas⁸⁸ y de Camilo Torres⁸⁹, *El Viejo*, subiendo al cadalso en Santa Fe, y aquella mirada dura e inocente que se les quedó fija en la cima de la picota por tantos días con un hedor de redención que sólo Sámano⁹⁰, el tirano, no aguantaba, pero que el pueblo sencillo olisqueaba como se olisquea la flor de la libertad. Y después pasaban los días de lucha, las tropas ordenadas en Calibío⁹¹ frente a las casacas blancas del chapetón invasor, aquella indiada toda arremolinada, levantando las tercerolas de debajo de la ruana, combatiendo con furia y liberando cada trozo de tierra a coste de sangre y de vidas

botánico, geógrafo, matemático y sacerdote católico español.

Mutis desempeñó buena parte de su labor investigadora en Santafé de Bogotá, en cuya Universidad del Rosario fue docente y reposan actualmente sus restos. Famoso por liderar la Real Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada, que permitió la recopilación y clasificación de más de 20.000 especies vegetales originarias de la actual República de Colombia.

Durante dicha expedición, Mutis dirigió a su equipo de pintores para producir la colección iconográfica de la expedición botánica, la más exquisita, lujosa y abundante colección de pintura botánica conocida en toda la historia de España y Colombia, la cual se conserva en el Real Jardín Botánico de Madrid y consta de 5.393 láminas.

“¡Apartad los ojos de la España detenida y volvedlos hacia la Europa del Norte! ...No hagan en vuestros ánimos impresión alguna los motivos del temeroso procedimiento de España en las ciencias naturales cuyo atraso lloran actualmente los españoles de juicio...”

Extracto del Discurso Inaugural de la Cátedra de Matemáticas y Filosofía Newtoniana, Colegio del Rosario, Santa Fe.

En un ambiente ideologizado, dominado por las polémicas con las comunidades religiosas que se resistían a la divulgación local de las ideas de Copérnico y Newton, Mutis enseña los fundamentos de la nueva física. Es uno de los principales autores de la Escuela Universalista Española del siglo XVIII.

88 **Francisco José Caldas Tenorio Gamba Arboleda** (Popayán, 1768 - Santafé, 1816) fue un científico, ingeniero militar, geógrafo, botánico, astrónomo, naturalista y periodista neogranadino, prócer de la independencia de Colombia. Por su erudición y muchos conocimientos sobre tantas disciplinas fue conocido entre sus contemporáneos como *El Sabio*, epíteto con el cual pasó a la historia de Colombia.

89 **Camilo Torres Tenorio** (Popayán, 1766-Bogotá, 1816) fue un abogado, intelectual, y político que encabezó el movimiento de la primera independencia de la Nueva Granada, hoy Colombia, de la cual fue presidente. Por su capacidad oratoria, pasó a la historia como *El Verbo de la revolución*. Cuarto hijo del español Francisco Jerónimo de Torres, comerciante, minero y propietario de vastas extensiones territoriales al sur de Neiva, en la costa del Pacífico y en Popayán.

90 **Juan José Francisco de Sámano y Uribarri de Rebollar y Mazorra** (Selaya, Cantabria, 1753-Panamá, 1821) fue un militar español, considerado el último virrey efectivo del Virreinato de Nueva Granada.

91 La **batalla de Calibío** fue un enfrentamiento armado entre las tropas patriotas de Cundinamarca al mando del general Antonio Nariño y las tropas realistas afincadas en la hacienda Calibío (Popayán) comandadas por el brigadier Juan de Sámano y el teniente coronel Ignacio Asín. Tuvo lugar el 15 de enero de 1814 como parte de la campaña de Nariño en el sur, episodio de la guerra de Independencia de Colombia. La batalla de Calibío terminó en la derrota de las tropas realistas, las cuales se retiraron a Pasto, en tanto Nariño entró de nuevo victoriosamente en Popayán.

que sólo la juventud sabe ofrecer tan bravamente. Recuerda los días del Terror y de Paulo Morillo⁹² decretando la guerra sin cuartel, la guerra a muerte que tanto padecimiento, tanta penuria y tanta crueldad había traído en ese tiempo y que fueron los días más aciagos en los que la patria se iba desangrando poco a poco como una criatura malherida. La rabia de que uno en la tierra de sus mayores o ancestros, héroe aclamado en Ponte Sampaio, el destructor de las águilas de Soult⁹³, tuviese un corazón tan negro y miserable que no se avenía a las leyes humanitarias de los pueblos civilizados y pasaba a fuego y hierro por veredas y poblados dejando una estela de muerte y tropelía como habían dejado los bárbaros en las gándaras de Occidente.

Pasan en esa última mañana de Villa de Leiva por el magín de Antonio Nariño los días tristes de la Carraca, el presidio militar de Cádiz y, peor todavía, el viaje desolador en el balandro de los presos, en el fondo de la bodega hedionda de orines y excrementos, y las cadenas incrustadas en las muñecas y las tibias, la sed eterna, los labios escamados con sabor a pus que lo enfermaban de disentería, mientras que el chicote del sargento mayor de la tropa que los iba ubicando cada día en una ceremonia aterradora que le dejaba la espalda lacerada por mor del agua de mar y la suciedad de las vestimentas. Años oscuros de cadenas que sólo la ilusión de la patria libre permite resistir y la llama íntima que mantiene al hombre libre ante el sufrimiento y la tortura.

Mas ve también los días albos y alegres, la siembra del añil en sus tierras de Fucha, la mujer feliz tejiendo en el hogar y los hijos jugando en la era mientras él transcribe palabra por palabra los Derechos del Hombre⁹⁴ y se los da a la imprenta, causa que fue de persecución y de injusticia, aunque él no transcribía más que antiguas Leyes de Indias que nunca se cumplieron. Y ve la puesta de sol desde la solana de su casa rústica, los límites extensos de la sierra, y va rumiando en cada célula de su cuerpo las ansias de tierra libre, la gran pasión que lo ha de alimentar y darle a su pueblo una patria nueva conquistada en tres siglos de trabajo, de inmensos terrenos roturados,

92 **Pablo Morillo, *el Pacificador*** (Fuentesecas 1775-Barèges 1837). Héroe de la **Batalla de Puente-Sampayo** (Pontevedra) durante las guerras napoleónicas contra los franceses. Ordenó la ejecución del científico Francisco José Caldas, *el Sabio Caldas*, en la plaza de San Francisco de Santa Fe. Cuando los presentes apelaban por la vida de Caldas, Morillo respondió: “*España no necesita sabios*”, frase que se convirtió en lema de las guerras por la reconquista de las colonias rebeldes.

93 **Jean-de-Dieu Soult** (1769-1851). Militar y político francés, destacado combatiente en las guerras napoleónicas en España.

94 **Los Derechos del Hombre**. Nariño tradujo de la *Historia de la revolución de 1789* del francés al castellano el fragmento del texto que contenía la *Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano* y lo distribuyó entre su círculo. Este texto fue aprobado por la Asamblea Nacional de Francia a comienzos de la revolución (26 de agosto de 1789), lo cual le valió a Nariño ser hecho prisionero por las autoridades españolas.

de caminos abiertos en la espesura, de la vena mineral sacrificada para las arcas sin fondo de la monarquía corrupta que desde el otro lado impone foros, tributos y rentas, sin avistar las regalías.

Cuando afila la hoz en la muela del corral, ya está afilando la espada de las batallas.

Cabalgada serena, de reposo infinito y al mismo tiempo fugaz como una ráfaga de viento que trae los episodios íntimos y los grandes hechos que le tocaron vivir o que de su propia fuerza se conjugaron; y fue de su andadura precursora que tomaron cariz y que se planearon en cada rincón del país, aun sin su presencia; pero a donde llegaba su voz que prendía como un fuego popular en las raíces profundas de la patria para levantarse y liberarse de la tiranía y la opresión peninsular que ya nadie resistía. En esa patria de sueños, ya tan precisa, fue Nariño en otra cabalgada inmortal arrasando las banderas enemigas, abriendo las trochas, levantando muros, grabando las leyes de la nueva armonía nacional que es como ir creando un mundo entero en el que todo florezca y que cada cosa se comparta sin la premura y el preámbulo del colonizador que chupa con ansia la sangre permanente de los vencidos.

Entonces se configura en su mente la patria como un mapa etéreo, erguido en el aire así de inmenso, y ve correr los ríos milenarios, los grandes valles de azúcar, las siembras de maíz y mandioca, los dulces frutos irisados, las cabañas y bohíos humildes de la negrería que él liberta, las amplias llanuras que reverberan bajo el sol y las cumbres altas y blancas como rosas níveas que adornan las provincias y que sirven de parapeto y de defensa, donde el pueblo antiguo se protege y las grandes aras sagradas hablan todavía de los viejos ritos y sencillos rezos. Grandes manadas de potros, vacadas que pacen en la primavera perenne y miles de aves y pájaros retumbando en el cielo con su cántico que es un himno que diariamente alienta y después justifica las penas de la jornada. La tierra desde el Darién al Cotopaxi, abierta ahora como un surco en el que se siembra la libertad que ya todos sienten como suya y que no habrá zarpa que la aprese para tenerla con grilletes de nuevo.

Pasa como un relámpago el primer rayo de sol y un sudor oscuro corona la frente del viejo capitán. De nuevo las ansias de llegar a la morada, de ver la lumbre encendida, de oler desde el balcón los jazmines cubiertos de rocío y sentir en la postrera hora de su vida, entre los lienzos fríos del lecho como la tierra se estremece y canta, como los prados abren sus flores silvestres. Y un gañán canta, ya libre, en una colina de trigos, con voz abierta y firme, comenzando la siega.

Crescencio Salcedo⁹⁵

A mí me gustaría transcribir ahora, no en palabras, sino en ese sonido como de goteras de lluvia retumbando en el día, el zumbido de la flauta de caña brava que le oí tocar a Crescencio Salcedo, acurrucado en una calle de Medellín, con su sombrero loricano⁹⁶ de palma, descalzo de pie y pierna, los ojos casi ciegos y los dedos largos por donde iba desgranando su alma, que sonaba en el tráfico de la calle como un río ligero del tiempo, nítido y purísimo, por lo que la patria derramaba su candor, su trasfondo melodioso y limpio en el centro del rebumbio y la miseria.

De las cosas que amo es esta figura ya inmortal de Crescencio Salcedo pidiendo limosna en los recovecos de la villa, impávido ante la tempestad de los aconteceres, deshilando despacito, regalándole a la gente del lugar las notas delicadas de La Múcura, El Cafetal, Moliendo café, o Alumbra Luna que salieron de la pasión de su sangre costera y que todo el mundo cantó algún día. Cumbias y porros memorables que salieron de su donaire casi inocente y de las que después se aprovecharon las casas de discos sin darle al hombre la parte pecuniaria que le correspondía.

— Vivió siempre pobre y contento llenando su entorno de silbidos, como

95 **Crescencio Salcedo** (Pinillos, 1913-Medellín, 1976): músico, compositor y flautista, conocido como “*El compae mochila de los pies descalzos*”. Autodidacta (no sabía leer ni escribir) dedicó toda su vida a la música popular y a la fabricación de gaitas y flautas.

Sobre su trabajo declaró: “*Nunca me gusta hacerme pasar como compositor de ninguna obra. No he creído que uno compone nada, sino que lo único que hace es recoger motivos de lo que está con perfección hecho. De acuerdo con la cultura, con ese pulimento que uno tiene, puede recoger la obra. Nadie compone nada. Todo está compuesto con perfección. Uno lo que hace es descomponer*”.

El resultado de esa forma de ver su obra es que personajes deshonestos cometieron plagio y se apropiaron de sus derechos registrando sus canciones como de su autoría mientras el verdadero autor vivió en la pobreza; entre ellas, “*La múcura*”, “*La varita de caña* (Varita’e caña), “*Mi cafetal*” o “*El hombre caimán*”.

Vivió sus últimos años en Medellín, donde vendía en la calle Junín los instrumentos musicales que fabricaba.

96 **Santa Cruz de Lorica**, o simplemente **Lorica**, es un municipio del departamento de Córdoba que forma parte de la Red de pueblos Patrimonio de Colombia. Famosa por su artesanía entre la que destaca el **sombrero vueltiao**, elaborado con caña flecha. De ahí el adjetivo *loricano*.

si fuera un pajarito desaharrapado y solitario en la búsqueda de un nido que nunca encontró. O quizás su nido fuese el extenso territorio que recorren los pies desnudos, que llevaban la música y el amor a todos los rincones. Digo el amor porque Crescencio se había casado siete veces y la única dote que ofrecía era su inocencia y su canto popular que era como ofrecer el corazón de su patria.

Con él, con su figura flaca y macilenta, tan inquieta en el devanar de las notas, me llega el bramido ya familiar, casi un perfume lejano, de las melodías de mi juventud que, si cierro los párpados, las siento caer oreando la memoria y me hacen estremecer de placer y de nostalgia, porque es la música, como se sabe, la fuente de todos los recuerdos, de todas las vivencias y de las pequeñas soledades que hacen el mar inmenso de la nostalgia total y el desespero de no poder conservar los tiempos idos. Tiro del ovillo o de la imaginación que me hace soñar y suenan los tambores en la playa inmensa, a la luz de las velas de cera, las enaguas blancas y la piel mórbida de las jovencitas de antaño bailando al son del mapalé; y bebo los vientos como se bebe un elixir ardiendo, para entrar otra vez en ese momento, para ver como rebulle la luz de la luna en los cuerpos enojados de arena y sentir el frenesí inmemorial de los cueros batiendo, de la guacharaca⁹⁷ sonando acompasadamente y el grito triunfal entre los cañaverales. Veo a Negra Grande⁹⁸ bajando de su simón y entonar su canto en el Corralito de Piedra⁹⁹; verla por encima de las sierras y de los montes, dejar ir su voz llena de cascabeles diciéndole a Cartagena de Indias su amor o meneando las nalgas al son del currulao de su Buenaventura querida, es como un rito iniciático que hay que celebrar de pontifical¹⁰⁰ y camisa abierta.

Ay, si mi amigo José Barros¹⁰¹, con su andar de cangrejo en tierra, me diese ahora en esta tarde de lluvia e invernada en la que sólo escucho el batir del viento, la armonía de las remadas de su Piragua, que navegaba las tierras de Macondo y Aracataca con sus remeros míticos y el fuego de la mano de Guillermo Cubillos, mientras en la orilla del río Francisco

97 **Guacharaca:** Sonajero construido con una calabaza en cuyo interior se colocan piedrecitas.

98 **Negra Grande,** Leonor González Mina (Jamundí, 1934 – Cali 2024) fue una cantante, actriz, folclorista y exrepresentante a la Cámara afrocolombiana, conocida como *La Negra Grande de Colombia*. Interpretó diversos géneros como boleros, pasillos, bambucos, ritmos del Caribe y del Pacífico.

99 **Corralito de Piedra,** nombre con el que se conoce a Cartagena de Indias por la gran cantidad de piedra y de tejas que se utilizaron para construirla.

100 **Pontifical:** en traje de ceremonia y etiqueta. *Estar o ponerse de pontifical.*

101 **José Barros** (El Banco, 1915 – Santa Marta, 2007), músico y compositor colombiano, reconocido como maestro de la música popular colombiana del siglo XX. Compuso *La piragua, Navidad negra, El pescador, Momposina, Las pilanderas, El gallo tuerto, El guere guere, La llorona loca, Carnaval*, hasta ochocientas composiciones de diferentes géneros musicales: cumbia, porro, currulao, vallenato, pasillo, tango o bolero.

el Hombre¹⁰² hacía repicar las teclas, botones y fuelles de su acordeón vallenato, contando la saga, robo y desaparición de la Custodia de Badillo¹⁰³ -de los fundadores de las tierras del César- o de las regalías del ron de Río Hacha y las fiestas de toros a pecho abierto en Corraleja¹⁰⁴, mientras se coronan de rosas las reinas morenas y las garzas blancas rompen a volar en la línea del horizonte abriéndole la puerta a la noche que llega templada y retozona, abanicada por las grandes palmas para mayor frescor y esparcimiento.

Pero tampoco podía faltar del corazón la voz de Berenice Chávez¹⁰⁵, rasgueando desde la sabana sus bambucos y el tiple de donde salen como mariposas las notas y juegan en el pentagrama de las cuerdas y en el hueco de la propia madera nacida en sus montañas, que tiene todavía en sus vetas el cantar del viento serrano, como dice su canción, y que cuando suena el ritmo de la llanura del Meta o del Arauca, ese joropo que es como un trote de potros, siente uno los pies repicando en el suelo, los pies descalzos de las muchachas entreverándose y zafándose de las botas negras de los llaneros, llevando el compás tan próximo de la delicadeza del pie femenino, que es una danza del gallo que se repite hasta llegar la vorágine del galerón y vuelan los sombreros, y se desprenden los pañuelos del cuello para hacer en la mano un vuelo de alas que lleva mismamente el mismo aire que lleva la cintura de las mozas y que va cribando y que se aviva en las cuerdas del arpa hasta el primer sol de la madrugada que siega, de repente, la tiniebla cóncava de la noche dejando estrellas pálidas en la sorpresa de la aurora.

Tierras de andar y de escuchar. Pues uno llega a Ibagué o llega a Neiva -en la tierra caliente del Tolima Grande- en la noche de San Juan y ve las llamaradas en la distancia y ya presiente el rumor de la fiesta de la guabina y del “sanjuanero” y la copla que surge de la vereda florida donde rasga la bandurria el vaquero solitario acordándose del amor que ha ido a la fiesta:

102 **Francisco el Hombre:** su historia forma parte del folclor del Caribe colombiano y, en tanto leyenda, ocupa un lugar junto a figuras como la Llorona, el Mohán, el Sombrerón, entre otros. El relato de su enfrentamiento musical con Satanás proviene de finales del siglo XIX y principios del XX, y su protagonista es Francisco Moscote, un juglar y acordeonista de la época nacido en Machobayo, La Guajira. Su leyenda se encuentra en distintas fuentes, desde poemas, canciones, artículos de internet, hasta la novela *Cien años de Soledad* de Gabriel García Márquez, en la que Francisco el Hombre es un juglar que comunica las noticias más importantes entre los pueblos de la ciénaga.

103 **La Custodia de Badillo** vallenato compuesto por Rafael Escalona que cuenta la historia real ocurrida en 1958.

104 **Corraleja:** las fiestas de corraleja son fiestas de toros típicas del caribe colombiano en un redondel de arena en el que hay toros de lidia y caballos. A diferencia del espectáculo taurino español, si bien es clara herencia cultural, los asistentes pueden entrar a voluntad al coso y entretenerse con el toro golpearlo e incluso atarlo. Los géneros musicales que acompañan este evento son el porro y el fandango.

105 **Berenice Chávez:** (Bogotá, 1921 - Bogotá 2008) cantante, compositora y folclorista, considerada embajadora de la música andina colombiana. Interpretó canciones como *Pueblito viejo*, *Tiplecito de mi vida* y *Los guadales de los artistas*.

*Mi morena es buena moza
Sólo un defecto le hallé:
No tiene los ojos negros...
Pero yo se los pondré¹⁰⁶.*

Y venga vino de palma, los fuegos artificiales, el resplandor brillando en el cielo, que es como un espejo donde también se baila y se puede ver a Dios de ruana y alpargata dando vueltas como un trompo y cantando “*Soy Tolimense*”. Porque en el Huila está Villamil dándole pan a la guerrilla y componiendo, corchea a corchea, el planto de los grandes cañaverales de guadua que rugen en el viento como un arpa que se escucha en los límites del mundo.

El pecho es en esta hora como un horno en el que se caldean los recuerdos y se bebe el licor amargo de la derrota del tiempo, que nos desgasta como se desgastan los cantos en el río, y sólo quedan las canciones, los aromas lejanos de los refajos amados que todavía ahora se abren para dejar entrever -mejor fantasear- la blancura de las caderas que ondulan en la memoria. La vida es ese frescor que nos deja un instante irrecuperable.

Es por eso por lo que amo a Crescencio Salcedo. Siempre que escucho el sonido de su caña rústica me va entrando en el cuerpo la comunión pagana del verde mar, de las islas, de la tierra abierta que conforma un mundo y su confín, donde la mocedad me hizo crecer alas para después quemarlas en la luz del ocaso y del recuerdo.

106 Versos finales de la canción *Soy Tolimense*, canción del dúo musical Garzón y Collazos.

**Soliloquio y filtro de amor que el
almirante del mar, don Pedro Sarmiento
de Gamboa¹⁰⁷ hace para invocar el favor de
doña Elizabeth, reina de los ingleses, y por
conjurar la presencia en el lecho real de Sir
Walterio Raleigh¹⁰⁸, poeta y bucanero de
mejor fortuna; conjuro por el que acaso
murió decapitado en la Torre de Londres.**

Oh, Milady, desde que besé vuestra mano me hierve la sangre en medio de los mares. *Pone ergo metem tuam super sulem, nec cogites de aliis. Nam en ipsa sola occultatur scintilla et arcanum preacipium et secretissimum omnium antiquorum philosophorum.* Cada estela que abre la proa de mi nao conduce directamente a vuestro corazón. Curtido por el salitre del

107 **Pedro Sarmiento de Gamboa:** Nació en España (según algunos autores, en Alcalá de Henares; según otros, en Pontevedra) alrededor de 1532. Dedicó sus primeros años al estudio de la Matemática, Astronomía y latín. Nombrado por Felipe II Gobernador y Capitán General de las tierras del Estrecho de Magallanes a finales de 1580. Fundó los asentamientos *Nombre de Jesús* y *Rey Don Felipe*, que tras un invierno austral duro y cruel diezma la población por la enfermedad y la muerte. Manda pedir ayuda y refuerzos a España, pero nada llega de allí; irá él mismo a la Corte a ocuparse de salvar a los colonos. Parte de Brasil en junio de 1585, para caer en manos de Walter Raleigh que andaba pirateando por la Islas Terceras. Es llevado a Inglaterra y a Felipe II le cuesta gestionar su rescate. Finalmente lo consigue y Gamboa va hacia España atravesando Francia donde cae en poder de los hugonotes. Pasa tres años y ocho meses en un calabozo húmedo. Tras muchas gestiones el rey consigue rescatarlo y llega en parihuelas a España porque el calabozo lo ha dejado paralítico. Pese a su estado, ambula por la corte procurando ayuda para sus colonos, que nunca consiguió.

Fue perseguido por la Inquisición por Nigromante y por afirmar que cuando en la ciudad de Lima eran las doce del día, en España era ya de noche, proposición que fue considerada una herejía.

108 **Walter Raleigh:** (Hayes Barton, 1552 – Londres, 1618) fue un marino, corsario, escritor, cortesano, pirata y político inglés que popularizó el tabaco en Europa. Disputó a Robert Devereux, II conde de Essex y a Robert Dudley, conde de Leicester el amor de la reina Isabel.

Fue condenado a muerte por traición, pero consiguió que su pena se conmutara por un encierro de trece años en la Torre de Londres donde escribió *Historia del mundo*, 1614. En 1617 consigue el indulto y viaja a la Guayana con la prohibición expresa del rey Jacobo I de no atacar puestos españoles, lo que se incumplió. A su regreso a Londres el embajador español exigió que la sentencia de muerte fuera reinstaurada. Sufrió suplicio y fue posteriormente decapitado en 1618.

Su nombre se menciona en *Cien Años de Soledad*, diciendo que fue él quien regaló su acordeón a Francisco el Hombre.

Mar del Sur, estrábicos los ojos por mor del sol que se acuesta en el agua en este rincón último del universo, que yo cruzo a la inversa por donde Fernán de Magallanes entró, puesto en lo alto de las fortificaciones, que yo elevaría para Vos a un solo asentimiento de vuestra mirada y si no dejaseis reposar en vuestras almohadas la cabeza del azor que yo aborrezco: *Ego genero lumem, nec tenebrae meae naturae sunt...*

Porque os amo, Milady, y vuelvo a besar cada una de las pecas de vuestra mano y se hace mi travesía sin fin, voy de cada bahía a cada puerto perseguido por la Santa Inquisición, que ya tiene fuego a mis espaldas, sólo por aclamar las fuerzas del interior y las fuerzas del exterior, por invocar el espíritu antiguo del dios soterrado, bendecir las aves negras y sacar a relucir el corazón sangrante del reptil y de la criatura inocente, para hacer que Vuestro corazón se estremezca y Vuestra boca diga mi nombre y Vuestra carne dorada sienta deseos de mí; *a chao quod est rudis inordinataeque material confusa congeries.*

Pues fue en las ergástulas¹⁰⁹ de Francia, cuando yo volvía con Vuestro aroma todavía fresco en los labios, con el afán de conseguir navíos para rescatar a mis compañeros abandonados en el Estrecho del Fin del Mundo, fue en los calabozos del rey hereje, donde me floreció el frenesí que ahora siento y cuando pronuncié mil veces Vuestro nombre, Elizabeth, y soñé ser capitán en la Orinoquia para llevar las flores de la selva a vuestros pies, como llevó Sir Francis¹¹⁰ y luego Sir Walter de fácil fortuna que me hace parpadear de odio por las reverencias melifluas con las que se adorna para llegar a Vuestro corazón, que están de más en un hombre acostumbrado a las tempestades y a que se escuche su voz de mando de proa a popa de los navíos. Yo también quise aparecer con un aire de elegancia a Vuestros ojos con aquel sombrero florido que tan enorme carcajada arrancó de Vuestro seno y que me cubrió a mí de desespero y de rabia por sentirme ínfimo en vuestra compañía. Tres largos años aletargado entre las cadenas con Vuestro nombre atravesándome la lengua y Vuestra figura, desde la corona iridiscente hasta el zapato pequeñito, hiriéndome los ojos dulcemente. Por eso es por lo que amañé de nuevo las naos y viajo sonámbulo por mares nuevos para que mi nombre y mi gallardía tengan eco otra vez en el palacio que habitáis, y por si encuentro sobre las aguas al ladrón de vuestro sentimiento, que a mí me robó la esperanza y sólo me deja ese recuerdo intenso que es como el filo de una espada rayando en el pecho.

109 **Ergástula:** término que se refiere a una prisión de condiciones inhumanas. Anteriormente prisión de esclavos en la antigua Roma.

110 **Sir Francis:** Se refiere a Francis Drake (Inglaterra, 1540 – Portobelo 1596), considerado pirata por los españoles, mientras que en Inglaterra era un corsario y patriota y fue nombrado caballero por la reina Isabel I.

Of my blood and water I wis, plenty in all de world there is. Mas Vuestra sangre, Señora, es de terciopelo; de terciopelo es Vuestra sangre. Siglos de destilar la esencia misma de las mejores linfas dan en el crisol la porcelana que Vos sois y por lo que yo, vuestro más humilde siervo y enamorado, martillo en los tres anillos de oro y de plata sobre la obra de las cosas naturales, la *separatio*, la forma etérea de la naturaleza transformada, la cosa que se busca tan largamente que no se consigue ni puede ser impuesta por la violencia o la pasión.

Se puede adquirir solamente con paciencia, humildad y un amor decidido y perfectísimo:

“...facilis descensus Averni

noctes atque dies patet atri ianua Ditis;

sed revocare gradum superasque evadere ad auras,

hoc opus, hic labor est”.

No puedo dar ahora la relación y crónica de los hechos y de las tierras que podría dar otrora, cuando mi corazón era muy joven y tenía en la sangre la sed de abrir mundo, de conocer la ciencia secreta y las palabras del arcano, de confundir en el crisol de mi botica los oros viejos y las esquirlas de mineral desconocido que podían llegar de allende los mares. Recorrí las cumbres de Cusco y Cajamarca, por nombramiento del virrey Toledo¹¹¹, traté con curacas de la antigua sabiduría y con chamanes en la selva oscura para renovar mi prédica y darles a las fórmulas de Córdoba y Bizancio el complemento necesario para surtir su efecto. Tiempos eran de espada y escaramuza, de ir por el Mar del Sur con Álvaro de Bendaña, mi pariente, a avistar islas y poblar fronteras. Graves penurias nos bambolearon por no atender a mis rutas, y grandes pabellones se derrumbaron y abatieron mi fortuna. Mas tuve la fortuna de ver Vuestros ojos cuando prisionero llegué en Vuestras naos y Vuestra mano acogedora me liberó de las cadenas.

111 **Francisco Álvarez de Toledo**, más conocido como **Francisco de Toledo** (Oropesa, 1515 – Escalona, 1582) apodado *El Solón Virreinal*, fue un aristócrata y militar de la Corona de Castilla, quinto Virrey del Perú. Ocupó dicho cargo durante once años y cinco meses. Si bien para la mayoría de los historiadores fue el más importante de los virreyes del Perú y ha sido elogiado como el “supremo organizador” del inmenso virreinato, por darle una adecuada estructura legal, afianzando importantes instituciones indianas, en torno a las cuales giró la administración del país durante doscientos años, para otros fue el *gran tirano* de los indígenas por haberlos explotado de forma exagerada, al conservar la mita minera del Imperio Inca, pero tergiversando su sentido original, y por haber ordenado la ejecución del último inca de Vilcabamba, Túpac Amaru I.

En este relato aparecen textos sacados del libro de C.G.Jung *Psicología y alquimia*, escritos en latín y de la Eneida (Libro VI, vv. 126-129).

El viaje de ahora es el viaje del desespero. Cuatro años después de estar abandonados voy al rescate de los compañeros que dejé en *Mae de Deus*, en el estrecho del fin del mundo. Los vientos son, Milady, oscuros y furiosos, sus rachas llevan a las olas a despedazar las naos, pero mi ímpetu es necesario y mi misión irrevocable. Es asunto de camaradería. Tengo que llegar a la tierra de los gigantes, indios de siete varas que llaman onas y que atacan con mucho vigor las fortificaciones que erguimos en aquella tierra bravía. Es vuestro recuerdo el que atempera el pecho para poder seguir el derrotero. No tengo rey que me mande sino reina que me obliga. Llevo la cinta de Vuestro escabel, de cuando caí de rodillas a Vuestros pies, entretejida en la coraza, y cuando miro las estrellas del sur reluce todavía la luz de Vuestros ojos, parpadeando en el infinito. Si no muero en mi cometido, he de llegar todavía a Vuestro imperio para cortarle las alas al gavilán que os hace compañía y que con voz de alcahuete perturba el verdadero sentir de Vuestro corazón, que a mí me corresponde, y es por lo que, en esta noche de tinieblas y misterio, aquí en el confín del mar, hago mi juramento de poseeros y el conjuro que lleve a Sir Walterio a que se dé de narices con la muerte:

Habentibus symbolum facilis est transitus.

¡Que el aire negro y la
ceniza el cingulo que me
une
y la mano que me desata

el halcón en el interior de la
funda y la piedra ardiente y
floreceda fuercen el filo del
hacha!

Los pasos de Sir Walter Raleigh resonaron en la Torre de camino a la muerte. Iba erguido, con su donaire señorial que siempre había cautivado y, aun en el fondo de los ojos se había visto un pálpito de asombro, la figura estaba compuesta y además elegante como corresponde a un acto serio y que no tiene repetición. Clavó los ojos en el delegado de la reina, hizo un gesto de desprecio soberbio cuando pasó delante de los jueces, bendijo al verdugo que inclinó la espalda con el ánimo de pedir perdón y se dejó cubrir con el paño oscuro de los reos, solicitando que no le atasen

las manos. Acomodó después la cabeza en la bacía del cepo y le dijo a Dios que su muerte era de amor y que todavía no sabía qué fuerzas malignas la habían motivado. Daba perdón y rogaba que lo dejaran entrar en el reino de los bienaventurados como corsario leal a su capitana. Pidió, ya mentalmente, disculpas por haber desollado algunos indios y torturado a algunos españoles en la quilla de su navío, mientras sentía el filo de hielo ardiente del hacha penetrando en la nuca como un rayo.

La cabeza cayó en la cesta ensangrentada, diciendo “Elizabeth” en vez de decir “Ave María”. Los poetas de entonces sabían morir con serenidad y con respeto, como se debe morir.

Siervos de Dios y amos de indios¹¹²

El indio va cabreado, pero sumiso. Llevar a hombros una criatura de Dios, un ministro del Taita Dios, como le habían hecho comprender mientras lo instruyeron en la Misión de San Juan de Pasto, era un pago suficiente para entrar en el cielo como una centella cuando le llegase la hora postrera. También Jesús Cristo había cargado con su cruz. En la cuesta del Encano¹¹³, viendo al fondo la laguna de La Cocha resplandeciendo de luz, ya los nudos de la silla, atada en los hombros y alrededor de las costillas comenzaron a herir porfiadamente la carne y las fuerzas aflojaron mientras el sudor resbalaba por la mejilla y los oídos pitaban sin escuchar la letanía del fraile que lo animaba moviendo las asentaderas de un lado a otro, tensando todavía más las cuerdas, pero dispuesto a no bajarse para que el gañán cogiese aliento, y tratando sobre todo de ir recordándole las enseñanzas de Dios Nuestro Señor, que es todo amor y del que todos somos hijos. El indio sentía un fuego tibio en las bolas, como un desfallecimiento, y sabía que aún tenía que subir al cráter del Patascoy¹¹⁴, volcán inactivo, casi una legua de altura para bajar después por la otra banda, dónde Fray Plácido Crous quería llevar la palabra de la caridad, de la compasión y de la humildad de Cristo Redentor. La cinta de la frente, que sostenía la mayor parte del peso de la carga, iba apretando cada vez más y el indio sentía que le podía estallar la cabeza. Pero aguantó, y sólo en el cráter apagado pudo tomar algo de descanso, mientras el prelado bebía unos tragos de vino de consagrar y tomaba un refrigerio de galletas de Castilla que horneaban las monjas de Quito y que mandaban regularmente para la misión de Pasto. El indio bebió agua un tanto sulfurosa de una pía del monte y comió un

112 Este relato, que toma el título de la obra de la homónima de Víctor Daniel Bonilla *Siervos de Dios y amos de indios* (1968), tiene una fuerte carga irónica, recurso que el autor utiliza con maestría en la descripción de los personajes o en el diseño situacional.

113 El Encano es un corregimiento del municipio de Pasto, reconocido por su arquitectura similar a la de Suiza. Sus canales similares a los de Venecia se deben a la laguna de La Cocha, también llamada lago Guamuez, el segundo lago natural de agua dulce más grande de Colombia.

114 Patascoy o Cerro Patascoy es un volcán inactivo situado en el límite entre los departamentos de Nariño y Putumayo, a una altura aproximada de 4,200.

puñado de maíz cocido para aguantar la bajada que, con silla y misionero a cuestas, sabía que le iba a hacer doler los riñones y las caderas por cuidar de sí mismo y del otro, mientras tenía que poner los pies en paso seguro para no echar por encima de su cabeza tan sacrosanta carga. Iba preparado para hablar con su gente, decir que aquel santo de barbas traía la palabra de Dios y que enseñaría a usar herramientas, nuevas simientes y abundancia de amor y armonía. La armonía era lo que le faltaba al indio ahora, que ya estaba hasta los huevos de carga tan pesada, pero pensaba en el cielo y en la eternidad y sufría con paciencia su prueba. Fray Plácido dormitaba plácidamente y su rezo era más bien un murmullo entre eructos, inevitables por lo intrincado del camino y el bamboneo del asiento, que el carguero trataba de aliviar yendo más despacio y teniendo tiento y firmeza para no resbalar. De lejos, ya divisó el valle hermoso que era su tierra y le entraron esos ánimos acelerados del que ve cerca su meta final. El fraile decía ahora el Credo preparándose para el martirio si fuese necesario. El verdadero mártir sentía más los nudos en su carne y las espinas en sus pies descalzos y todo sea por la voluntad de Nuestro Señor, que hasta ahora no había Cristo que los salvase y eran verdaderos animales excepto por el alma, pero ya podían tener derecho a la salvación eterna que es lo que importa, que este mundo es un valle de lágrimas, pero él veía su valle de Sibundoy y olvidaba en su mente limpia cualquier valle de lágrimas que le pudiesen dibujar cuando lo apresaron en la misión de Pasto y lo prepararon para esta misión santa de redención de su pueblo. Él tendría que ser la lengua y el valedor y la cruz que llevaba, como Jesús Cristo había llevado la suya; roncaba ahora como un silbido soñando en su benignidad con la palma del martirio y el coro de ángeles. Alabado sea Dios.

El camino es más largo de lo que parece mentalmente y paso a paso se va dando cuenta de los rodeos, bajadas, muros y subidas, y tiene que ir desprendiendo la mente del cuerpo para no sentir el sufrimiento de la carga que le lleva los costados enardecidos. Entonces es cuando el indio es otro indio y se da cuenta que ya no es este el viaje sino otros viajes anteriores, otras cargas tan pesadas y las aguijonadas en los riñones, que le duelen atávicamente y viene a la memoria el caminar de su pueblo, las penas ya pasadas, que no es esta la primera vez que los suyos levantan la carga que los va a redimir y terminan siendo expoliados y volviendo a la defensa de sus tierras que el gran cacique Tamabioy¹¹⁵ les había dejado por ley con sello y confirmación del escriba real de Pasto; y que

115 El **Cacique Carlos Tamaiboy** es considerado Taita de Taitas y el más reputado líder de todo el pueblo Inga. Este insigne Cacique, natural del pueblo de Manoy (hoy Santiago), dando muestras de unas enormes capacidades de dirigente logró el establecimiento de diversas alianzas que condujeron a la unificación política de todas las comunidades indígenas del Valle de Sibundoy, que hasta ese momento mantenían pugnas de poder y rivalidades territoriales, auspiciadas por los funcionarios coloniales.

su voluntad sólo había sido interferida por los hombres de Dios que los venían a sacar de la esclavitud y que poco a poco construyeron el imperio haciendo una comunidad ejemplar donde los indios trabajaban por amor a Dios y los evangelizadores disfrutaban de las regalías e imponían sus sagradas normas, hasta que los más arriesgados alzaron su voz de protesta y afilaron las lanzas y macanas, prefiriendo ser criaturas del diablo, sin trazas de salvación y de ser civilizados, pero siendo dueños de lo suyo y echando fuera del valle a tanto oscuro mensajero o emisario de un Dios justiciero que su espíritu indefenso no es capaz de comprender.

El indio, aunque ya aplacado, sabe que va a haber otra revuelta, siente el peso del fraile cada vez más pungente y también siente como una transmisión de los cuerpos y unión punitiva, el pensamiento y la estratagema que el otro va arguyendo para asentar otra vez el imperio, ser dueño de las almas perdidas, enderezar de nuevo al rebaño que otrora se soliviantó y volver, como hicieron antes, a cultivar el plantío comunal, con el sudor y el trabajo que mueve la fe, tener otra vez el valle rebosante de abundancia que los indios ofrecen a la Iglesia que es madre y señora, para que Ella después se lo venda en terrenos que irán pagando de por vida con más trabajo y bendiciones. Entre el peso que lleva en el cuerpo y el peso que lleva en el alma, al indio le va naciendo como un frescor íntimo de su propia raíz y se le va despertando el furor apagado como se despiertan los volcanes de su tierra. De primeras, es algo sordo que él quiere sofocar, pero luego deja libre el sentimiento y decide en un instante de presteza hacer lo que tiene que hacer.

Entra en el valle con su carga en los hombros y se presenta ante su gente con la intención impía de crucificar la cruz que lleva a cuestas.

Les hace la señal a los adelantados, entregarles el mandado y va a acostar su cuerpo entumecido en el lecho de hojas secas de la casa de sus padres.

Indio traicionero, indio cabrón. Así entregó a quien procuraba la salvación de su alma.

EPÍLOGO

El regreso de Ulises Fingal¹¹⁶

El espejo repite la imagen desvaída entre las nieblas del recuerdo. La mente le cambia el marco para transgredir el tiempo y para ver la diversidad del conjunto: el mar de la infancia con los pequeños barcos faenando, las goletas blancas partiendo en la mañana entre el rumor de músicas que surgen de los alrededores de la ría, los marineros en la playa con su aroma de linaza, los grandes paquebotes en el horizonte de Finisterre que se ven ir despaciosos y que los ojos siguen hasta ser un punto mínimo en la distancia, para fijarse luego en otro que comienza a entrar en el campo de visión que vislumbra una sola mirada. La sierra baja del litoral, con cumbres limpias en las que corren los potros y pacen las vacas y las ovejas, las faldas y el fondo del valle en donde humean las tejas o las chimeneas alzadas con adornos sencillos en su cresta, palomas y trompos invertidos que la mano ligera del albañil una vez más quiere hacer como muestra de oficio y cariño; la gente en el campo, arando en el frescor de la mañana o en la caída de la tarde, el carro con el estiércol que deja un perfume hondo de producir abundancia y que baja gorjeando su cantar por los caminos del establo y que el espejo de la memoria refleja no sólo su imagen sino su silbo cansado que resuena como la vida comenzando en los campos. El cobertizo repleto de leña, el lar y la cocina de hierro donde se ve siempre a la madre con su trenza de “periquito” con lazada, el mandil limpio y los ojos mansos a los que se llega para encontrar calma y defenderse de las inclemencias del tiempo y de la vida.

El paisaje en el fondo del espejo emerge con cada latido del corazón, ande por donde ande, que es como un barco siempre regresando y que

116 **Ulises Fingal:** seudónimo utilizado por su admirado Urbano Lugrís, poeta y pintor, que Avilés adoptó como alter ego a su regreso de Colombia en numerosos escritos.

Avilés se identifica con Ulises a la hora del regreso, cuando después de dar mil vueltas llega a las costas de la patria. El mito del eterno retorno, tan del gusto del autor, coloca el hogar en el centro del universo, en el Norte por el que guiarnos.

Los personajes de Circe y de Odiseo (el propio Ulises) aparecen en la Odisea de Homero.

tiende esas pequeñas trampas para que la memoria no se borre, y procura buscar aún en los paisajes más inhóspitos y lejanos algún ángulo para comparar, un árbol, una piedra, un pequeño rincón que uno lleva grabado de su paisaje natal.

El tiempo, como un sueño, se puede fragmentar. Ahora se presenta la danza en una romería montañesa o los rostros de un ama, superpuestos, intermitentes en su aparición, las palabras de cada uno con su tono y su voz que se llevan como una grabación impresos en las células más íntimas. Los rostros son los signos de identificación, se ven los tatarabuelos y se ven los hijos y hay siempre un rasgo, una señal, un aire o un gesto de familia con el que uno se siente reconfortado y continuador de la génesis que los creó. Ese aire campea a veces en los ojos o en las maneras de los animales de la casa que se adaptan y van pareciéndose al esquema familiar. Cosas, quizás, de la propia agua de beber, del mismo humus que se respira, de la misma manera y de las mismas pautas que se le dan a la vida y a los elementos que la componen y rodean. De algún modo es este espejo el cordón umbilical que nos ata, la fuente de la eterna juventud interior que nos da fuerzas para regresar. El navío tiene siempre el remo presto, el motor encendido, el pensamiento fijo en atracar en el puerto que los ojos tejen en ese espejo vivo y que surge a cada instante tirando como una zarpa poderosa y firme del sentimiento y de la saudade.

Minuto a minuto, en el transcurso de los días y los años, se van purificando los destellos que llegan, se van cribando para ser más íntimos y nos sentimos dueños de tiempos y de cosas que con muy pocos se pueden compartir. El molino moliendo el copo blanco del maíz o del centeno y el propio molino, el de la fantasía, desgranando el fruto que lo sustenta. Los hechos más simples, los compañeros de trompo, de arco o de juegos, se ven siempre, a través de los ojos que uno encuentra después, siempre niños flacos jugando en los solares, trepando por los cerezos y ofreciendo su fruto carmesí o construyendo los carros de madera con frenos de alambre y llantas de alpargata para competir cuesta abajo en la niñez perdida.

Por encima de todo se presienten las raigambres del pasado. Se sabe del abuelo y del tatarabuelo. Quien construyó la casa, quien levantó el hórreo, de qué fresno, de qué haya y roble son las piezas del carro al que se enganchan los animales y los aperos en el cobertizo. Los nombres de las vacas y de los perros que pasaron a través de los tiempos la solana de la puerta. Los nombres y la gente de cada casa, que forman un mundo que todavía al desaparecer físicamente uno vuelve a ver por los caminos y quebradas, pues en el paisaje íntimo todo vive y es lo que hace el país inmemorial, en el que los muertos permanecen para siempre.

Esta armonía primitiva, dónde se cuece el pan y se trabaja la tierra con antiguas herramientas y arados, donde siempre se comparte el canto y donde los entierros son humildes como corresponde, y el llanto es común, porque cualquiera de ellos forma parte de uno mismo; donde hay mucho trabajo comunal – siegas y siembras, trillas y deshojes – y donde los viejos guardan la palabra ancestral de las leyendas, de los refranes y de los conjuros para sanar de la enfermedad. En este mundo inicial, del que quedan todavía en la vorágine zozobante de los días de hoy vegas y aldeas, es dónde está la fuerza creadora, el hombre puro que puede atravesar los vendavales de la vida sin luxar siquiera sus alas. Y el rodete va trayendo de frente al regato natal siempre su divagar, sus pasos perdidos, que tratan de repetir las primeras huellas. Ulises Fingal ve en el espejo que remueve las imágenes del pasado la tierra natal firme en las nieblas, verde y apacible en sus arroyos cantarines, las gavillas y hacinas, las medas de avena y su olor de paja madurando, los rostros que él amó, los robledales, la lluvia cayendo suave y fresca que le envalentona el corazón con cada una de las vicisitudes que lo enfrentan y va poniendo con pasión los pasiles profundos que han de hacer el camino de la vuelta y del regreso.

Como cuando se quiebra una torre de vidrio y se ven caer sobre uno mismo los añicos, la estructura y la cumbre, y se siente en el rostro el viento fuerte y húmedo de fuera, se ve caer de pronto el castillo de la infancia y la juventud, todo aquello que se sustentó en los sentimientos y en la inocencia y tiene que armarse, poner su coraza, afilar su arma de hombre inerme y cruzar la frontera de su territorio para enfrentarse a los pánicos de la vida. Podría contar ahora la musa como Ulises Fingal erigió su torre, lindó su terreno y fue poniendo los travesaños que sustentan su patria abierta; como de la armonía primera se va haciendo en círculos cada vez más amplios su universo y se van oreando, como un orballo caliente sobre el alma, los cantos y los cuentos de su pueblo, las epopeyas, esos otros castillos que se derrumban a sangre y fuego de la mano fusquenlla¹¹⁷ de sus antepasados, y cómo va en la oscuridad vertiendo el manantial de su propio ser para llegar al fin a la protectora llama que el viento áspero y mesetario quiere siempre apagar y que se enciende con el rescaldo de todos los hogares, de las madres abanicando el ascua, de los rosales en flor y de la palabra que rompe siempre como una fuente nueva para hacerse río y verter al mar universal e íntimo.

Los augurios del destierro, que revolotean en el cielo hace tantos siglos y que van apurando, sorbiendo, consumiendo la misma sabia y el vigor de

117 **Fusquenlla:** La *Irmandade Fusquenlla* fue, junto a la *Gran Guerra Irmandiña*, fue de las más importantes revueltas sociales que tuvieron lugar en Galicia entre 1467 y 1469 y que, posiblemente, fue la mayor revuelta europea del siglo XV. El campesinado se rebeló contra los abusos de señores feudales y clero.

la tierra y el pueblo, llevan en esa marea a los más grandes, reducen a migajas la juventud en los caminos del mundo, y Ulises Fingal emprende su ruta hacia la blanca silueta de los montes que se presienten tras el mar infinito.

Un aroma nuevo, de planta desconocida, un nuevo aire templado y húmedo, una nueva configuración de las firmes cumbres que se elevan como paredes y penden entre la nube y el vuelo del cóndor, un nuevo trazo en los rostros que ve pasar entre la desconfianza y la sorpresa, el espanto de verse solo en un mundo silvestre y sofocante, de verse sin retirada y para siempre pone el corazón suspendido de un hilo delgado, el aliento atado en la garganta, los ojos de animal asustado que retrocede hacia una madriguera que no puede encontrar. Las lágrimas se reprimen en su dique, pero destilan hacia adentro, caen en lo más íntimo del ser y queman las entrañas, afloran en el centro del cerebro con su latido martilleando y se va abriendo esa herida, el hueco hondo donde los sentimientos se entierran, el temblor se acumula y se envuelve el ovillo del espanto para poder sobrevivir. Horas de inquietud que se vuelven años, mientras la brisa de la tierra nueva va acogiéndote y comienzas a probar los frutos, a apretar una mano que se ofrece, a ocultarse entre las sábanas del lecho para no ver los temporales y dejar que pasen los días. Pero la tierra tiene un lazo caliente y caes en su nudo. El tiempo redondea las aristas y canta victorioso en la cumbre de los días y poco a poco entreteje una urdimbre nueva que adormece la memoria y tiene que rasgar de nuevo la herida para que salga el espejo interior y te muestre el entorno de la patria perdida. Porque los frutos son dulces y hacen las horas ebrias, embriagado se anda en medio de los aconteceres, mientras una lluvia de ceniza va tamizando el corazón para sentirlo lejos, en el fondo, donde no puede sollozar.

Es quizás el aliento de la primavera que lo circunda todo, el estar siempre la tierra dispuesta a germinar, los árboles florecidos y el vagar de la gente que vive en una dimensión del tiempo que se hace demorada y sin afán, los grandes campos verdes de la sabana y sus casas grandes y acogedoras, el propio paisanaje con que abren el portal de entrada, el ser tierra de llegada en la que se sabe recibir siempre a quien llega y se ofrece el pan y la leche, como quien anda en el desierto, y sin embargo es un jardín florido y permanente.

Uno se va adaptando a la gran urbe y a su caos organizado; ve las grandes mansiones y aprecia en una sola mirada la miseria de los barrios, la dignidad de la pobreza y la rabia incontenida de la injusticia, y luego te vas haciendo poco a poco parte de ello, adquiriendo el tono de su habla, apreciando el sabor de sus comidas, probando los aguardientes fuertes de las comarcas

y guardando en las entretelas de tu médula las raíces de antaño para dejar germinar una raíz pequeña que va perforando la tierra nueva, bebiendo su savia y dando fuerza a una pequeña flor exótica, pero tuya, nacida en tu propia carne. Y vienen las músicas a afianzarte, a tender otros hilos más sutiles que ovillan una madeja que se pone al lado del corazón y le va transmitiendo un calor que lo hace despertar y renovarse en una linde para él desconocida. Cuando se llega a las grandes llanuras y planicies, a los grandes ríos, al mato oscuro e inmenso, ya el corazón tiene ese aliento nuevo y comienza a amar las aves, a sentir cariño por las desmesuradas mariposas y ver a la gente, a cada uno, con un afecto próximo que ya te hace sentir hermano y compañero. Es la rueda del tiempo que va moliendo las horas, que está puliendo como un cantero viejo, con paciencia y ternura, la losa que te caerá en la espalda, el peso abismal del desastre, sintiéndote ligero y vivo otra vez, aunque en el fondo sientas el áncora prendida en el núcleo de otra tierra. El hechizo, la hierba de enamorar, el cuerpo de la mujer. Llega Circe¹¹⁸ con su aroma en sazón, se abre su fruto para engullirte, y la nervadura de las ingles se pone tensa y ardiente, rompen las olas de la pasión y caes en esa cárcel. Ni siquiera notas la jaula, de seda están forrados sus alambres y su lecho es mullido, con almohadas de satén y los gozos que ofrendan son como un cáliz de vino que uno no puede dejar de beber. Ves esa piel reluciendo en la aurora y se va recubriendo la garganta de una sed que nunca se apaga. El cuerpo desnudo, las nalgas perfectas, los pechos que se yerguen, tan frágiles, como un muro que no deja salida, y prendes tu labio en la miel, tus ojos en esa piel bruñida que es como un prado en el mes de abril con brotes de maíz, el césped blando, el ungüento místico que te hace temblar en el éxtasis y en el encantamiento. Hechicera mía que todavía ahora me haces estremecer de dulzura y que desde los tobillos me navegas y enciendes todavía mi sangre con tu resplandor repentino y, aunque las cadenas se rompieron por la esforzada obsesión del recuerdo empujando, dejas la lazada sutil de tu embrujo que me hace suspirar en la noche oscura.

118 Circe (en griego Κίρκη / *Kirkē*) es una hechicera que habita en la isla de Eea. Aparece prominentemente en la *Odisea*, donde se la cita como una «diosa de hermosos cabellos».

Mediante el empleo de pociones mágicas Circe hacía que sus enemigos olvidaran su hogar y con una varita transformaba en animales a los que la ofendían.

Cuando llegó a la isla de Eea, Odiseo mandó desembarcar a la mitad de la tripulación y él se quedó en las naves con el resto. Circe invitó a los marinos a un banquete, hechizó la comida con una de sus pociones y luego, cuando se hubieron atiborrado, empleó su vara o cayado mágico para transformarlos en cerdos. Solo logró escapar Euríloco, que desde el principio sospechaba una traición, y que avisó a Odiseo y a los otros que habían permanecido en el barco.

Odiseo, Ulises, partió solo al rescate de sus hombres. En el camino se le cruzó Hermes que le mostró una planta que le serviría para protegerse del encantamiento. Odiseo obligó a Circe a devolver la forma humana a sus hombres y la diosa acabaría enamorándose de Ulises y lo ayudaría en su viaje de regreso a su tierra después de que él y su tripulación pasasen un año con ella en su isla.

Cada uno reúne como puede sus viejas maneras amorosas, los modos del placer, las técnicas y posturas adecuadas para dar un barniz civilizado, de civilización puritana e hipócrita, pero guarda como un tesoro de cultura nueva y primigenia el encanto del amor natural, en el cántaro de ambrosía que solamente Circe sabe ofrecer entre suspiros. Son las rejas de la cárcel que amas. Hurgas con alegría, te desprendes de la juventud en estos oteros de carne desmayada que se vuelve dulcemente para entregar los frutos más recónditos. Las ataduras van hilándose en la rueca del amor, para envolver después en su capullo el gusano que eres, y la lucha que te espera para ser crisálida y sufrir la metamorfosis que pone las alas para poder volar y ver de nuevo el horizonte y sentir que el espejo vuelve a enmarcar los campos de la tierra ya olvidada. Pues es en el palacio de la diosa, en la torre de su asueto, donde el tiempo no cuenta y cuando se despierta de su sueño ve el rostro arrugado, el cabello blanqueando en las sienes, la pasión enfriada y sosegada y la serenidad de los años que no sintió dándole una calmosa sensación de las cosas y un fuerte deseo de coger con premura una nave que lo deje en las playas de su origen. Ve ahora los brazos de su amor como un cerrojo que lo aprieta y usa de las artes del embeleso, del amor fingido, de las palabras sublimes, para ir aflojando ese yugo delicado y templado que se engarza alrededor del cuello como una horca que el verdugo hubiese puesto con cuidado de no herir la nuca.

Para salir del laberinto hay que romper los muros. Ulises Fingal mientras besa con cariño los párpados de su amor hechizado, abre bien los ojos y prepara los arreos de la desbandada, pone las flechas en su carcaj, la lanza y el escudo cerca de su mano y el ariete de abatir en la fuerza de su pensamiento, para derribar otra vez un castillo que cae, como el castillo de la infancia, encima de sí, hiriendo sus sentimientos; pero esta vez, el viento fresco que viene de fuera de las murallas es el viento de la libertad, el viento limpio que empuja las naves del regreso.

En los momentos desolados, en las espesas horas del dolor, cuando la saudade roza con su filo de muerte los bramantes del alma y el espíritu vive ahogado en un pozo oscuro del que comienzas a subir y al llegar al brocal un pie rudo y gigante aplasta los nudos de las manos para caer de nuevo en la oscuridad sin fin, en esos días que somos tan tristes, tan tristes, y la pesadilla del llanto contenido te deja aturdido, sin una ventana que abrir hacia la luz; en esos momentos Ulises Fingal baja las escaleras del Averno.

En ese túnel en el que se vislumbra lejano como un punto en la boca del infinito, la claridad del día eterno, las sombras van despaciosas entonando su cántico y la blancura de sus túnicas impone pavor en medio de la negrura; más allá, en aquel recinto acantilado se ven pasar sombras amadas, los

antepasados que dejaron su voz en las crónicas y en los poemas y que todavía ahora su palabra sirve de guía, de confort, de placer literario para el pueblo que los crio y que les dio firmeza en sus pensamientos y delirios.

La primera sombra que pasa, tejiendo sola su telar, es la sombra ya menuda y débil de Rosalía¹¹⁹, que Ulises Fingal ve pasar mientras el corazón se le contrae y la voz enmudece de ternura, teniendo que esforzarse para poder hablar y preguntarle:

- ¿Cómo es que estás aquí, joven madre de mi país?, ¿cómo es que tus pies descalzos pisan este frío y tus ojos sufren de oscuridad, cuando tú fuiste la luz y tu verbo enciende todavía, y para siempre, el corazón inmenso de tu pueblo y tu cantar cruzó la línea de todas las fronteras para oírse en diversas lenguas y estremecer o alegrar los corazones del mundo? Dime, ¿qué ley, qué dios sin sentimientos te abandonó en esta caverna?

- No sé quién eres, pequeño mío, veo en tus ojos la herida que deja la saudade y soy yo la culpable de tus sufrimientos. Tejé en mi tela el ronزال de la tierra. Hice de la palabra un oráculo y de la cantiga tejé la sombra que

119 **Rosalía:** se refiere a la escritora Rosalía de Castro, María Rosalía Rita de Castro (Santiago de Compostela, 1837-Padrón, 1885) fue una poeta y novelista española que escribió tanto en gallego como en castellano. Considerada entre los grandes poetas de la literatura española del siglo XIX, representa junto con Eduardo Pondal y Curros Enríquez una de las figuras emblemáticas del *Rexurdimento* gallego, no solo por su aportación literaria en general y por el hecho de que sus *Cantares gallegos* sean entendidos como la primera gran obra de la literatura gallega contemporánea, sino por el proceso de sacralización al que fue sometida y que acabó por convertirla en encarnación y símbolo del pueblo gallego. Además, es considerada junto con Gustavo Adolfo Bécquer, la precursora de la poesía española moderna.

El Día de las Letras Gallegas (en gallego: *Día das Letras Galegas*) es un día de celebración en torno a la lengua gallega que comenzó a celebrarse en el año 1963, coincidiendo con el centenario de la primera edición de *Cantares Gallegos* de Rosalía de Castro (17 de mayo).

Cada año se le dedica a una figura literaria que debe cumplir tres requisitos: tener una obra relevante en lengua gallega, llevar al menos diez años muerto y contar con el apoyo de, al menos, tres miembros de la Real Academia Gallega. En el año 2003, justo al cumplirse diez años de su muerte, se le dedicó a Antón Avilés de Taramancos.

El poema aparece publicado en el libro recopilatorio *O tempo no espello*, en el apartado *Os poemas da ausencia* (1961-1981) en el que se recogen composiciones escritas durante la estancia en Colombia.

Los tres autores que aparecen en el relato son muy admirados por nuestro poeta. Rosalía como simbólica madre del pueblo; Pondal, autor del texto del Himno Gallego, considerado el Bardo, el poeta del movimiento regionalista, nacido en Ponteceso, en la comarca de Bergantiños, de ahí las exhortaciones que aparecen en el texto, y Curros, cuyos escritos anticlericales le ocasionaron problemas con la justicia y que emigró a La Habana.

Los versos que aparecen en este relato son producto de la intertextualidad de poemas de los tres autores:

Campanas de Bastavales de Rosalía de Castro

A campana de Anllóns de Eduardo Pondal

O maio de Curros Enríquez

me asombra. Por eso voy ahora en la oscura caminata, ya veo la luz en el final de las edades y voy pasando tullida y despacito, como va mi pueblo, susurrando mi cantar entre las tinieblas, para poder llegar al resplandor, a las puertas del día que ya se ve y al que sé que tengo que llegar para que mi cantar resuene en lo alto, en la propia voz de la humanidad. Y, ¿tú quién eres, criatura, que me hablas con voz altiva, aunque quebrada, no sé si por el dolor o por el espanto?

- Yo soy, madre amantísima, Ulises Fingal, el desvalido. Bajé aquí herido de nostalgia, mas no eres tú la que teje mis dolores; es la urdimbre de nuestra patria que nos hace ambicionar fundirnos con ella. Anduve caminos y crucé montañas, encontré el amor y me recogí en los lares más remotos, me desnudé delante de los extraños, mostré todas mis señales y ataduras, pero esta herida se fue expandiendo día a día, se fue haciendo más profunda, fue carcomiendo los fundamentos de mi ser y ahora no me deja vivir. En el desasosiego llego a tu lado a beber de tu cántaro y que tu mano me cure las llagas para poder alcanzar la ruta del regreso.

- Ay, hijo mío, para tu sed mi agua es un alivio pequeño. Puedes beber para ensordecir el dolor. Mas la herida ya no se cura nunca, hasta que la arcilla que te conforma se confunda otra vez con el polvo de los campos, con la tierra de labranza, con la arena de las playas de tu tierra natal. Yo no apago más sed que la de este día...

Su voz se fue desvaneciendo, mientras Ulises Fingal pretendía besar su manto y una ráfaga de viento frío lo lanzó a la tierra inhóspita de la que había venido.

Volvió Ulises Fingal, en el fervor de su ímpetu, a bajar las escaleras, apalmando la baranda, por ver si alguna otra sombra le daba más consuelo, cuando escuchó en medio de la multitud la voz potente del bardo que él amaba y que vio venir a galope como si cruzase las gándaras de Bergantiños, con el arpa céltica en la mano y el cuervo en el hombro, cantando cánticos de lucha como un héroe antiguo que entrase en los muros de la ciudad. Se alegraron los ojos de Ulises Fingal de ver la figura esbelta todavía erguida y dijo con voz clara su nombre en medio del alboroto que las sombras hacían al pasar:

- ¡Eh, Ponteceso! ¡Eh, Pondal! ¡Gente de Breogán! ...

Y el viejo bardo dirigió sus ojos centelleantes hacia donde estaba Ulises Fingal para gritar con voz bravía, que resonó en la oscuridad como una campana de bronce o como el mar rompiendo en la costa de Finisterre:

- ¿Quién eres tú que me llamas? ¿Cuál es tu nombre? ¿En qué tierra se

yergue tu casa y por qué sabes de mi progenie, de mi gente y de mi tierra?

- Yo soy, Poeta, un guerrero caído. Luché en las duras planicies por levantar la patria. Las garras del destino me apartaron lejos y ahora estoy buscando el camino de retorno. En cien intentos naufragué y necesito tu consejo, del empuje fuerte de tu mano para llegar de nuevo al combate, abatir al enemigo y afirmar el estandarte de la libertad allí donde tu voz levantó los ánimos y puso las columnas de la patria en donde nadie las pudiese derribar.

- Gallegos, sed fuertes, dispuestos para grandes hechos...

Y cuando iba a proseguir, la voz excitada de Curros rompió por encima de las sombras y apareció con su lira quebrada, sus anteojos brillando en la noche espesa y su quijada fuerte y adelantada que le daba un aire regio y combativo:

- Bien he dicho que nuestra lengua iba a ser la lengua del universo. Ahora que la escucho aquí en los fondos del Averno me doy cuenta de que mis augurios eran ciertos. ¿quién eres tú alma atormentada que todavía vienes a atormentarnos más? Ya está bien de charla. Yo también crucé el mar e hice patria lejos y también dentro. A Nuestra Tierra no la redimen los llorones. Los culpables son los curas...

Ya no pudo oír nada más Ulises Fingal, de nuevo la ráfaga de viento frío lo arrojó fuera y permaneció firme, cubierto de cera como si la Estadea nocturna que anda los caminos lo apartase y lo dejara de nuevo en el mundo de los vivos.

Cuando el sol del mediodía calentó el cuerpo, se levantó Ulises Fingal y pensó en la decisión irrevocable de encontrar el camino y asentarse para siempre en los lares de sus ancestros.

Mientras cruzaba en la luz apagada del anochecer la larga llanura de su desierto, abrió el pecho todavía doliente y se puso a cantar:

Campanas de Bastavales

-mi madre arrulla a un niño-

Rosalía, no afiles

en mi garganta el

cuchillo. Campanas

de Bastavales llegaron

rompiendo el viento y
cantan de gota en gota
en mi corazón sediento.

Rosalía no me dejes

tan lejos que tengo
miedo. Y tú, campana
de Anllóns campana
con voz de hierro:
Bergantiñán, no me
olvides, dame una mano
compañero
que ando por el mundo a trompicones
y quiero regresar a mi lugar.

Y quiero cantar el
mayo Todo de flores
cubierto.

Ver la blancura en la ribera del río, el cuerpo desnudo de Nausikaa entrevisto en los juncos, sus pechitos jóvenes apetecibles como un ramo de cerezas y su pie pequeño que es suficiente para sentir una ternura infinita. Junto al río vio Ulises Fingal aquella niña en la que brotaba todavía la hermosura y se adentró el encantamiento en su corazón, el resplandor hiriente del desasosiego, y ya no pudo retirar los ojos de aquella menudencia tan bien formada, la propia voz que le llegó en un eco, que era como un bálsamo de la vida cuando se está sufriendo de agonía y soledad. Largo había sido el viaje de Ulises Fingal, dormía plácidamente en el espacio de la junquera; sólo las aves, el gorrión tamizando el aire, producían un bramido que acompasaba el sueño. Y, de repente, aquella voz de niña juguetona zambulléndose en el agua, la risa que repicaba la alegría de la inocencia a la orilla del torrente y el oído del hombre acostumbrado a sobresaltos da el timbre de alarma y se levanta para ver la maravilla.

Fue la curiosidad de moza joven, la curiosidad temeraria de la juventud

quien guio los pasos de Nausikaa hacia al hombre ya maduro. También vio en sus ojos, en ese asombro mutuo del encuentro toda la profundidad del mar y toda la profundidad del sufrimiento y, aunque él también estaba desnudo, no vio su desnudez sino su desamparo. La hoguera encendió su pequeña llama entre el juncal florido y fue necesario después un mar de lágrimas para apagar aquel incendio.

Así sufrió Ulises Fingal ese amor postrero. Ya cuando todos los caminos estaban trillados, cuando todas las artimañas habían sido utilizadas y todos los esfuerzos fueron hechos, tenía que ser una trampa sutil la que lo hiciera perder el rumbo y permanecer en la niebla del tiempo y del olvido. ¡Qué esforzado tiene que ser el corazón para romper una ligadura tan delicada! La caricia descuidada en el corredor, los profundos ojos pidiendo siega, el cuerpo ofreciéndose en el impulso comedido y Ulises Fingal sofocando los lobos de su sangre para no caer de nuevo en esas cadenas, ver expedito el rumbo de partir, cuando todo lo hacía estremecer en esa ansiedad de quedar para siempre entre los brazos indefensos de la fortaleza abierta.

El último amor del exilio es el que ata el haz final del desespero. Ácidos son los vinos y amargas las mieles. Pero ese amor queda como una ligadura tensa e irrompible de lo que fue una vida cercenada. Y ya no se es más de ningún sitio sino de muchos sitios a la vez, y sobre todo se es de alguien y para siempre. La sombra de Nausikaa, la sombra luminosa, andará siempre pairando sobre el corazón con su amor no entregado ofreciendo su fruto y su ausencia. No puede haber más desconsuelo.

Ay, viejo Odiseo, a mí ya no me reconoció ni el perro. Los tiempos mudaron y el perro viejo que dejé a la puerta de casa queda sólo en la imagen del espejo tratando de venir tras de mí en el aciago día de la partida. Tenía nombre de pirata, de arriesgado capitán de mar, Drake, y brinca todavía ahora en mi memoria de cuando era un chiquillo por los caminos de las tierras cultivadas y alrededor de la casa con todo el entusiasmo con el que juguetea un perro en su territorio conocido y bajo la protección de un amo con las mismas ansias de libertad.

Eso iba pensando Fingal en cuanto dejó el Castromil¹²⁰ y tomó, veinte años después, el camino de abajo que lo llevaba al portal de su casa. Las piedras de la calle que él llevaba grabadas en la memoria estaban en su mayoría fuera de sitio y no estaba el duraznero que había dejado abotonado de flor casi purpúrea en el marzo de su ida y había alguna casa deshecha y alguna que otra nueva para él desconocida sin saber quién la podía habitar, qué

120 **Castromil S. A.** fue una empresa gallega de transporte de pasajeros por carretera cuya sede estuvo en Santiago de Compostela. Fue fundada en el año 1917 como una Sociedad Limitada por Evaristo Castromil Otero.

gentes habrían llegado y qué nuevas habría en el lugar. Al atardecer, en esa hora en la que la luz se difumina y la noche todavía no es, algún que otro rostro que pasó a su lado era también desconocido y los chiquillos que jugaban en el corral vieron pasar su sombra sin la curiosidad de los niños de otro tiempo.

La puerta de entrada tenía todavía la misma solana, el mismo dintel, el mismo banco, pero ya las tablas eran de una sola pieza, y permaneció indeciso un tiempo considerable como quien llega a la puerta de una casa ajena. No aguanta el corazón tanta espera. Se siente como empozado, ahogado en una sensación de rompimiento que tira de la garganta y da los últimos pasos a trompicones, con la maleta y los fardos tropezando en las rodillas, y se agarra a la piedra de la entrada con la firmeza y la ternura de quien llega al puerto más abrigado del mundo. Luego es el recuerdo de la abuela desde el fondo del tiempo y resuena en las paredes su cantar, su voz que acoge, el incensario invisible de los aromas de la infancia, las escaleras y el desván y las lágrimas sordas cayendo en el alma.

Ver de nuevo a la luz del día la tierra patria, mirar a través de la primera mañana por los vidrios empañados de la ventana que da a la entrada, los campos verdecidos, los olmos y fresnos que en un momento se hacen reales de tanto andar en el espejo del corazón, etéreos y ya casi imperceptibles por el desgaste de la memoria; ver a la gente arando y sembrando, cavando y fructificando el establo, sentir el palpitir de la tierra, el aroma fresco, tan íntimo, de los surcos abiertos y en sazón, sentir la lengua normal que se desgrana mansa en cada palabra y vivir otra vez el elixir del viento, rejuvenecer, coger brío para nueva andadura y nuevas luchas.

Ulises Fingal echa un vistazo al solar inmenso de la Tierra Madre y ve a los invitados colocando la mesa, sorbiendo los frutos y aliviando las bodegas y las despensas. Escucha las carcajadas y ve las hogueras que socavan, escucha la lengua espuria de los vendidos, de los criados perezosos que ofrecen los bueyes y las cosechas, observa la gran parranda de los ingratos, mientras el pueblo anda sordo y mudo y Penélope hila y deshila en la rueca -“un paso adelante y otro atrás, Galicia¹²¹”- y un sueño enredado de presagios crece en su mente mientras escoge los cuernos más anchos y largos, los bruñe con la peana de acero, los tensa poderosamente con su mano, llena el carcaj de flechas y sale por los caminos, pide limosna en los palacios, sube a las grandes salas dónde se comete el latrocinio y con su mirada de lobo montesino va convocando a cada uno para el certamen del arco.

121 “*Un paso adelante y otro atrás, Galicia*” verso perteneciente al poema *Penélope*, de Xosé María Díaz Castro, que evoca el poema de Rosalía publicado en *Follas Novas* donde se hace referencia al mito de Penélope y Ulises.

